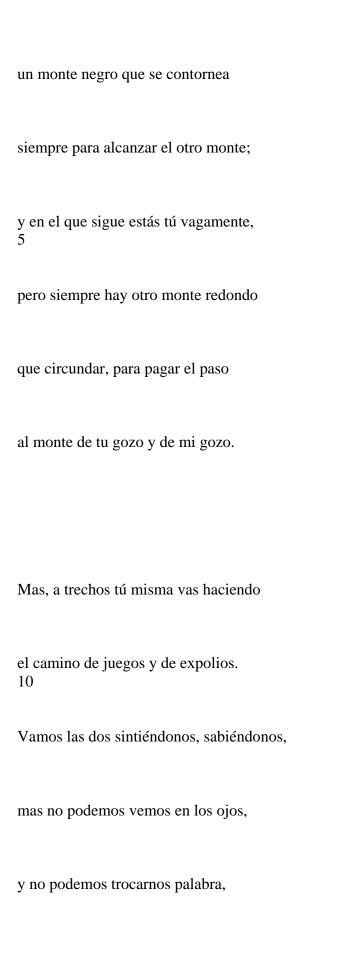


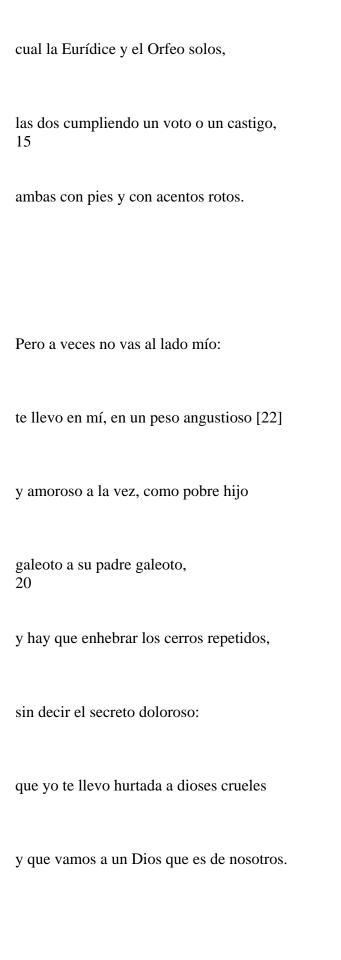
Tala

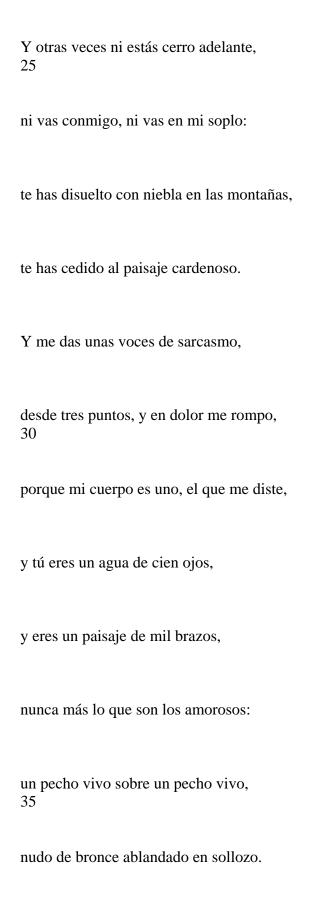
Gabriela Mistral

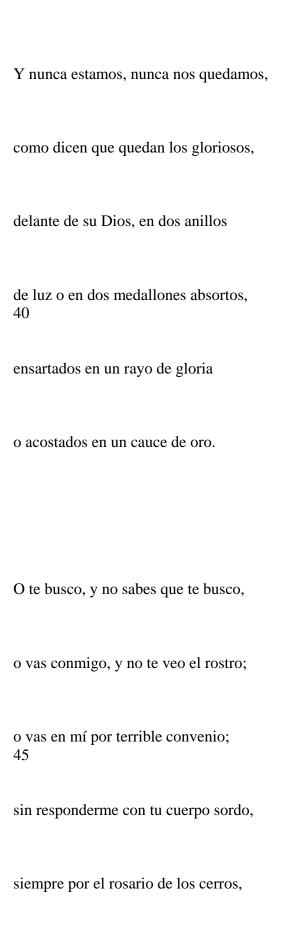
	A PALMA GUILLÉN
y en ella, a la piedad	d de la mujer mexicana

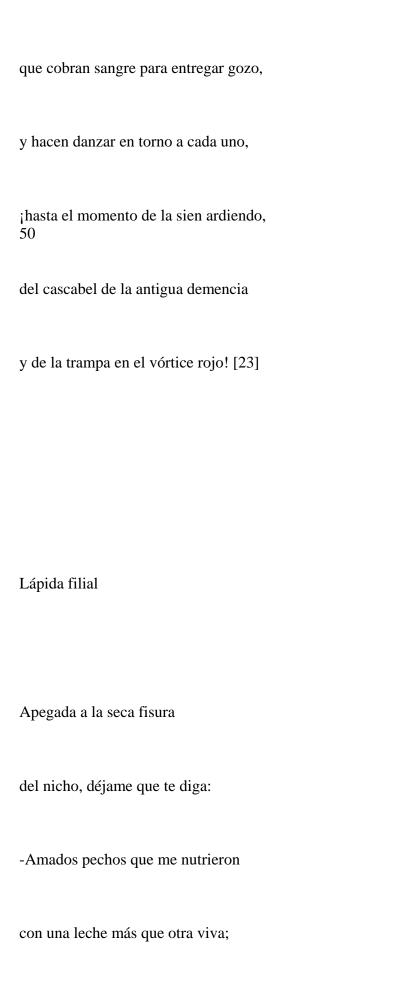
Muerte de mi madre
La fuga
Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos:

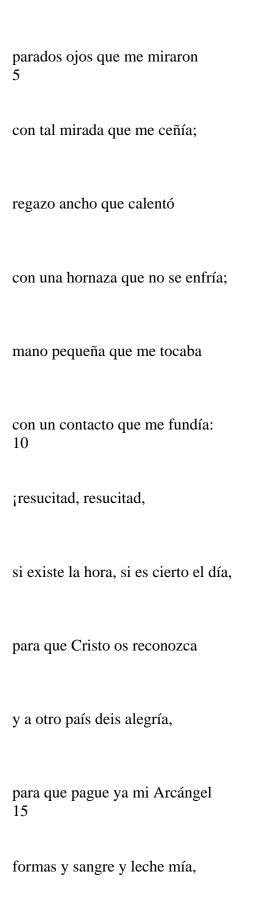


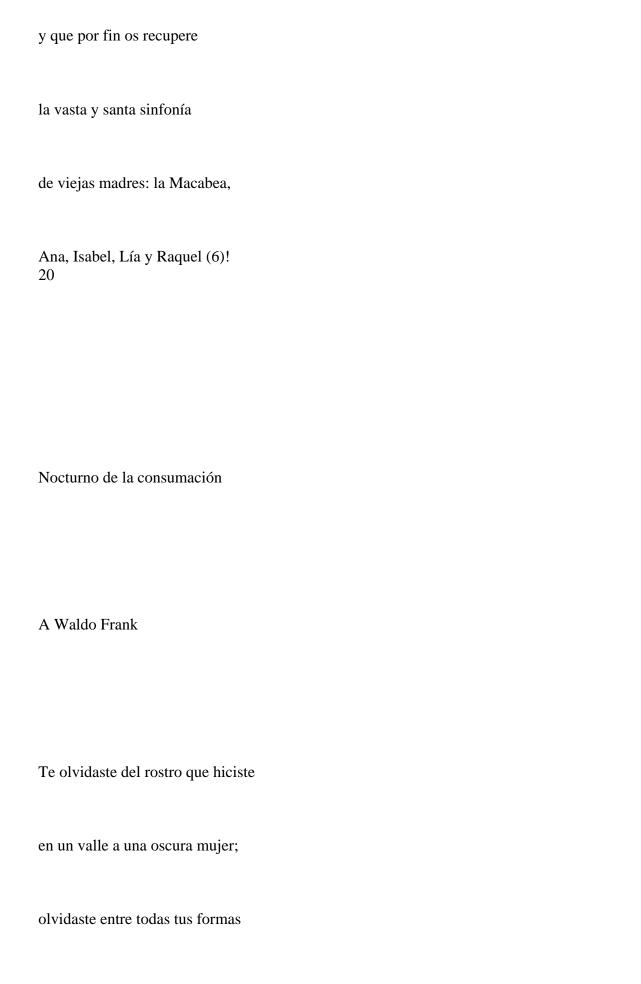


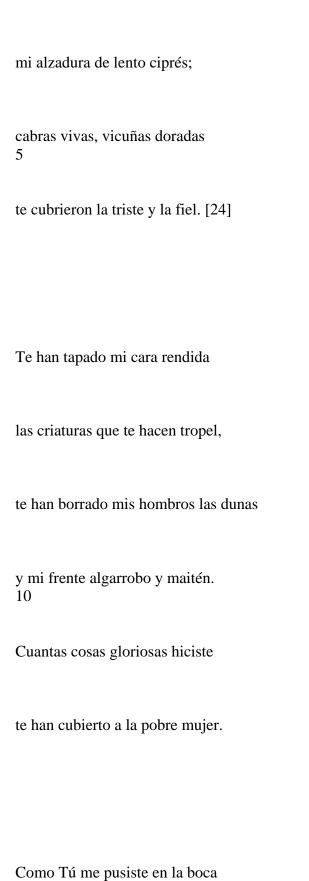


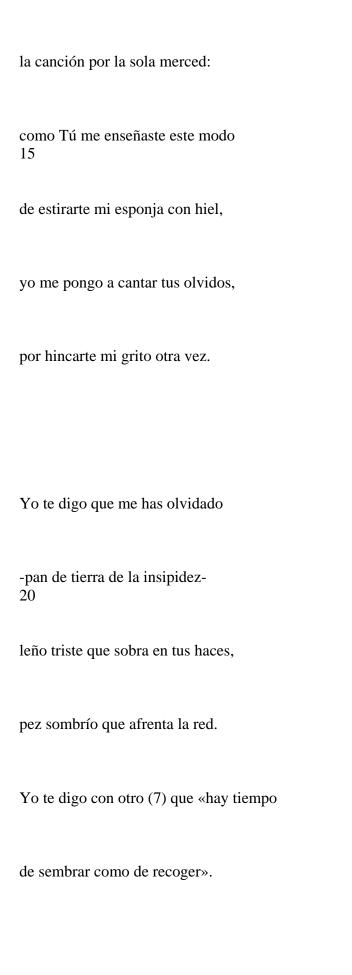


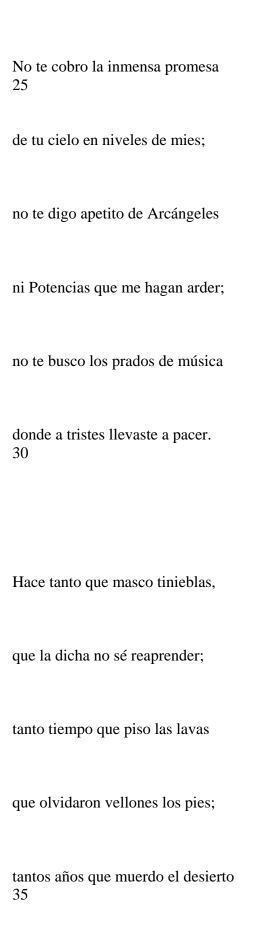


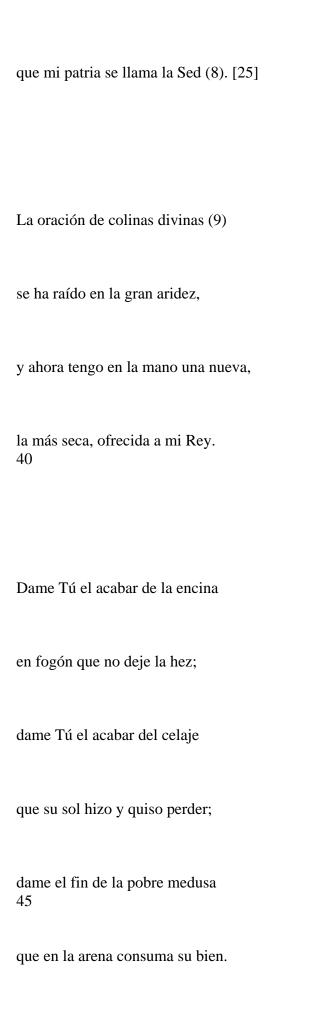








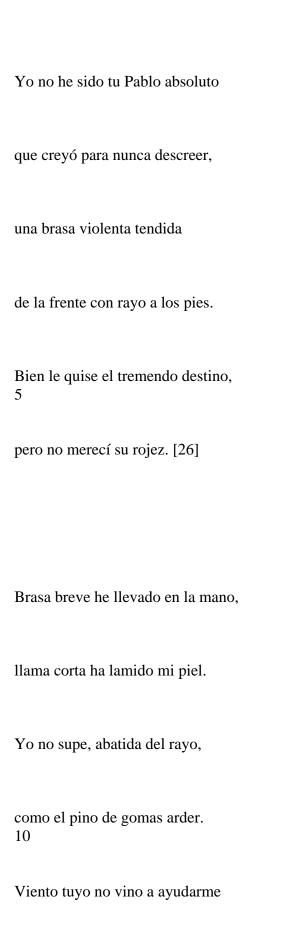


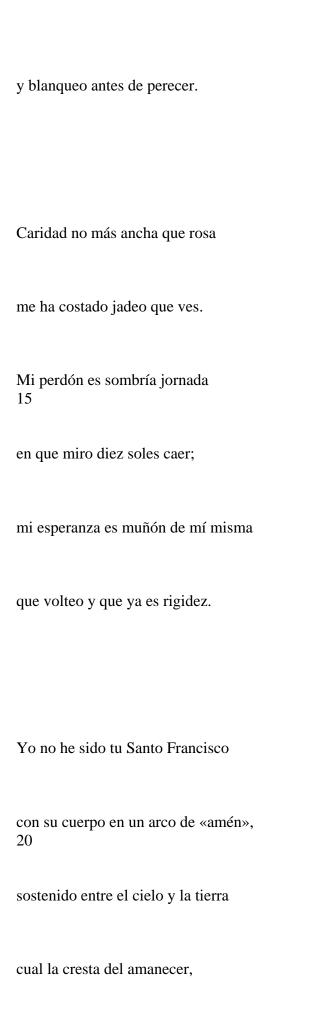


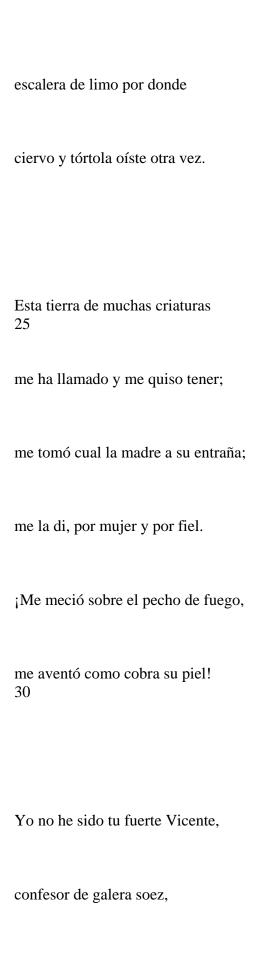
He aprendido un amor que es terrible
y que corta mi gozo a cercén:
he ganado el amor de la nada,
apetito del nunca volver, 50
voluntad de quedar con la tierra
mano a mano y mudez con mudez,
despojada de mi propio Padre,
rebanada de Jerusalem.

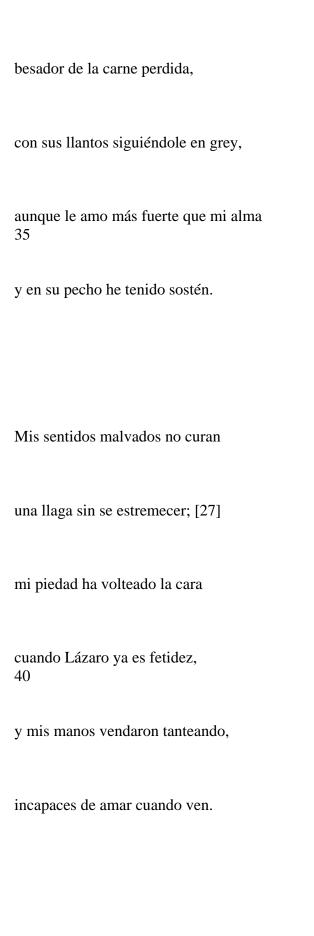
Nocturno de la derrota

(10)

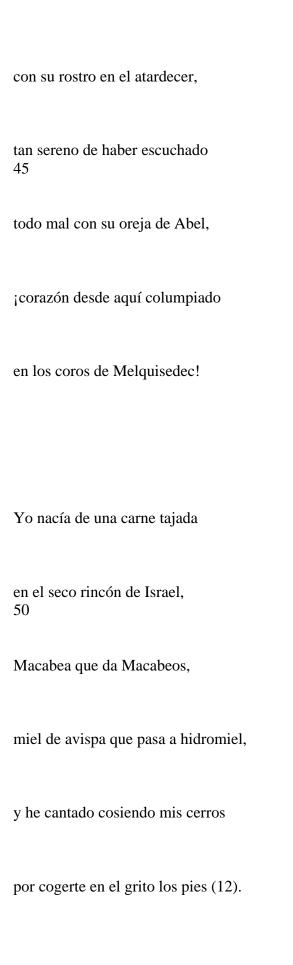


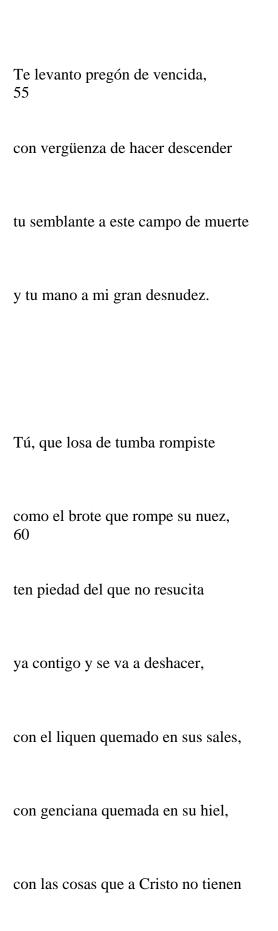






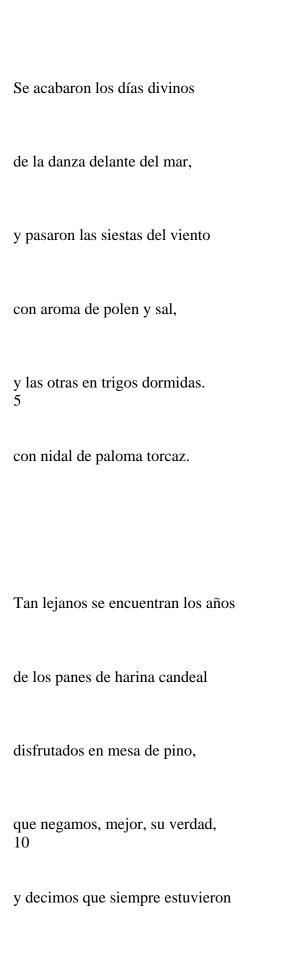
Y no alcanzo al segundo Francisco (11)

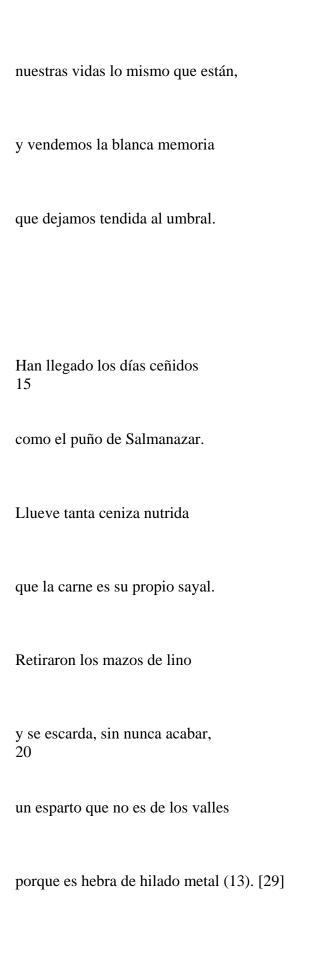


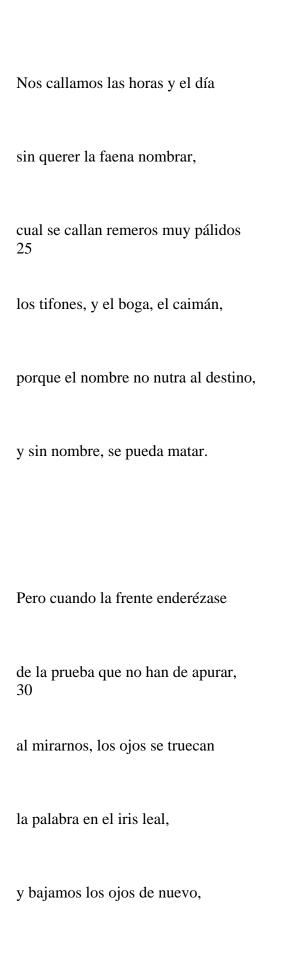


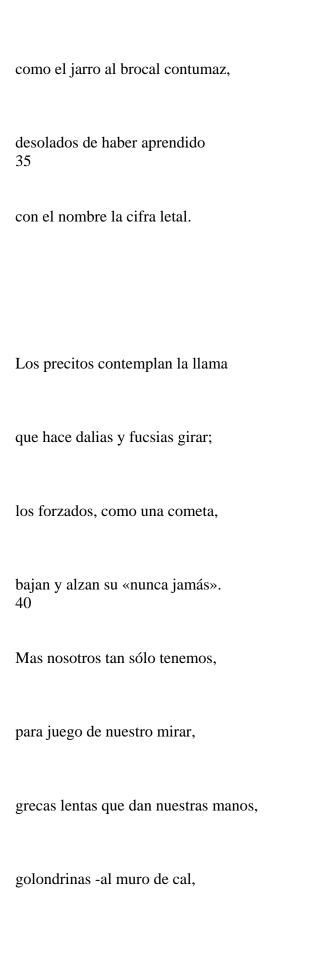
y de Cristo no baña la ley. [28]
Cielos morados, avergonzados
de mi derrota.
Capitán vivo y envilecido,
nuca pisada, ceño pisado 70
de mi derrota.
Cuerno cascado de ciervo noble
de mi derrota.

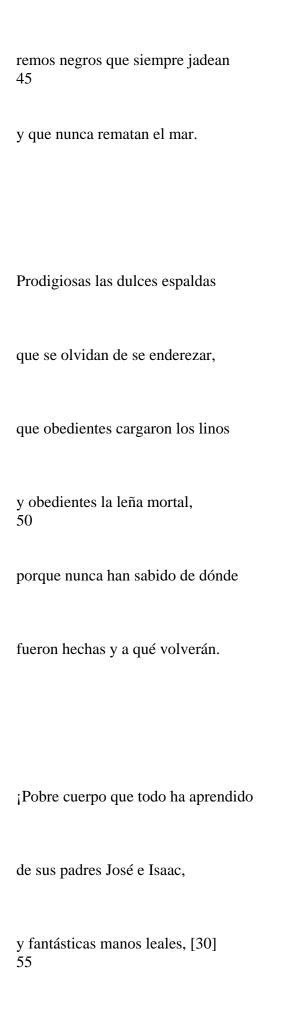
Nocturno de los tejedores viejos



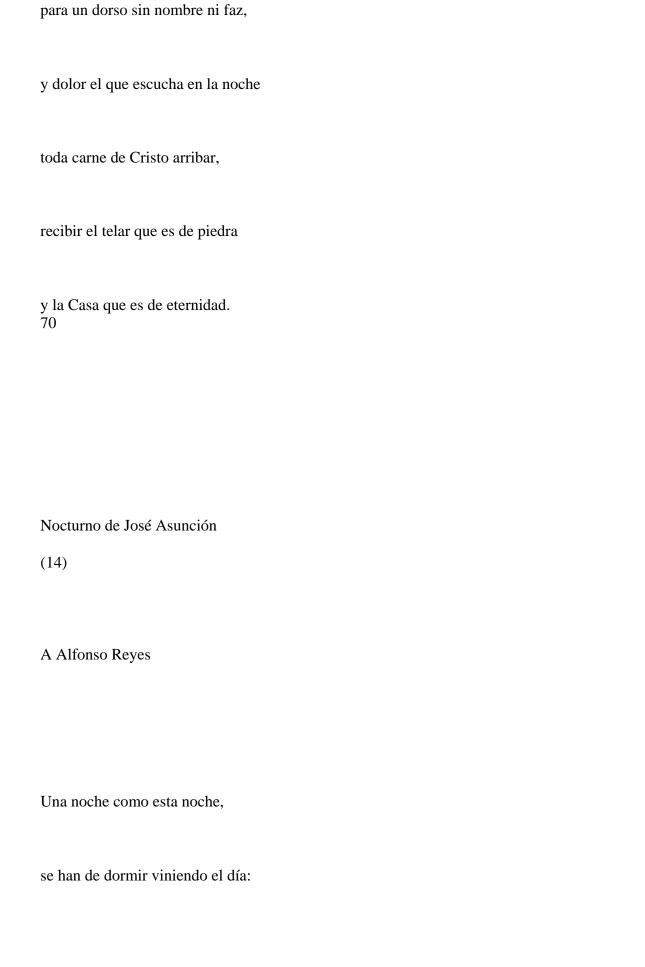


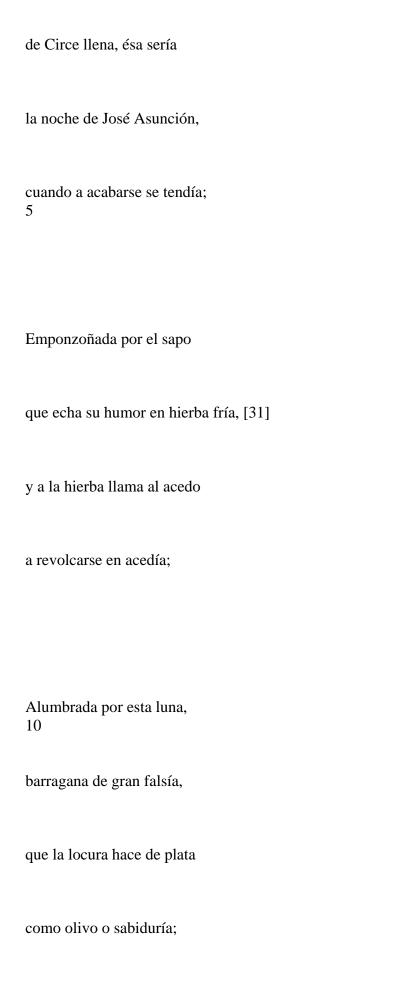


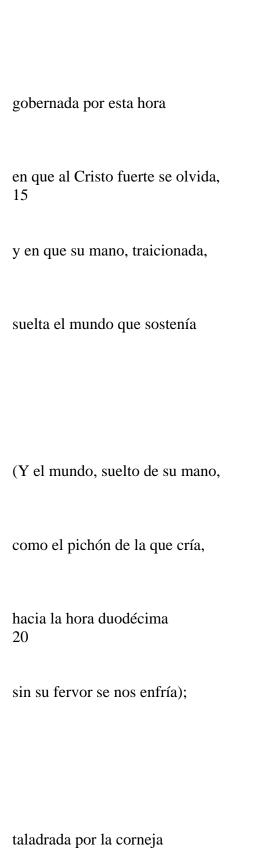


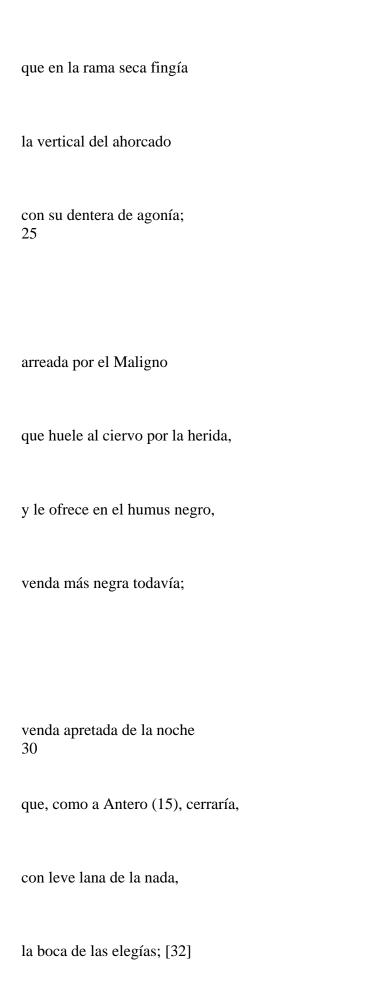


las que tejen sin ver ni contar,
ni medir paño y paño cumplido,
preguntando si basta o si es más!
Levantando la blanca cabeza
ensayamos tal vez preguntar 60
de qué ofensa callada ofendimos
a un demiurgo al que se ha de aplacar,
como leños de hoguera que odiasen
el arder, sin saberse apagar.
Humildad de tejer esta túnica







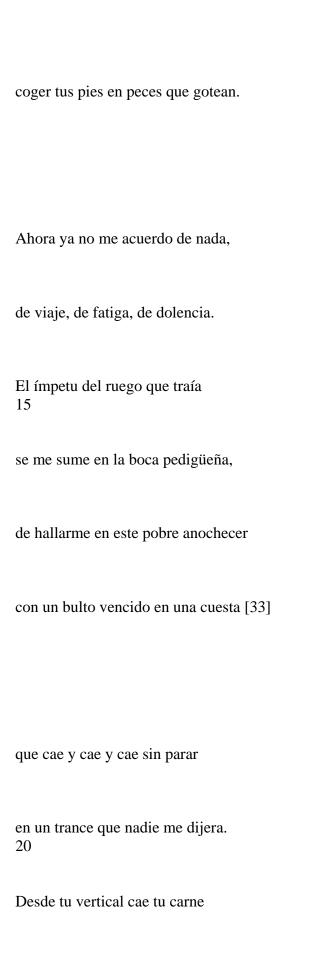


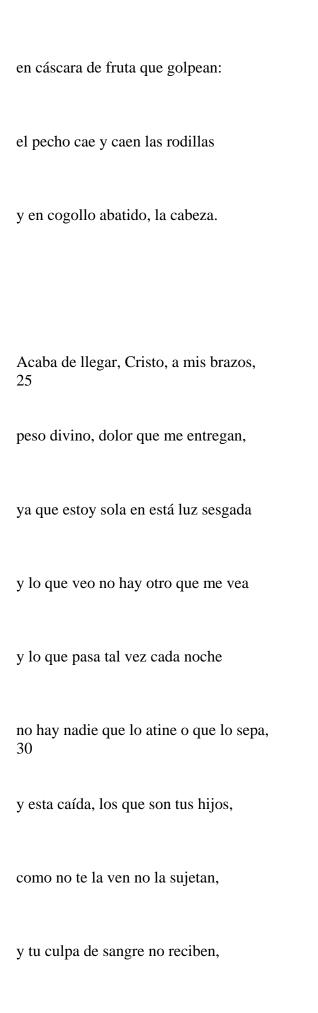
Noche en que la divina hermana
con la montaña se dormía, 35
sin entender que los que aman
se han de dormir viniendo el día;
Como esta noche que yo vivo
la de José Asunción sería.
Nocturno del descendimiento

Cristo del Campo, «Cristo de Calvario» (16)
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero al verte mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.
Mi sangre aún es agua de regato; 5
la tuya se paró como agua en presa.
Yo tengo arrimo en hombro que me vale,
a ti los cuatro clavos ya te sueltan,
y el encuentro se vuelve un recogerte
la sangre como lengua que contesta, 10

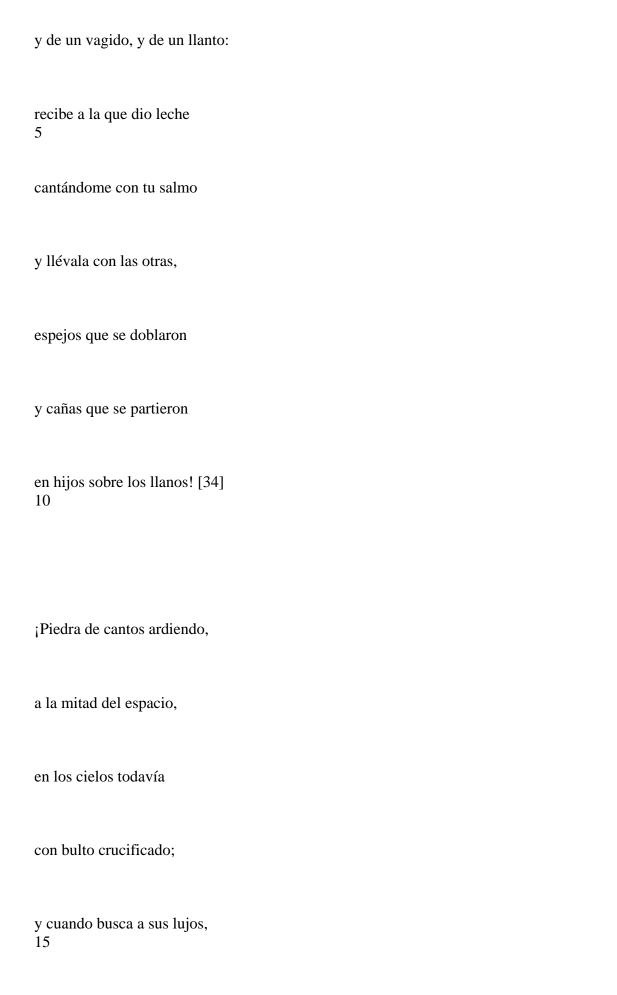
pasar mis manos por mi pecho enjuto,

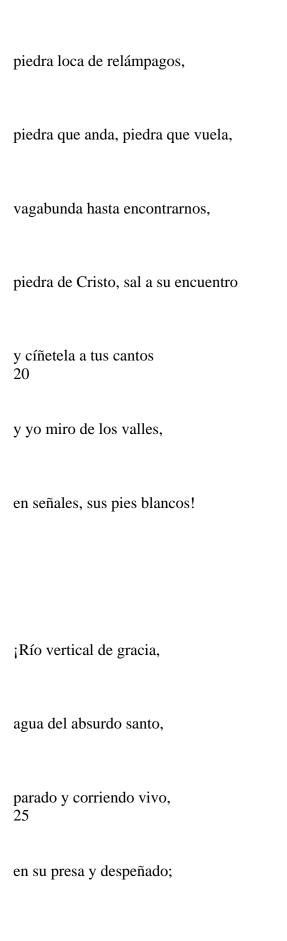
A Victoria Ocampo

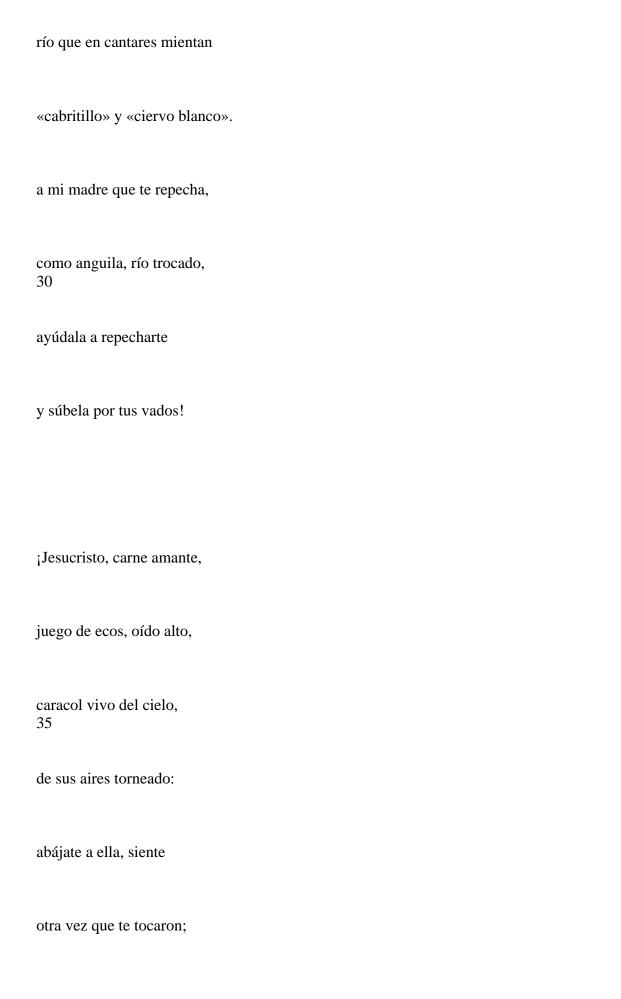


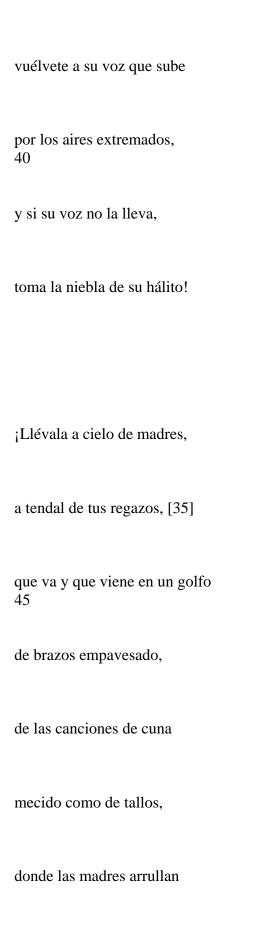


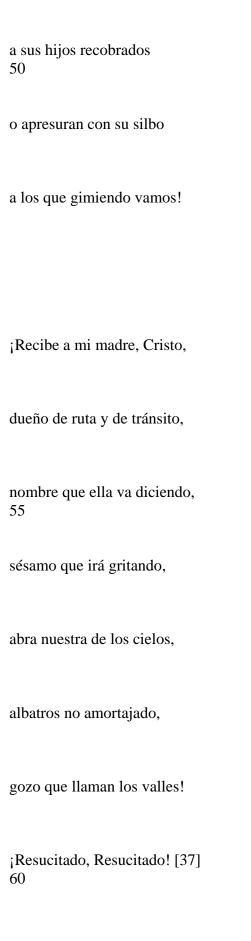




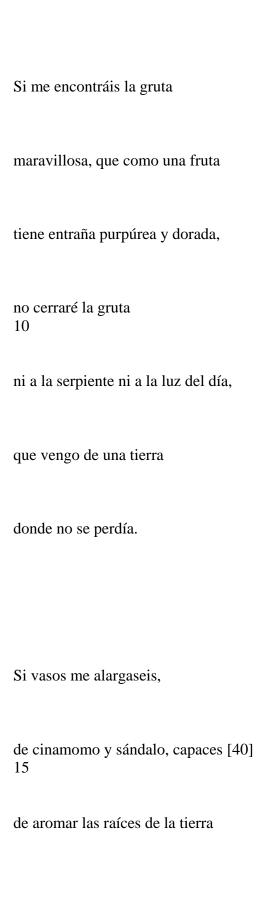


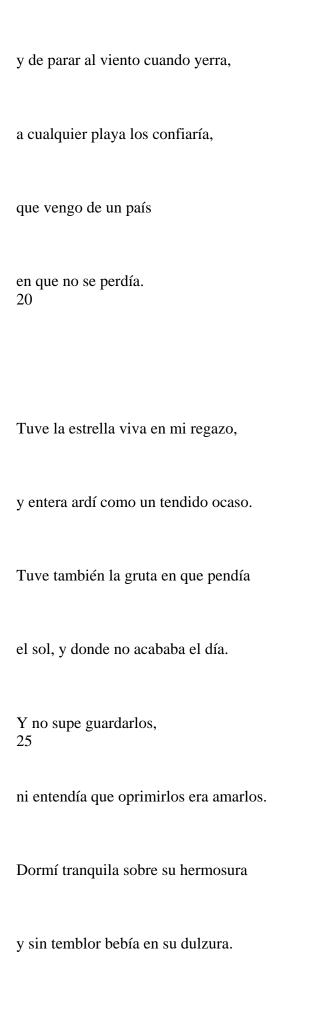




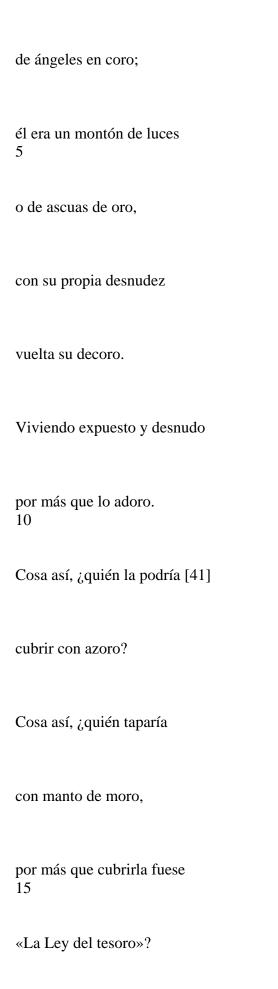


Alucinación
[39]
La memoria divina
A Elsa Fano
Si me dais una estrella,
y me la abandonáis, desnuda ella
entre la mano, no sabré cerrarla
por defender mi nacida alegría,
Yo vengo de una tierra 5
donde no se perdía.





Y los perdí, sin grito de agonía,
que vengo de una tierra 30
en donde el alma eterna no perdía.
«La ley del tesoro»
•
I
Yo soy una que dormía
junto a su tesoro.
Él era un largo temblor



Me lo robaron en día

o en noche bien clara;

soplando me lo aventaron

los genios sin cara;
20

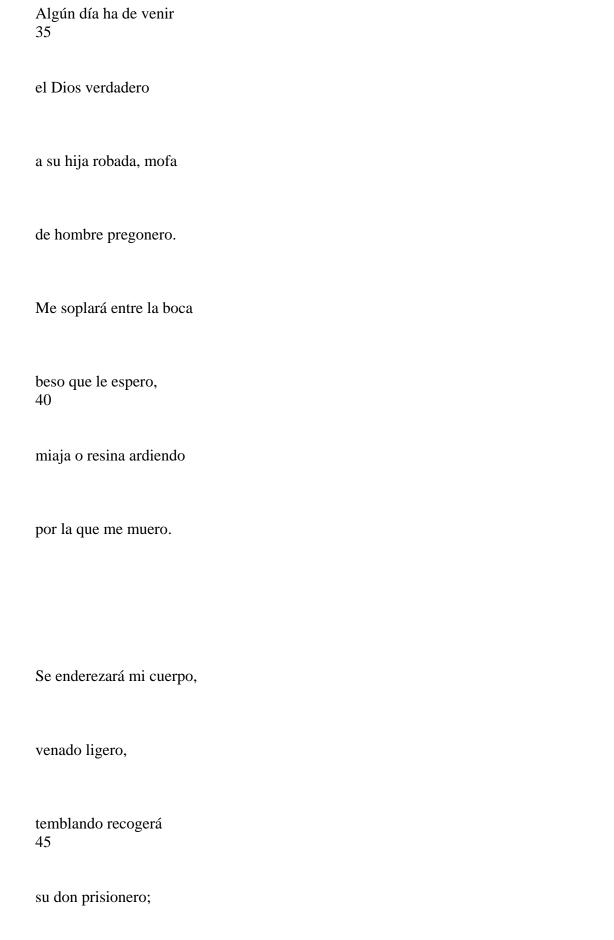
desapareció lo mismo

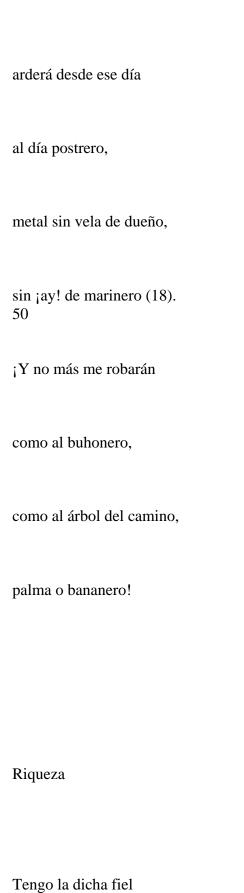
que como llegara:

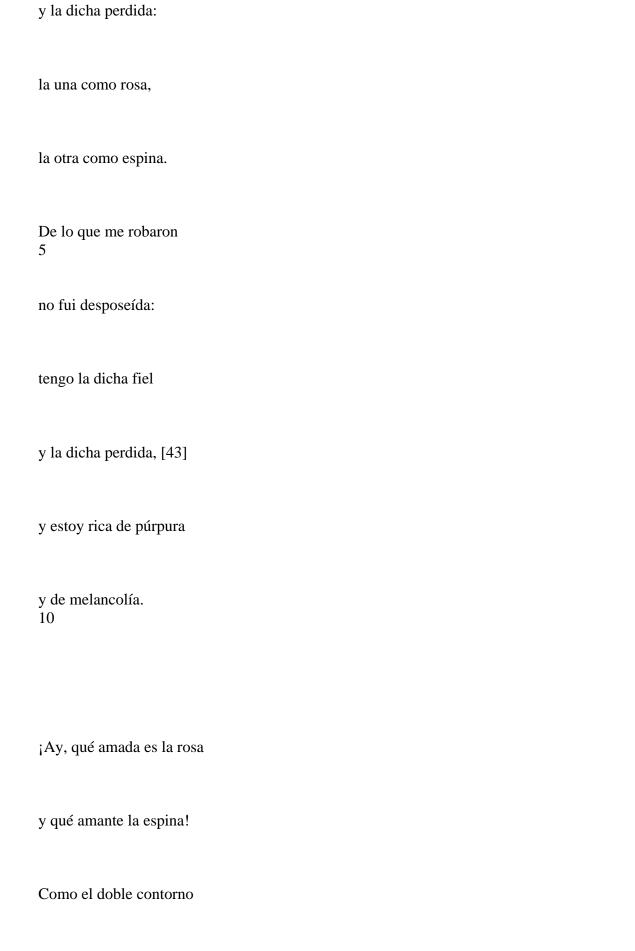
tener daga, tener lazo,

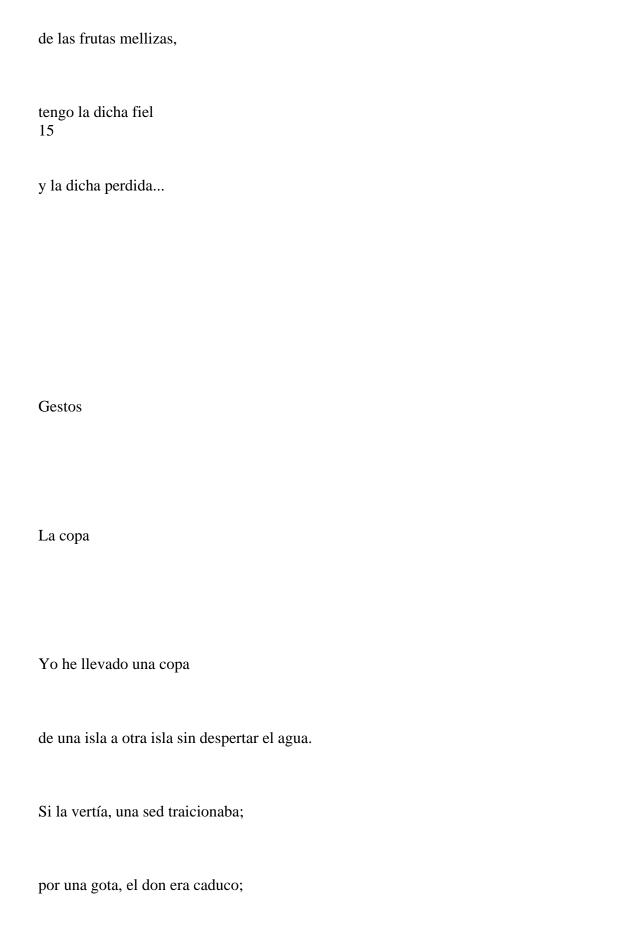
por nada contara.

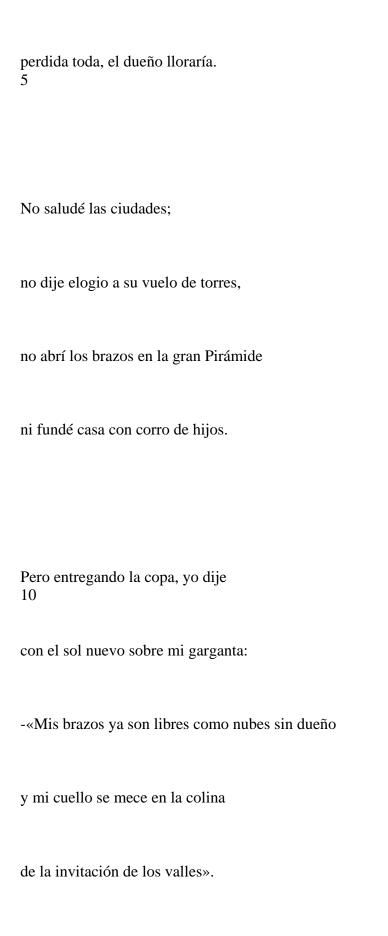
Me dejó revoloteando 25
en el mundo huero
la Ley ladina del dios
mitad aparcero.
Me oigo la cantilena
como, el tero-tero (17), 30
o como sobre las tejas
refrán de aguacero:
-«Guardarás bajo la mano
tu tesoro entero». [42]

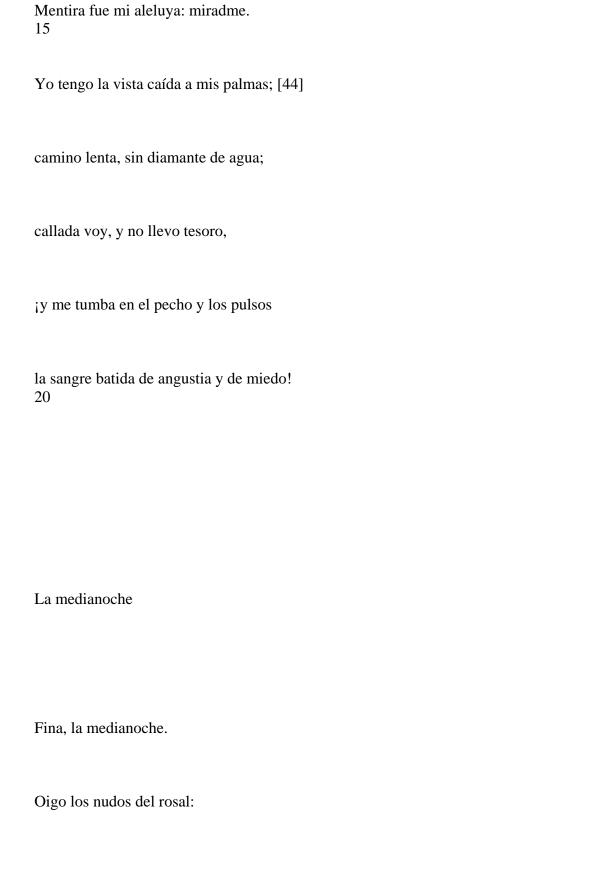






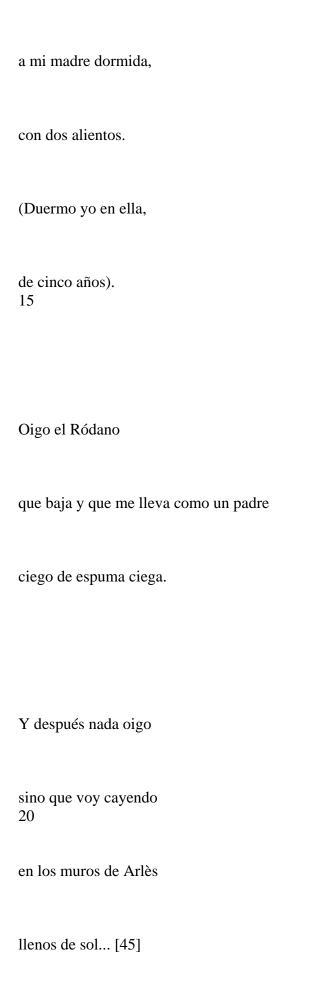


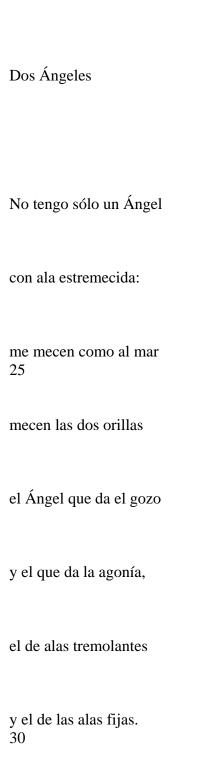


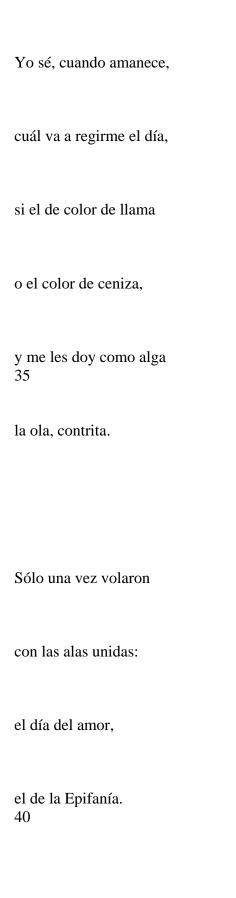


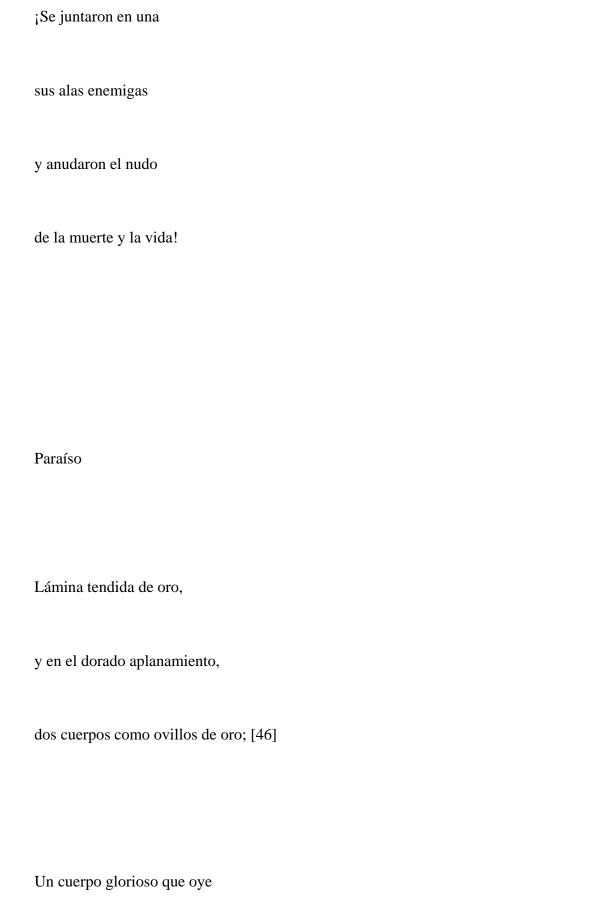
la savia empuja subiendo a la rosa.
Oigo
Olgo
las rayas quemadas del tigre 5
real: no le dejan dormir.
Oigo
la estrofa de uno,
y le crece en la noche
como la duna. 10

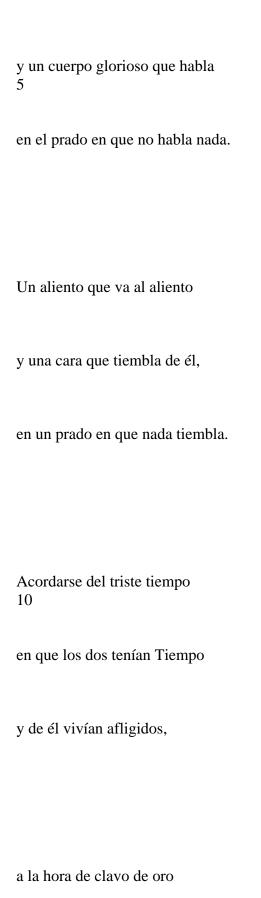
Oigo





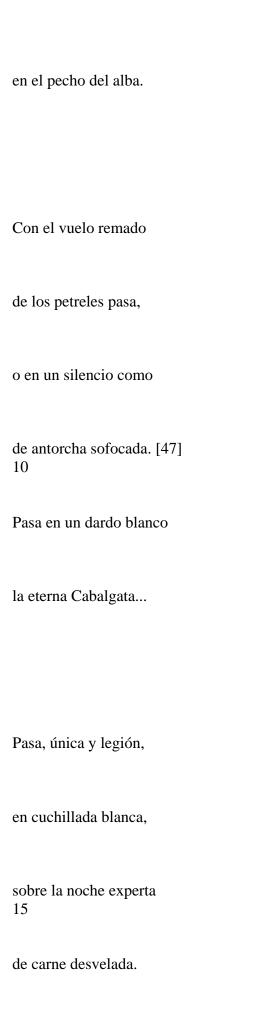


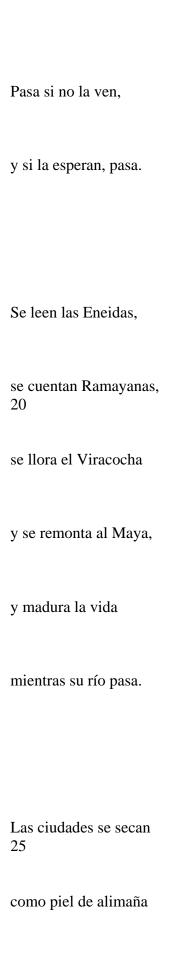


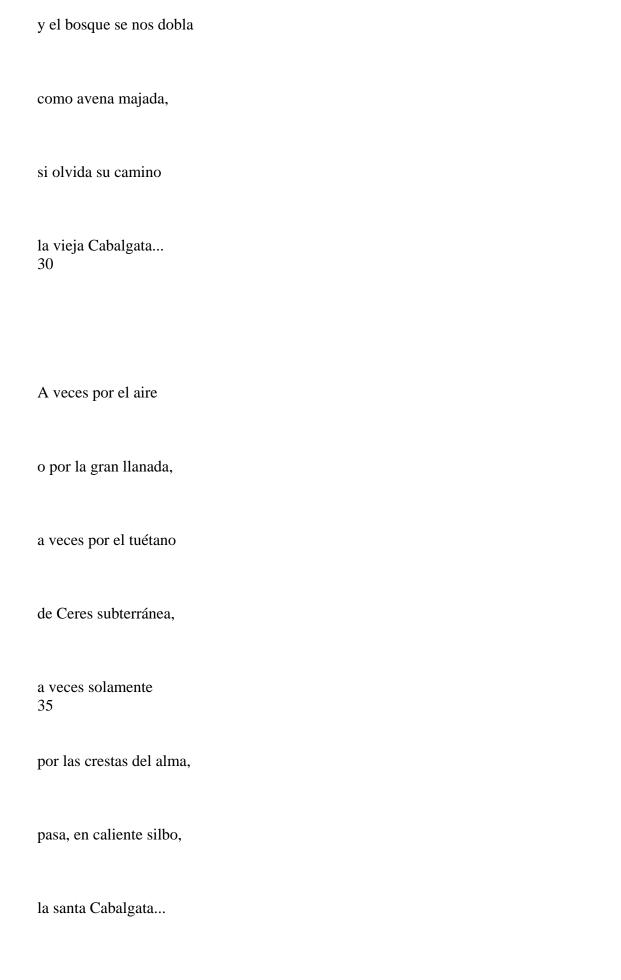


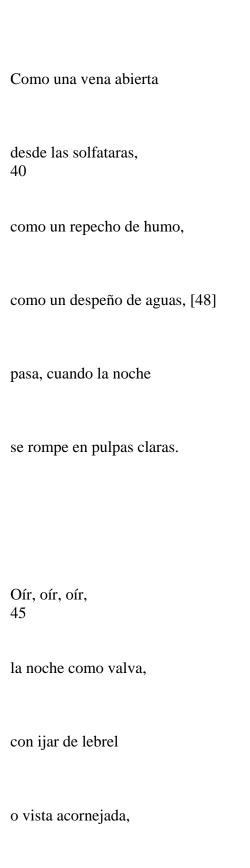
como los perros vagabundos 15
La cabalgata
(19)
A don Carlos Silva Vildósola
Pasa por nuestra Tierra
la vieja Cabalgata,
partiéndose la noche
en una pulpa clara
y cayendo los montes 5

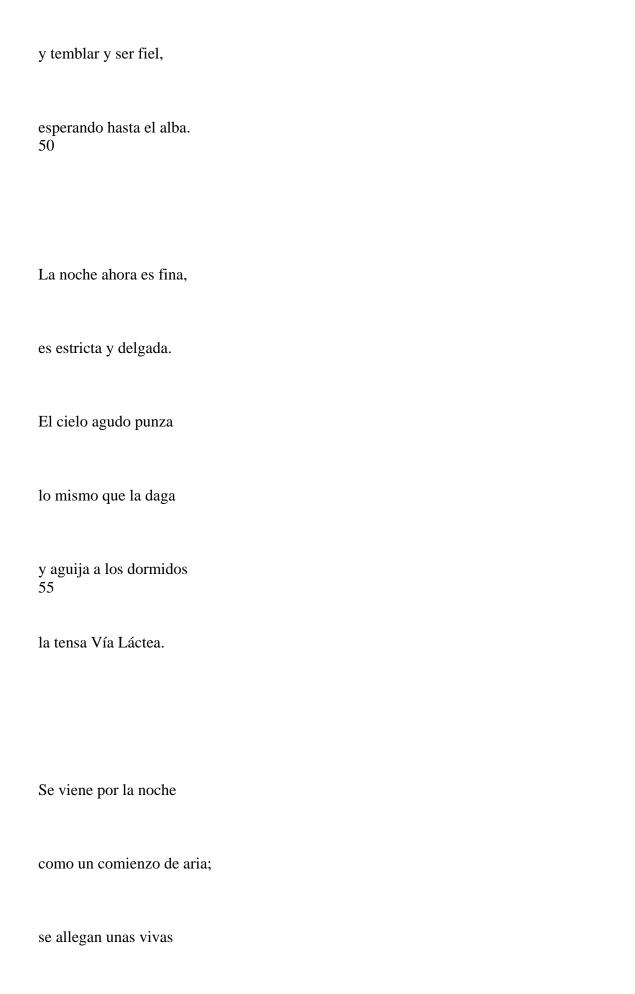
en que el Tiempo quedó al umbral

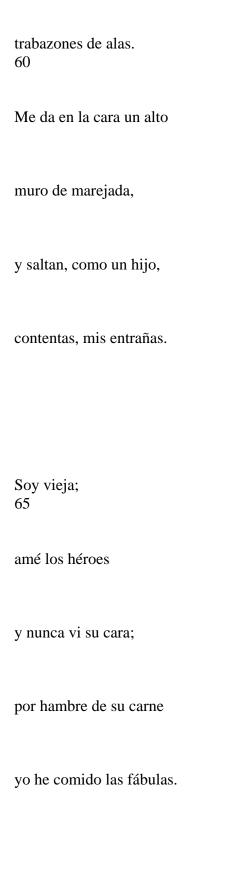










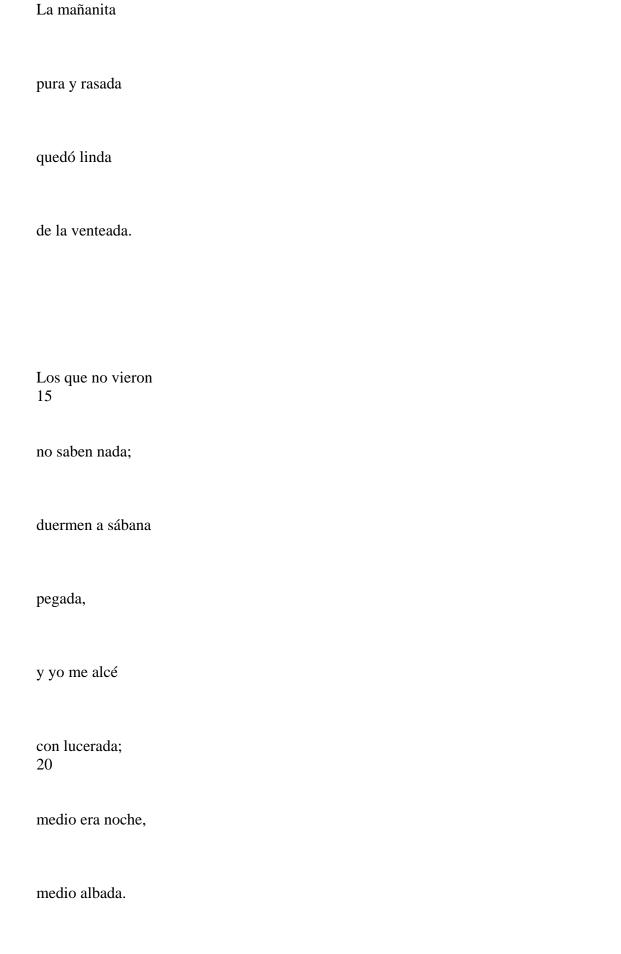


A Amado Alonso

Ahora despierto a un niño

jaspeada,	
iba loca	
de pintureada,	
por el aire 5	
como llevada.	
En esta misma.	
madrugada,	
pasó el río	
de una lanzada. 10	

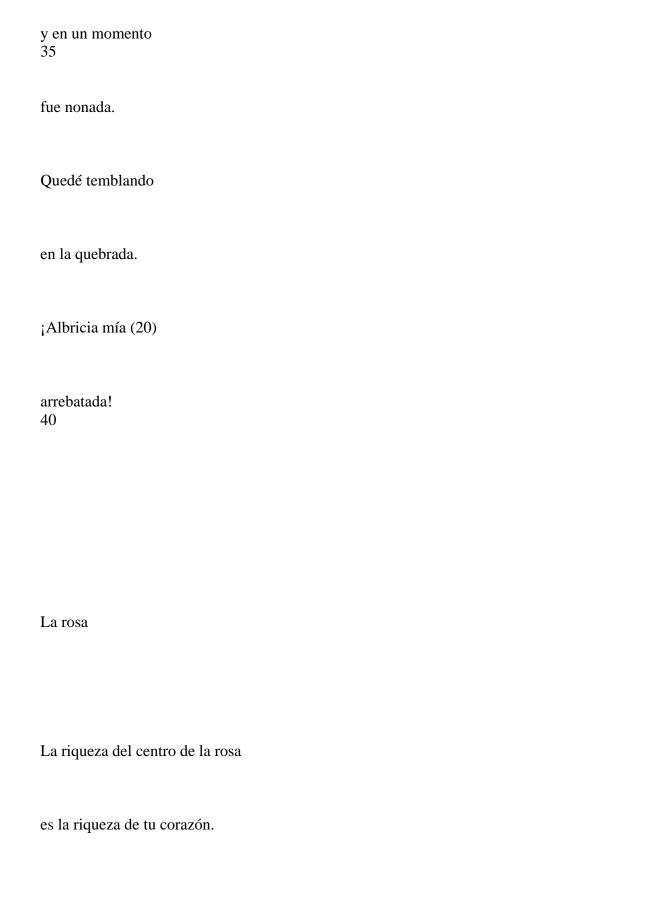
Pájara Pinta





Me crujió el aire

a su pasada, [50]



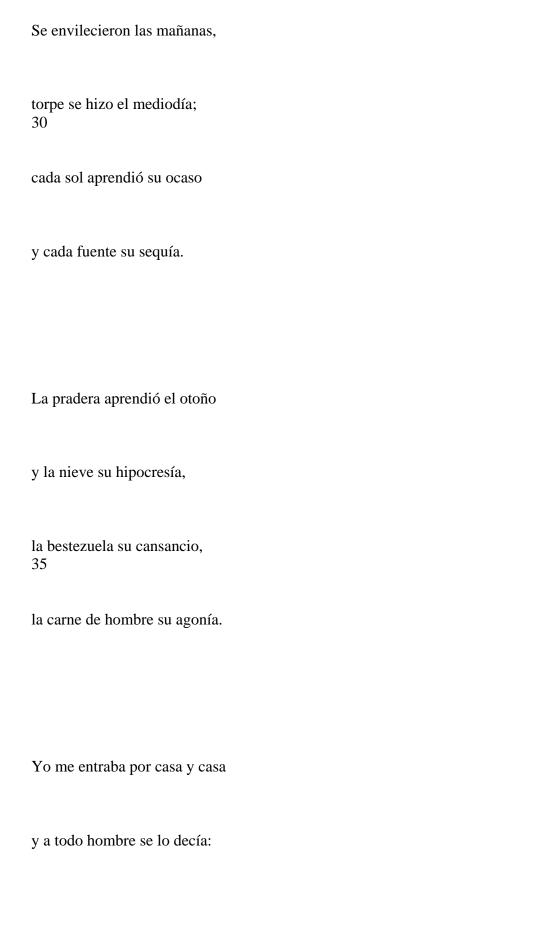
devorada,

Desátala como ella:
su ceñidura es toda tu aflicción.
Desátala en un canto 5
o en un tremendo amor.
No defiendas la rosa:
ite quemaría con el resplandor! [51]
Historias de loca
- I -
La muerte-niña

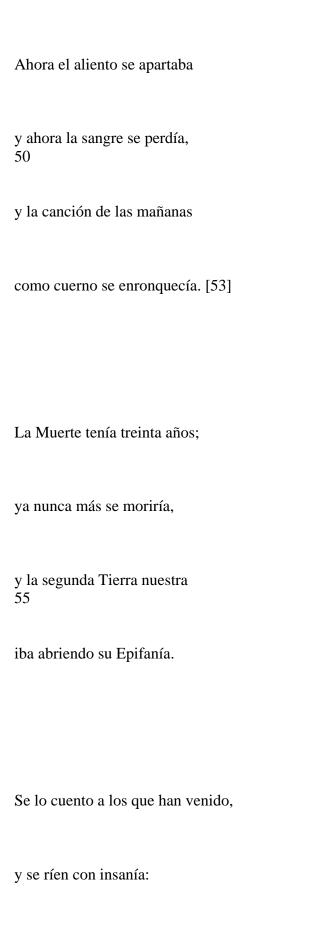
A Gonzalo Zaldumbide
En esa cueva nos nació (21),
y como nadie pensaría,
nació desnuda y pequeñita
como el pobre pichón de cría.
¡Tan entero que estaba el mundo! 5
¡tan fuerte que era al mediodía!
¡tan armado como la piña,
cierto del Dios que sostenía!

Alguno nuestro la pensó
como se piensa villanía; 10
la Tierra se lo consintió
y aquella cueva se le abría.
De aquel hoyo salió de pronto,
con esa carne de elegía;
salió tanteando y gateando 15
y apenas se la distinguía.
Con una piedra se aplastaba,
con el puño se la exprimía.

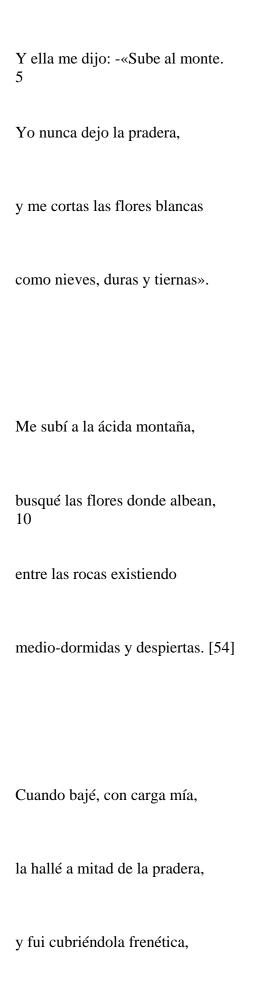
Se balanceaba como un junco
y con el viento se caía 20
Me puse yo sobre el camino
para gritar a quien me oía: [52]
-«¡Es una muerte de dos años
que bien se muere todavía!»
Recios rapaces la encontraron, 25
a hembras fuertes cruzó la vía;
la miraron Nemrod y Ulises,
pero ninguno comprendía



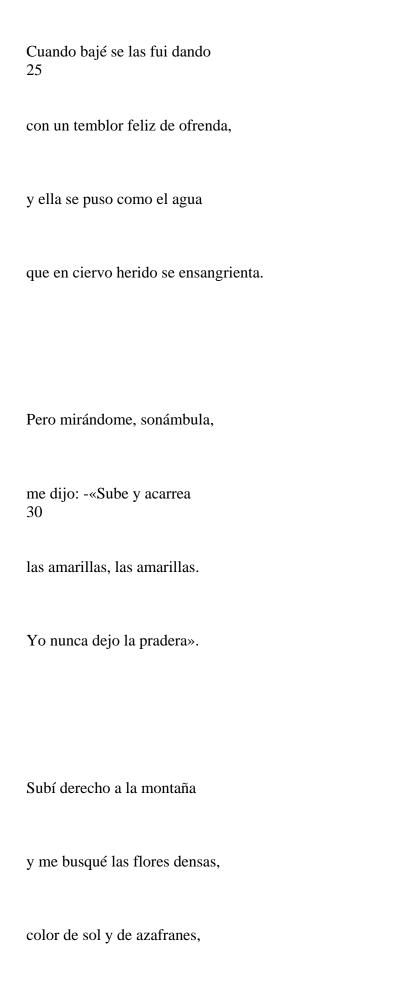
-«¡Es una muerte de siete años
que bien se muere todavía!» 40
Y dejé de gritar mi grito
cuando vi que se adormecían.
Ya tenían no sé qué dejo
y no sé qué melancolía
Comenzamos a ser los reyes 45
que conocen postrimería
y la bestia o la criatura
que era la sierva nos hería.



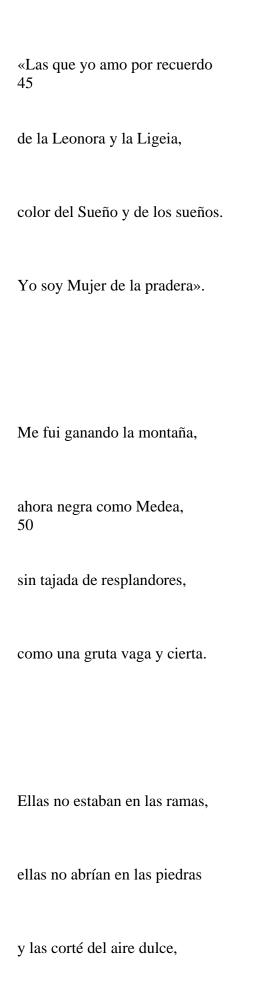
«-Yo soy de aquellas que bailaban
cuando la Muerte no nacía» 60
- II - La flor del aire (22)
A Consuelo Saleva
Yo la encontré por mi destino,
de pie a mitad de la pradera,
gobernadora del que pase,
el que le hable y que la vea.



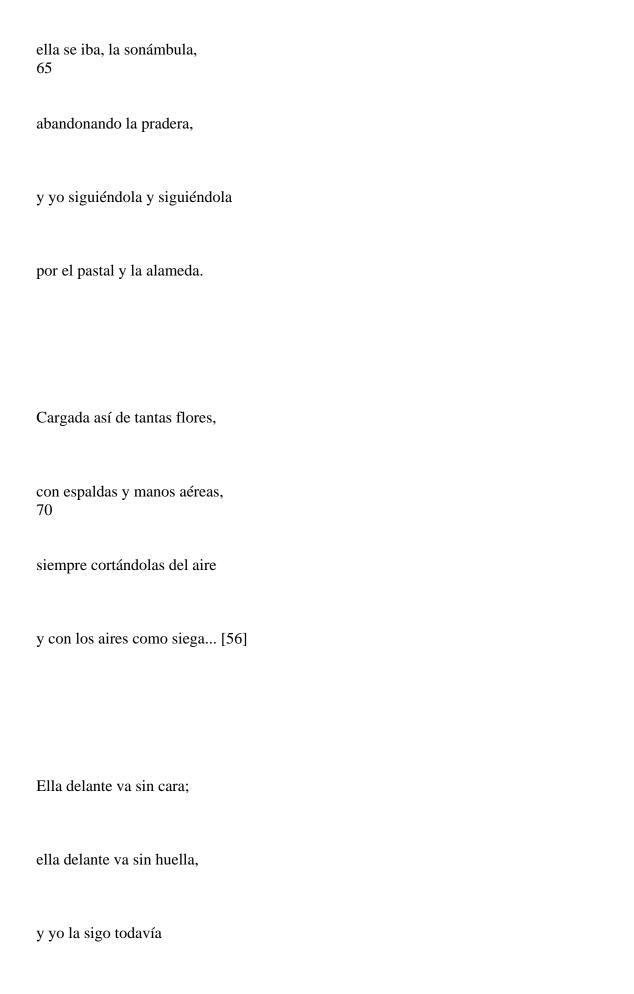
con un torrente de azucenas.
Y sin mirarse la blancura,
ella me dijo«Tú acarrea
ahora sólo flores rojas.
Yo no puedo pasar la pradera». 20
Trepé las peñas con el venado,
y busqué flores de demencia,
las que rojean y parecen
que de rojez vivan y mueran.



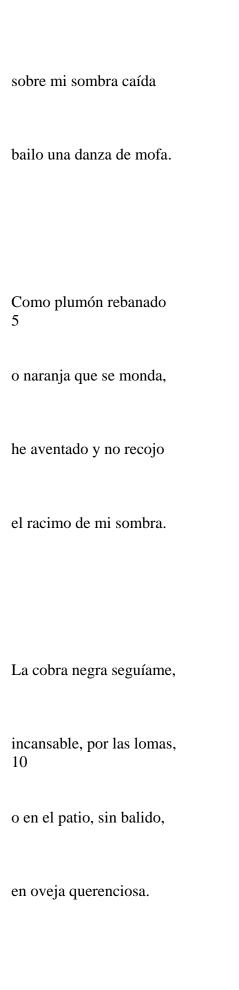
recién nacidas y ya eternas.
Al encontrarla, como siempre,
a la mitad de la pradera,
segunda vez yo fui cubriéndola,
y la dejé como las eras. 40
Y todavía, loca de oro,
me dijo: -«Súbete, mi sierva, [55]
y cortarás las sin color,
ni azafranadas ni bermejas».

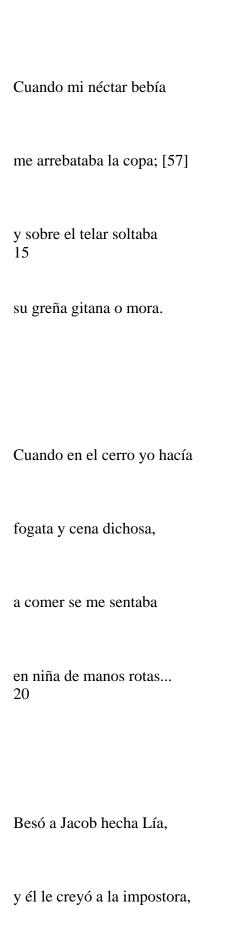


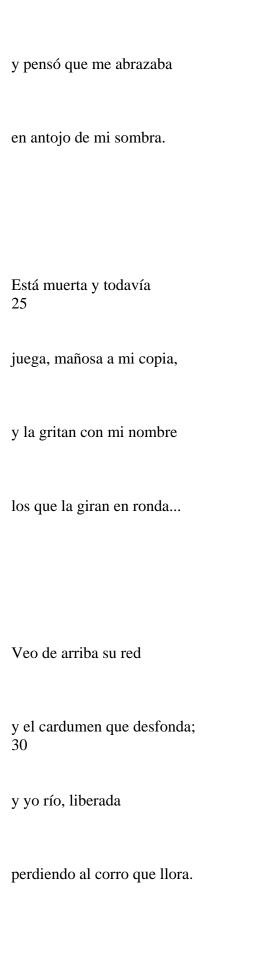
tijereteándolo ligera.
Me las corté como si fuese
la cortadora que está ciega.
Corte de un aire y de otro aire,
tomando el aire por mi selva 60
Cuando bajó de la montaña
y fui buscándome a la reina,
ahora ella caminaba,
ya no era blanca ni violenta;

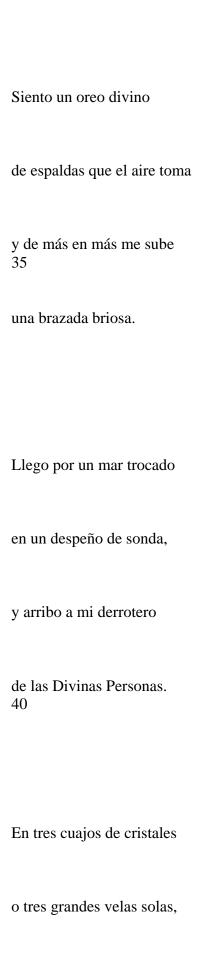


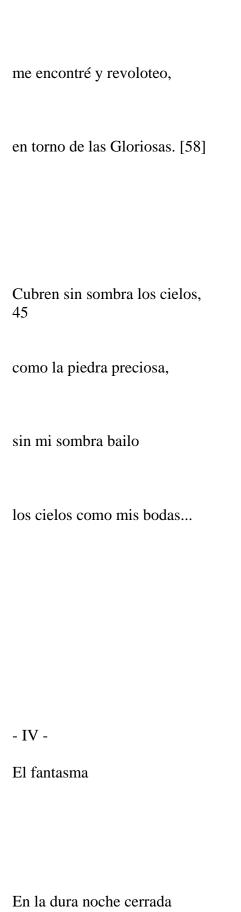
entre los gajos de la niebla,
con estas flores sin color,
ni blanquecinas ni bermejas,
hasta mi entrega sobre el límite,
cuando mi Tiempo se disuelva 80
- III -
La sombra (23)
En un metal de cipreses
y de cal espejeadora,

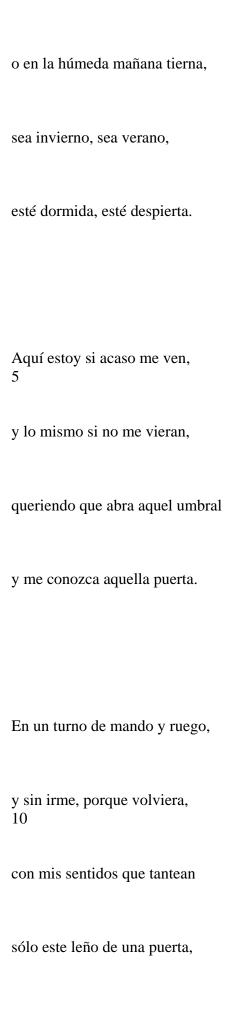


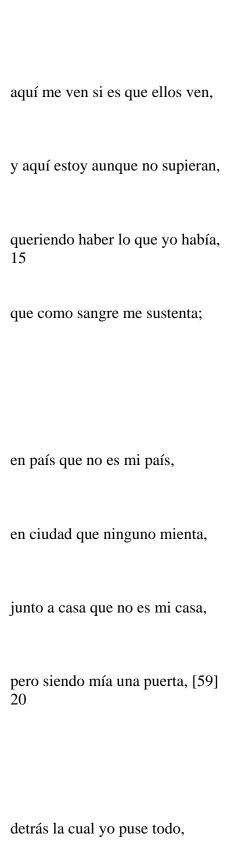


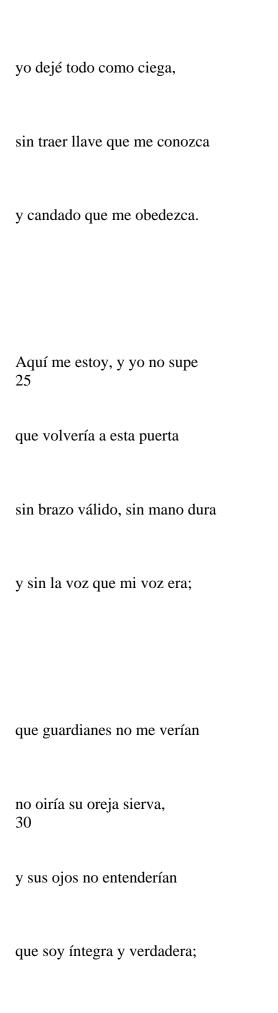


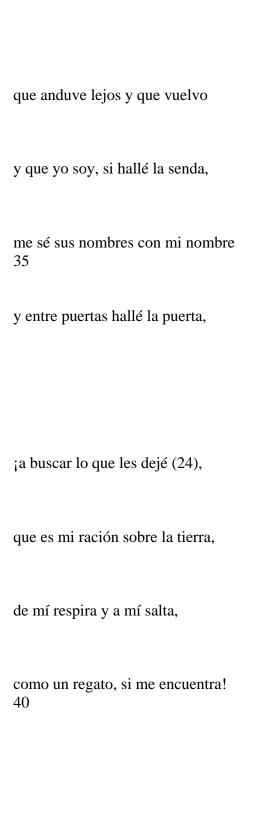




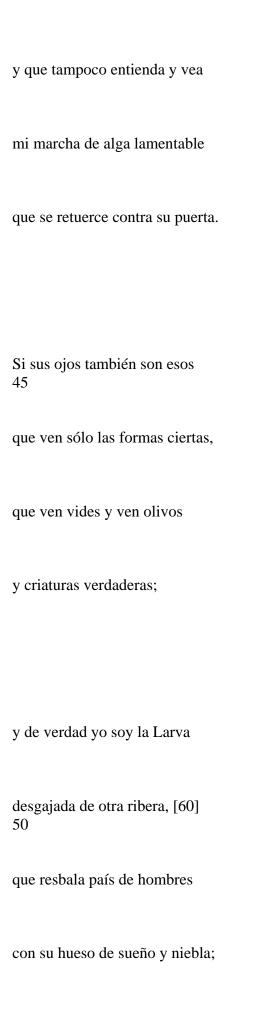


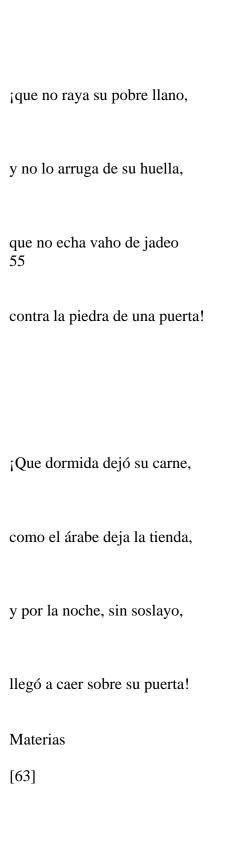






A menos que él también olvide





Pan

A Teresa y Enrique Díez-Canedo

Dejaron un pan en la mesa,

mitad quemado, mitad blanco,

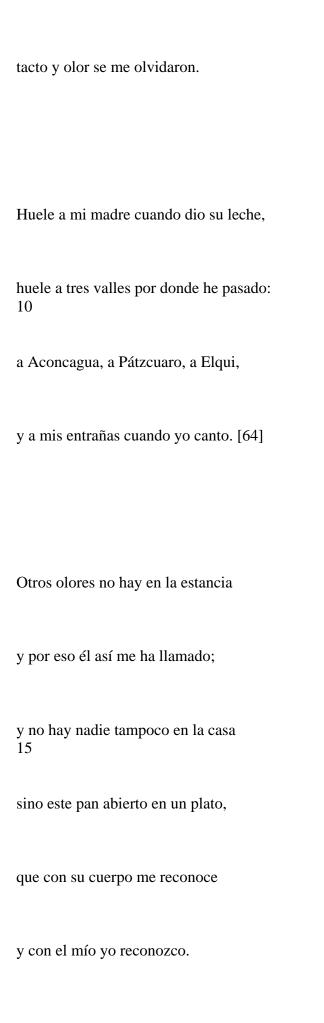
pellizcado encima y abierto

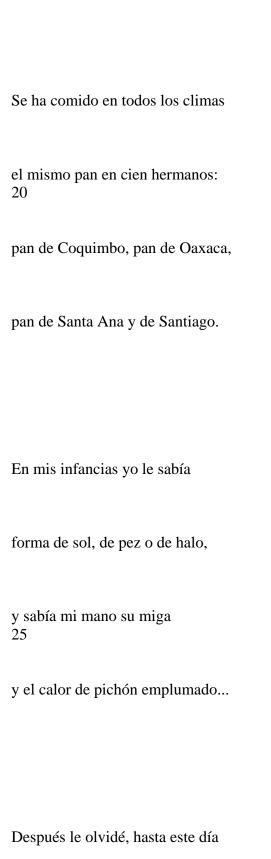
en unos migajones de ampo.

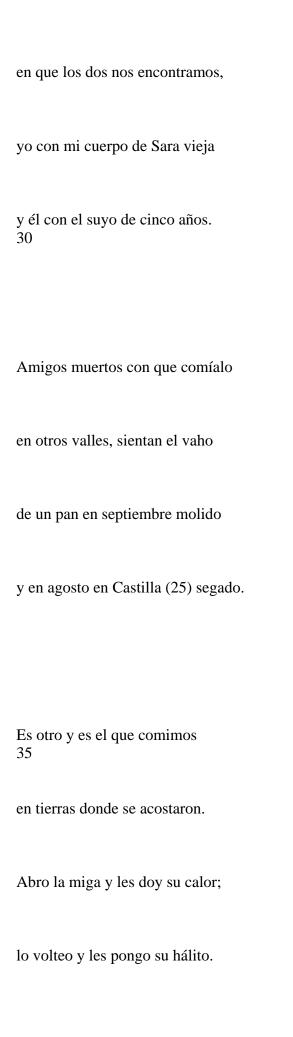
Me parece nuevo o como no visto, 5

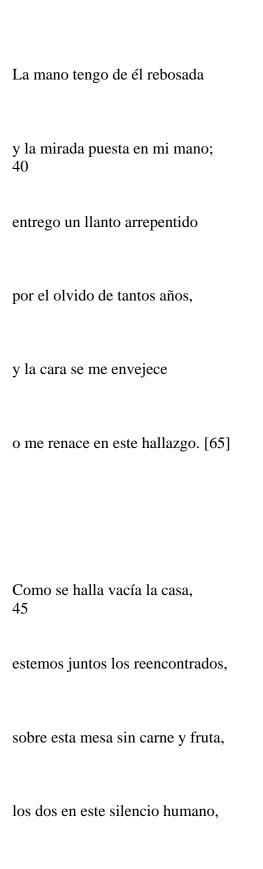
y otra casa que él no me ha alimentado,

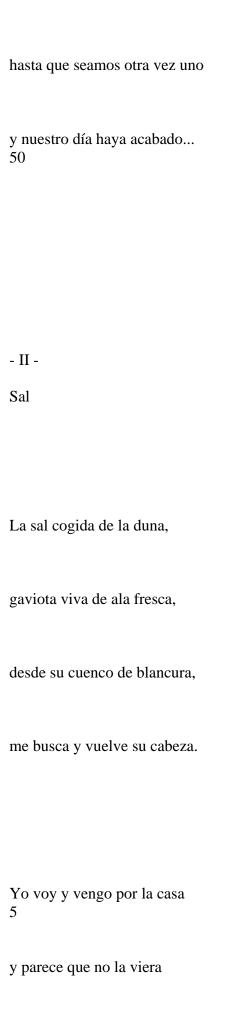
pero volteando su miga, sonámbula,

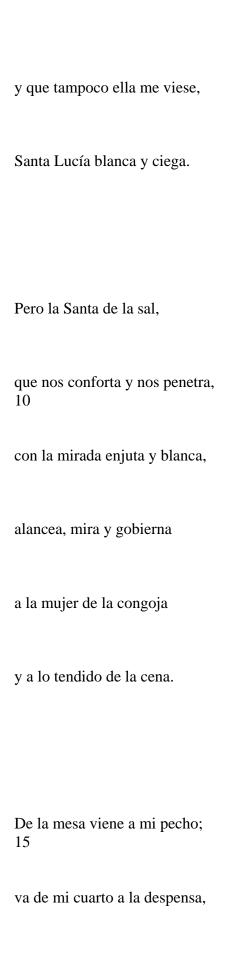


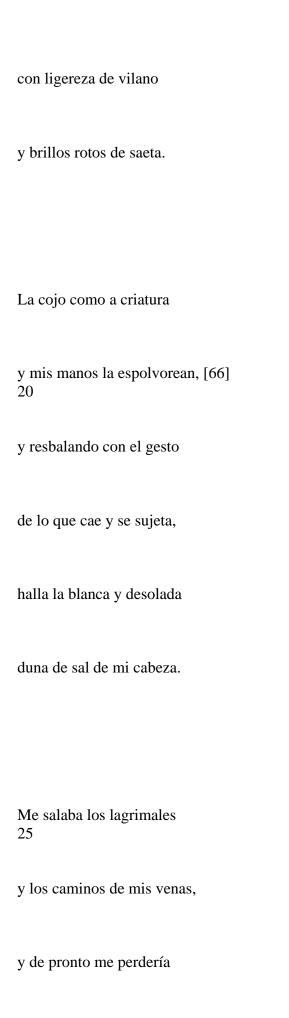


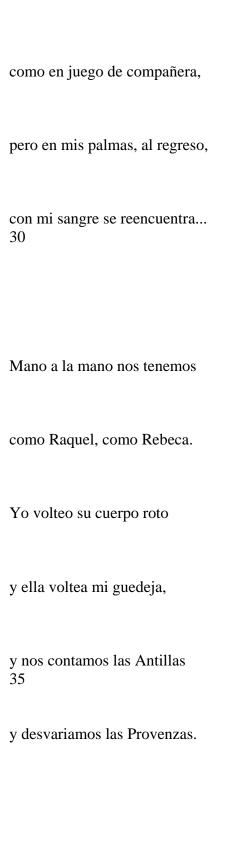




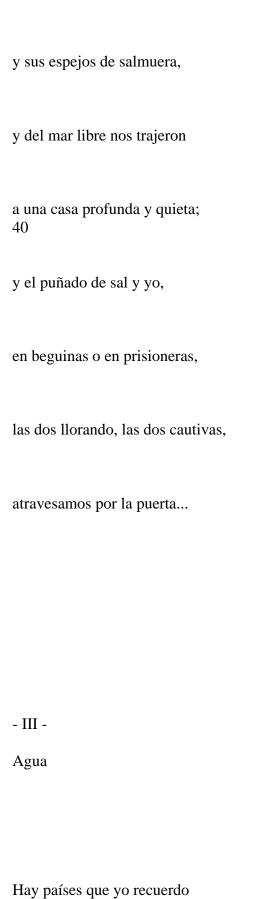


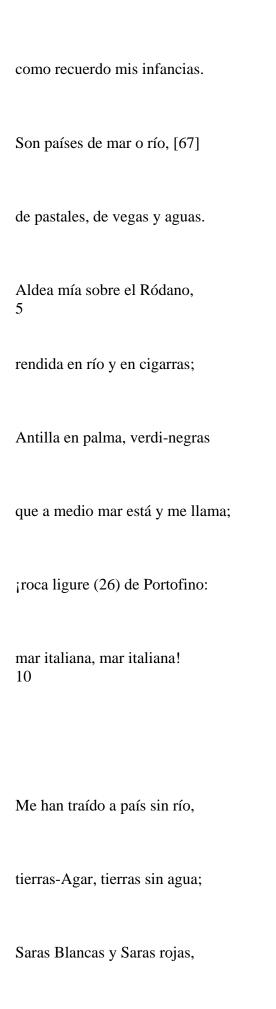


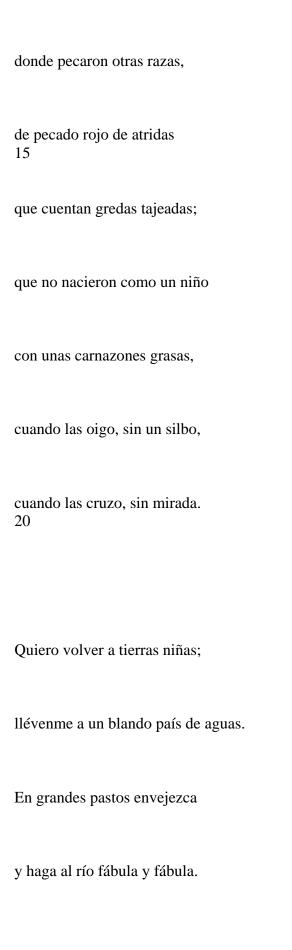


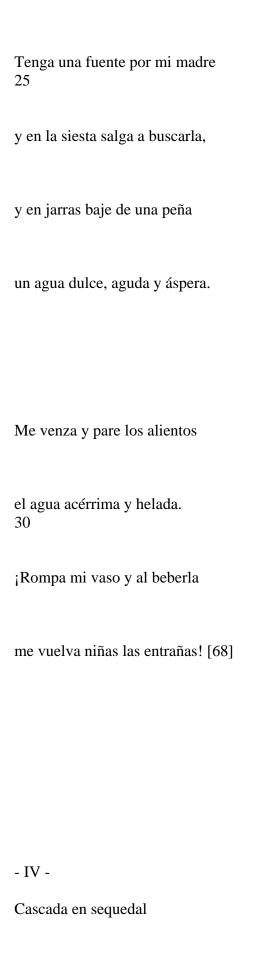


Ambas éramos de las olas

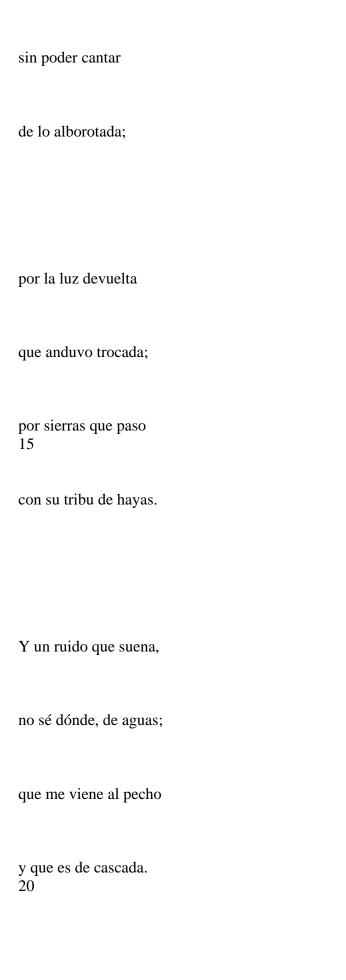


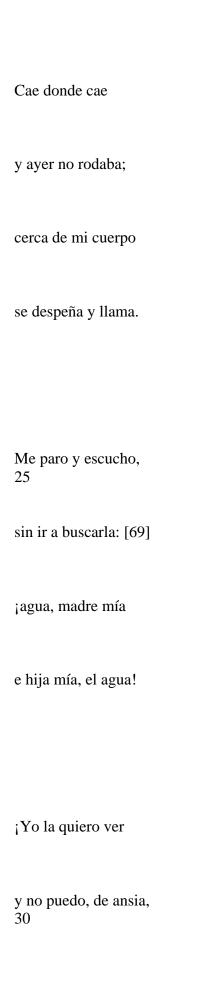




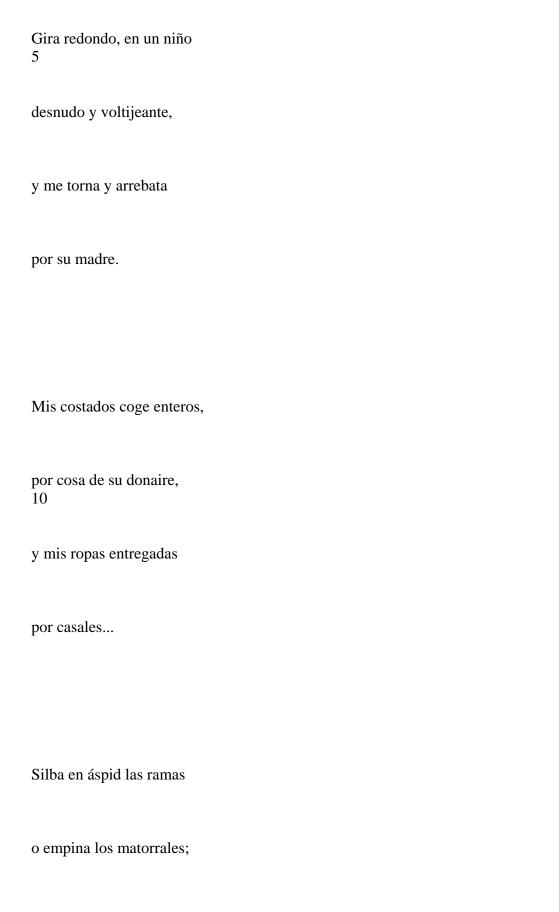


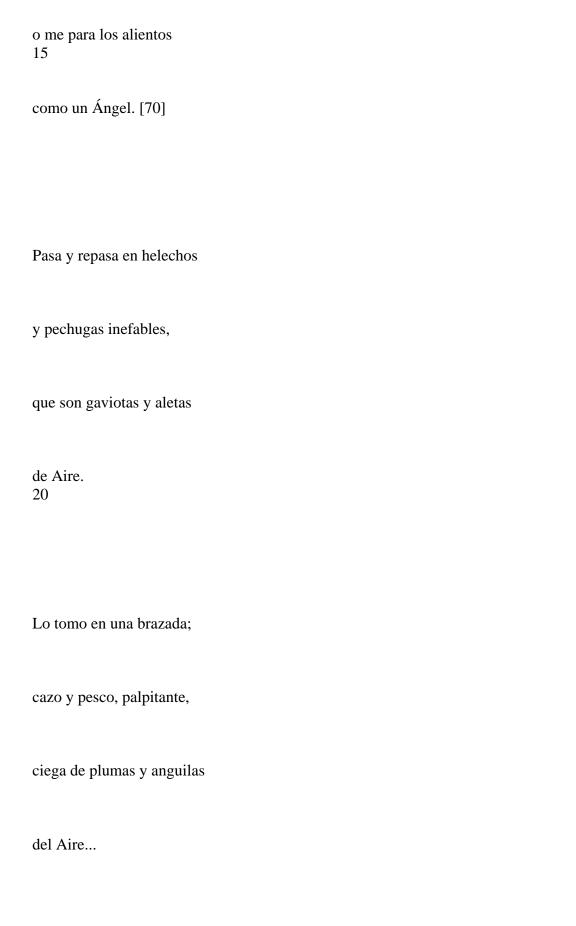
Ganas tengo de cantar,
sin razón de mi algarada:
ni vivo en la tierra
de donde es la palma,
ni la madre mía
5
entra por mi casa,
ni regreso a ella
gritando en la barca
Ganas de cantar
partiendo tres ráfagas, 10

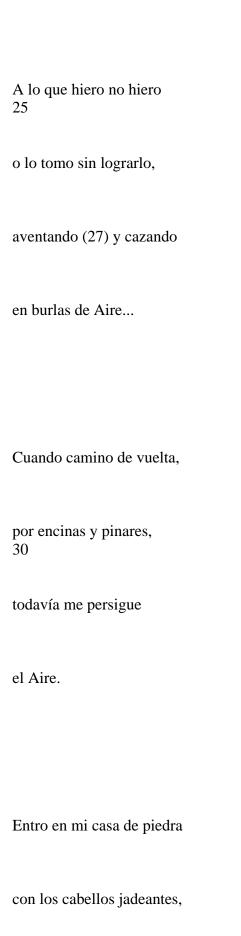




y sigue cayendo,
l'agua palmoteada!
ragua pannoteada:
- V -
El aire
A Lead Ma Occione a Dia
A José Mª Quiroga Pla
En el llano y la llanada
de salvia y menta salvaje,
encuentro como esperándome
el Aire.









Al amanecer, me duermo 45
-cuando mis cabellos caen-
como la madre del hijo,
rota del Aire [71]
América
[73]
Dos himnos
(28)

A don Eduardo Santos

Sol del Trópico

Sol de los Incas, sol de los Mayas,

maduro sol americano,

sol en que mayas y quichés

reconocieron y adoraron,

y en el que viejos aimaráes 5

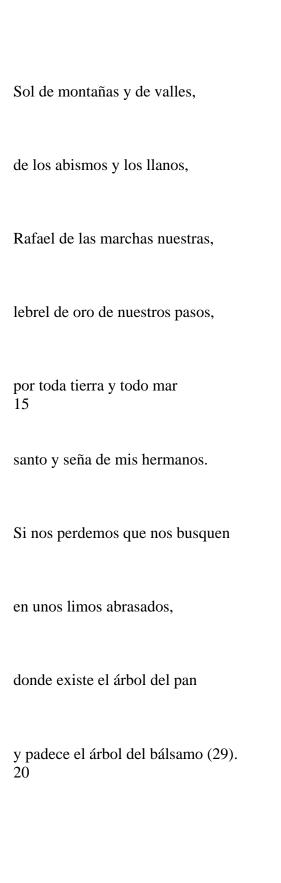
como el ámbar fueron quemados.

Faisán rojo cuando levantas

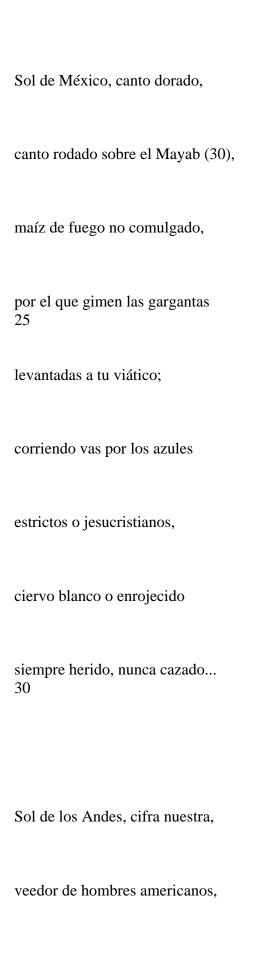
y cuando medias, faisán blanco

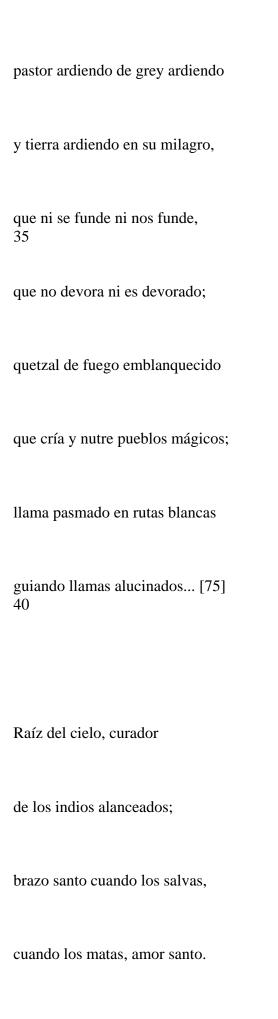
sol pintador y tatuador

de casta de hombre y de leopardo. [74] 10

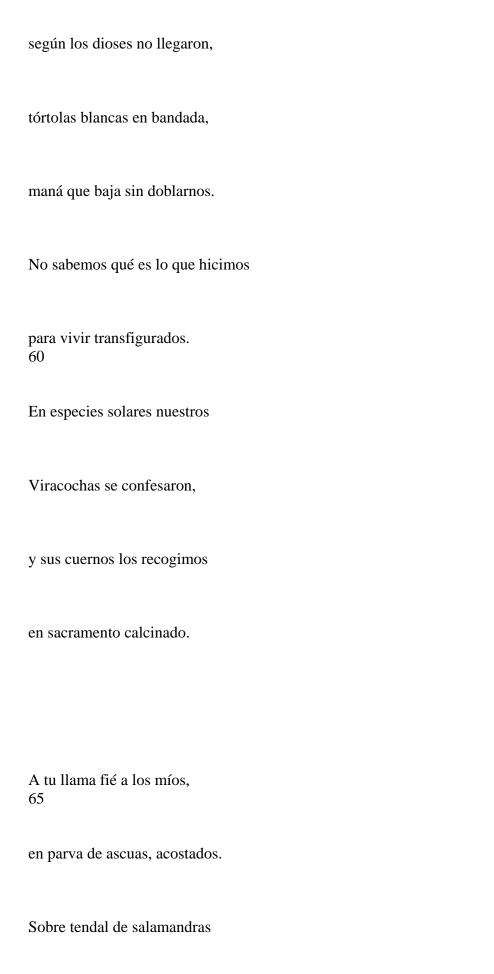


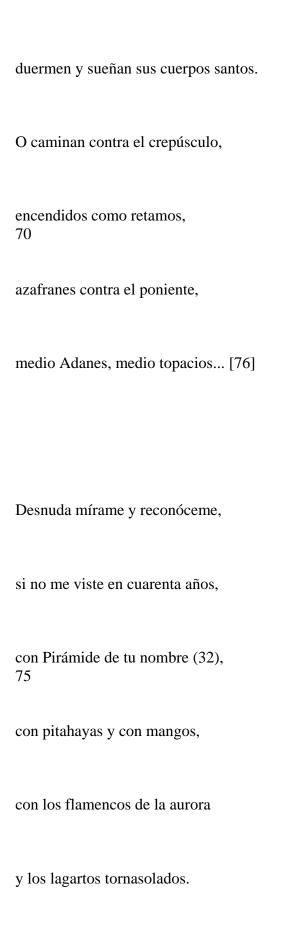
Sol del Cuzco, blanco en la puna,

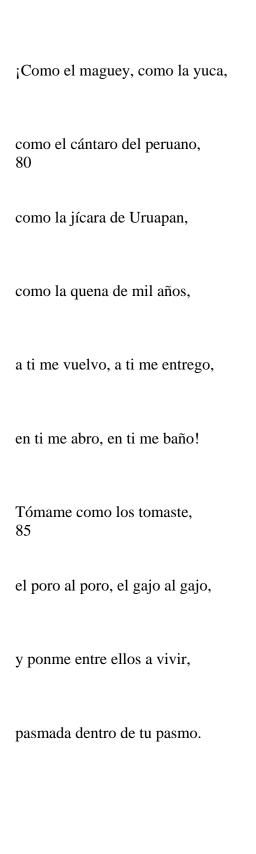




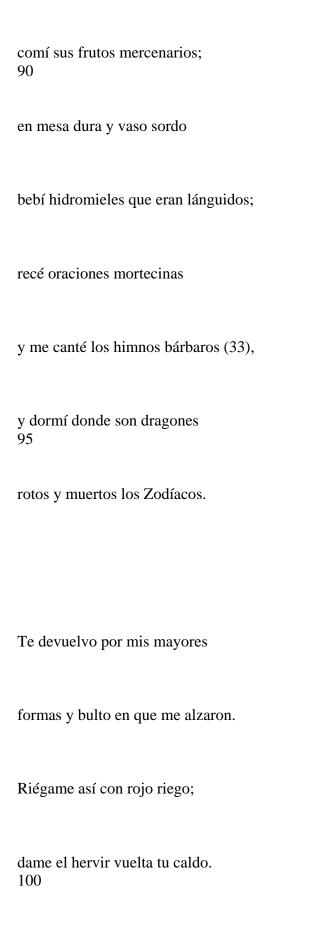
Quetzalcóatl, padre de oficios 45
de la casta de ojo almendrado,
el moledor de los añiles,
el tejedor de algodón cándido.
Los telares indios enhebras
con colibríes alocados 50
y das las grecas pintureadas
al mujerío de Tacámbaro.
¡Pájaro Roc (31), plumón que empolla
dos orientes desenfrenados!

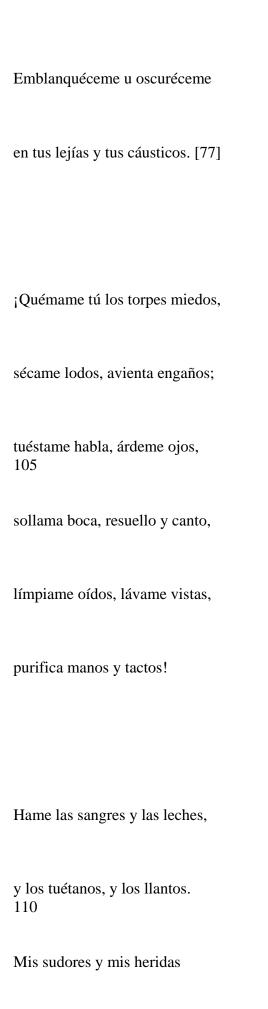


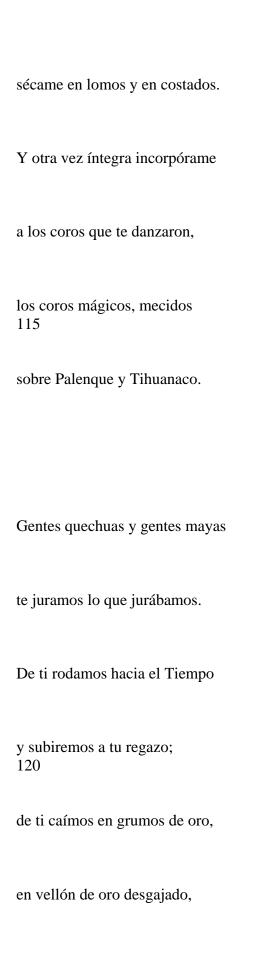




Pisé los cuarzos extranjeros,

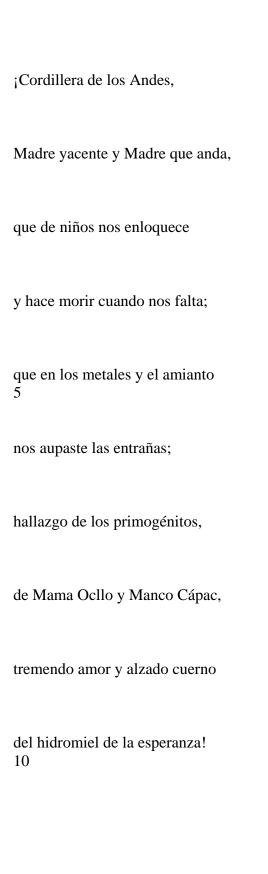




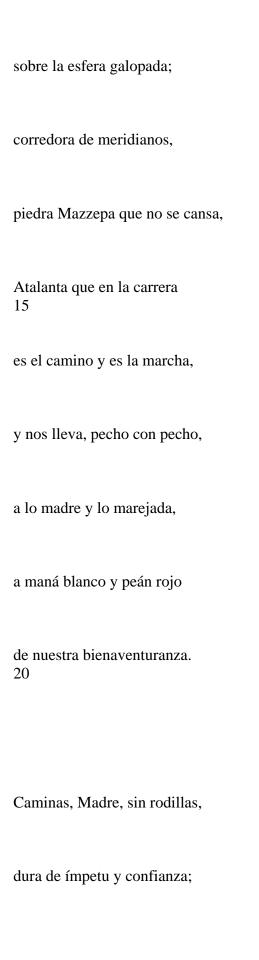


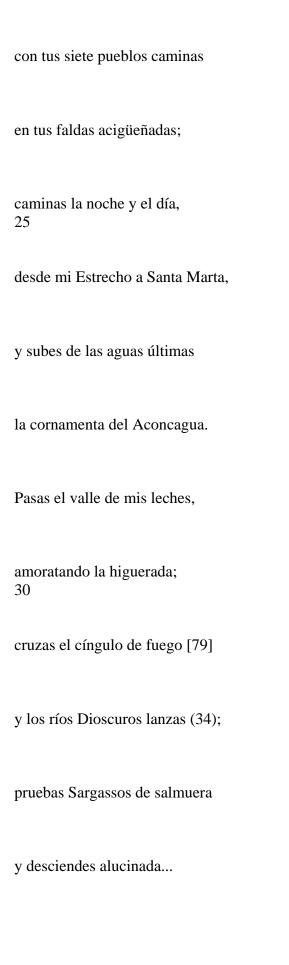
y a ti entraremos rectamente
según dijeron Incas Magos.
¡Como racimos al lagar 125
volveremos los que bajamos,
como el cardumen de oro sube
a flor de mar arrebatado
y van los grandes anacondas
subiendo al silbo del llamado! [78] 130
- II -

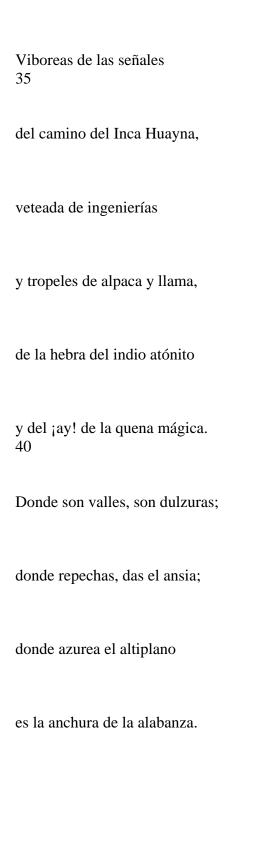
Cordillera



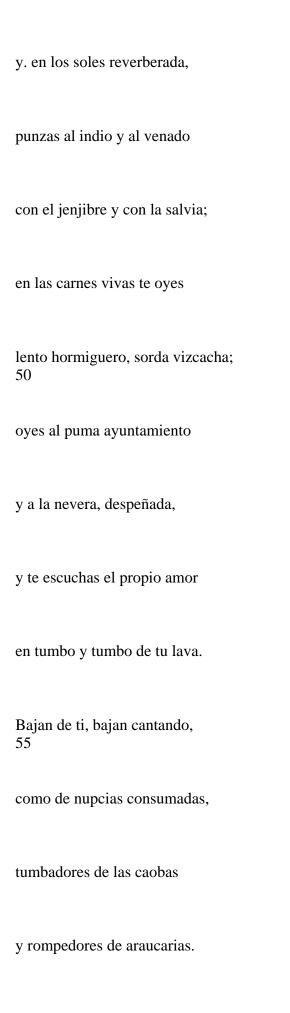
Jadeadora del Zodíaco,



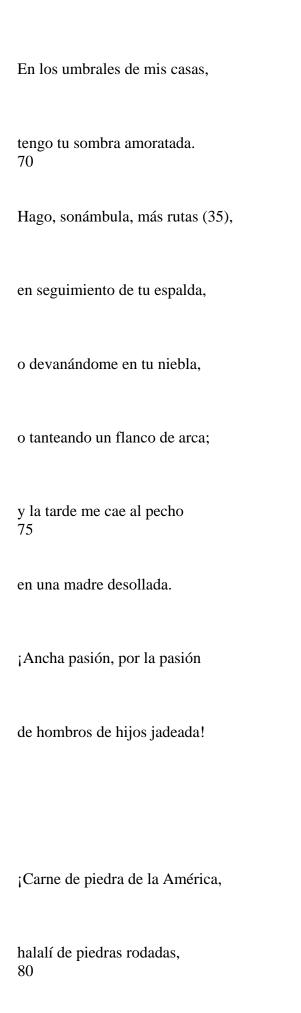


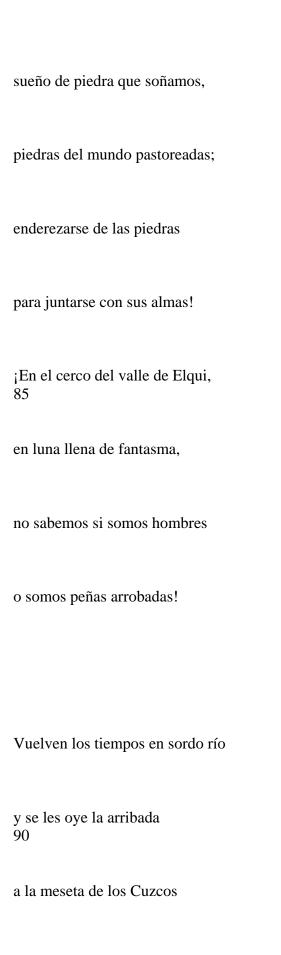


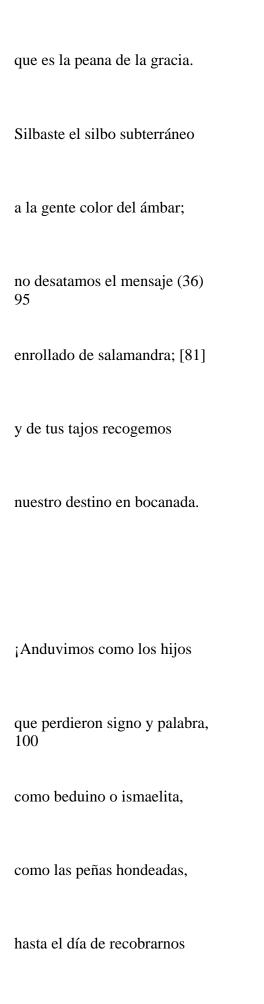
Extendida como una amante 45

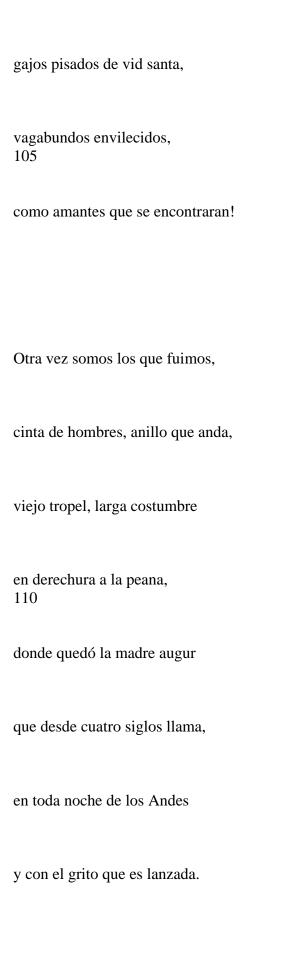


Aleluya por el tenerte para cosecha de las fábulas, 60 alto ciervo que vio San Jorge de cornamenta aureolada [80] y el fantasma del Viracocha, vaho de niebla y vaho de habla. Por las noches nos acordamos 65 de bestia negra y plateada, leona que era nuestra madre y de pie nos amamantaba!



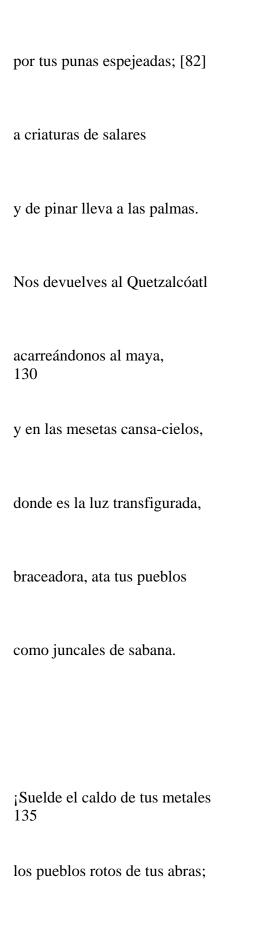






Otra vez suben nuestros coros 115
y el roto anillo de la danza,
por caminos que eran de chasquis (37)
y en pespuntes de llamaradas.
Son otra vez adoratorios
jaloneando la montaña 120
y la espiral en que columpian
mirra-copal, mirra-copaiba,
¡para tu gozo y nuestro gozo
balsámica y embalsamada!

Al fueguino sube al Caribe 125



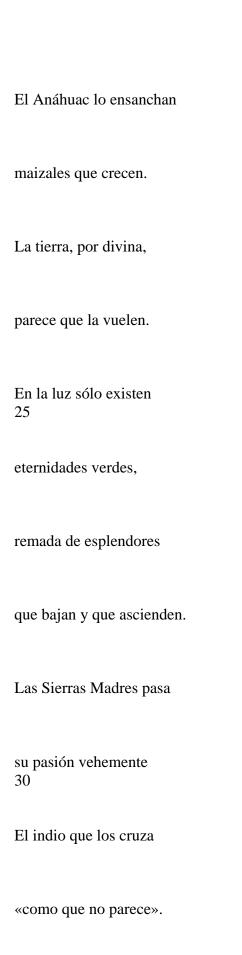
cose tus ríos vagabundos,
tus vertientes acainadas.
Puño de hielo, palma de fuego,
a hielo y fuego purifícanos! 140
Te llamemos en aleluya
y en letanía arrebatada.
¡Especie eterna y suspendida,
Alta-ciudad - Torres-doradas,
Pascual Arribo de tu gente, 145
Arca tendida de la Alianza!

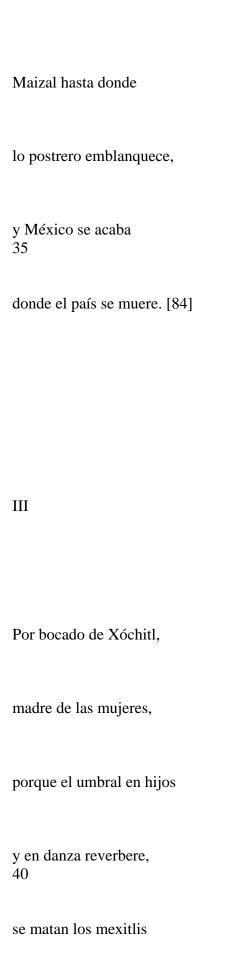
```
El maíz de Anáhuac,
el maíz de olas fieles,
cuerpo de los mexitlis,
a mi cuerpo se viene.
En el viento me huye,
jugando a que lo encuentre,
y me cubre y me baña [83]
el Quetzalcoatl (38) verde
de las colas trabadas
```

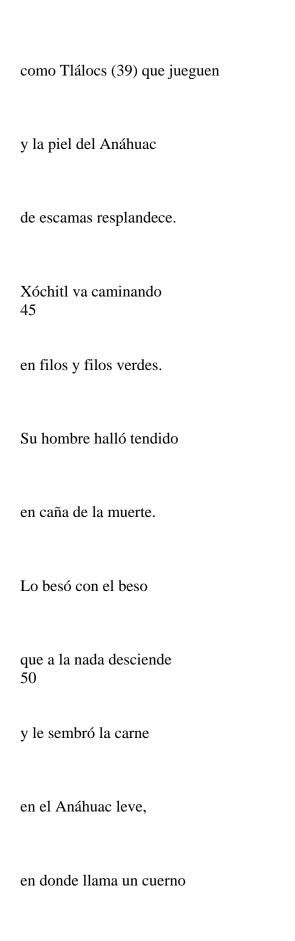
que lamen y que hieren.

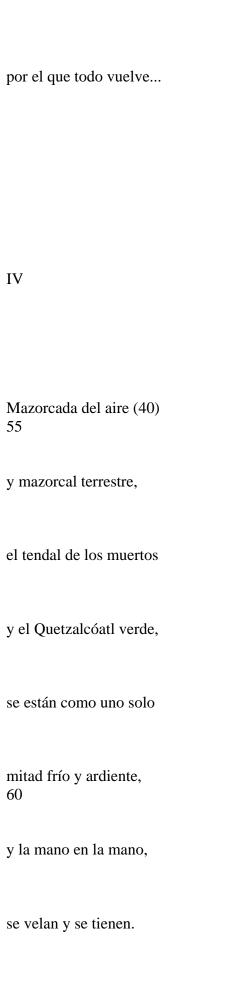
10

Braceo en la oleada
como el que nade siempre;
a puñados recojo
las pechugas huyentes,
riendo risa india 15
que mofa y que consiente,
y voy ciega en marea
verde resplandeciente,
braceándole la vida,
braceándole la muerte. 20



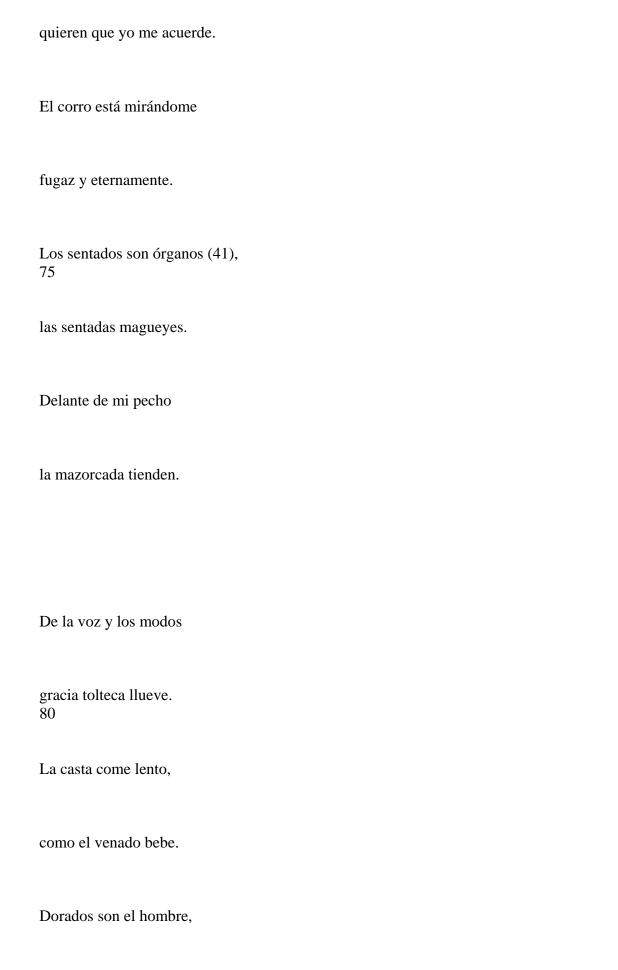


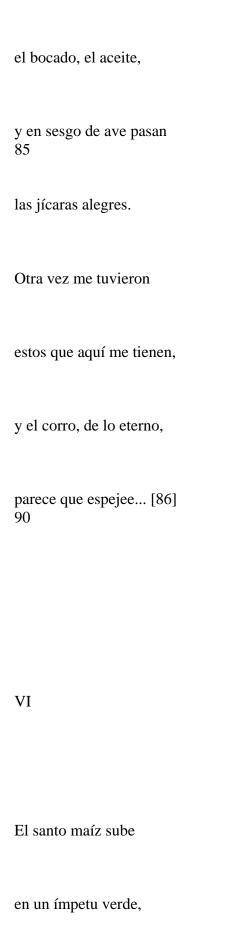


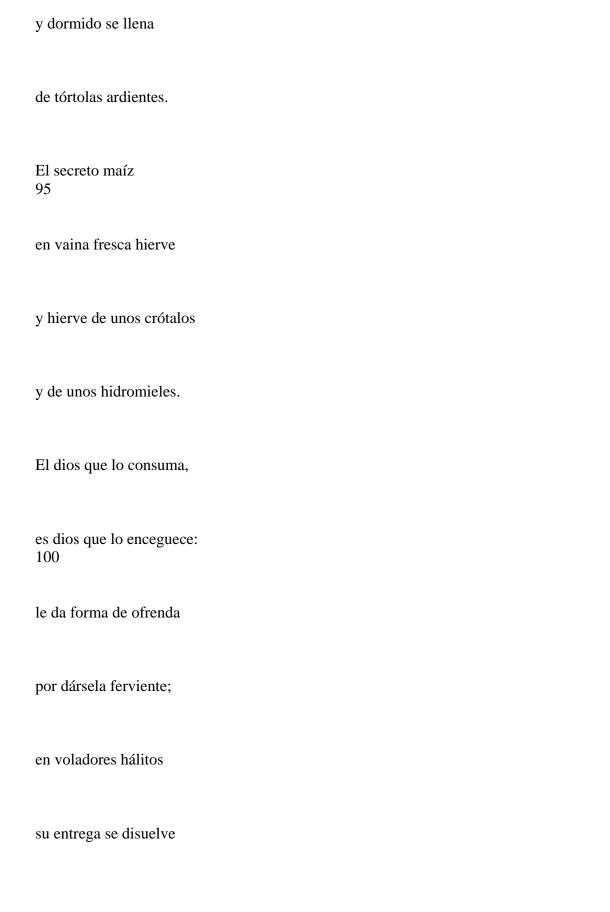


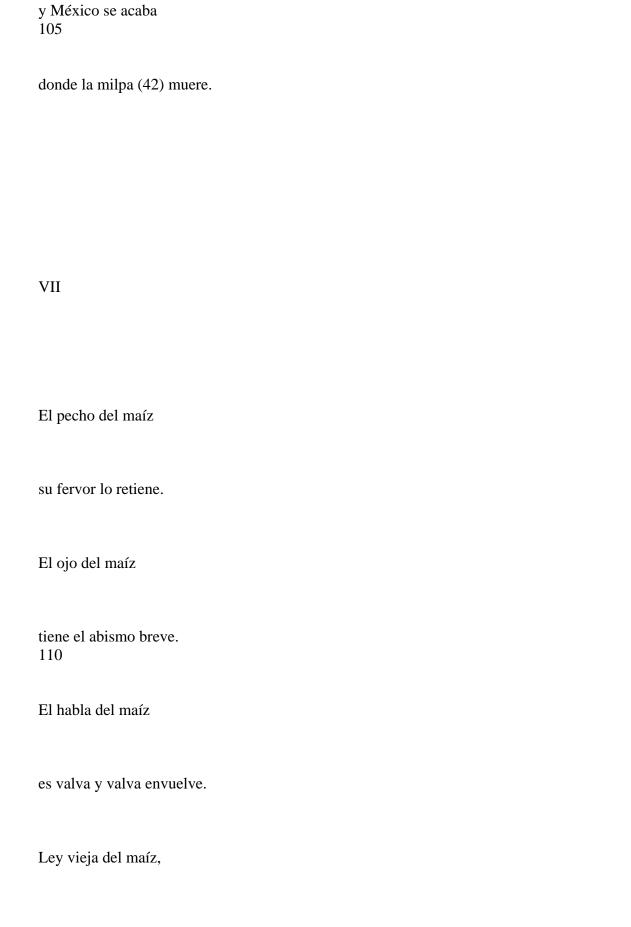
Están en turno y pausa
que el Anáhuac comprende, [85]
hasta que el silbo largo 65
por los maíces suene
de que las cañas rotas
dancen y desperecen:
¡eternidad que va
y eternidad que viene! 70
V

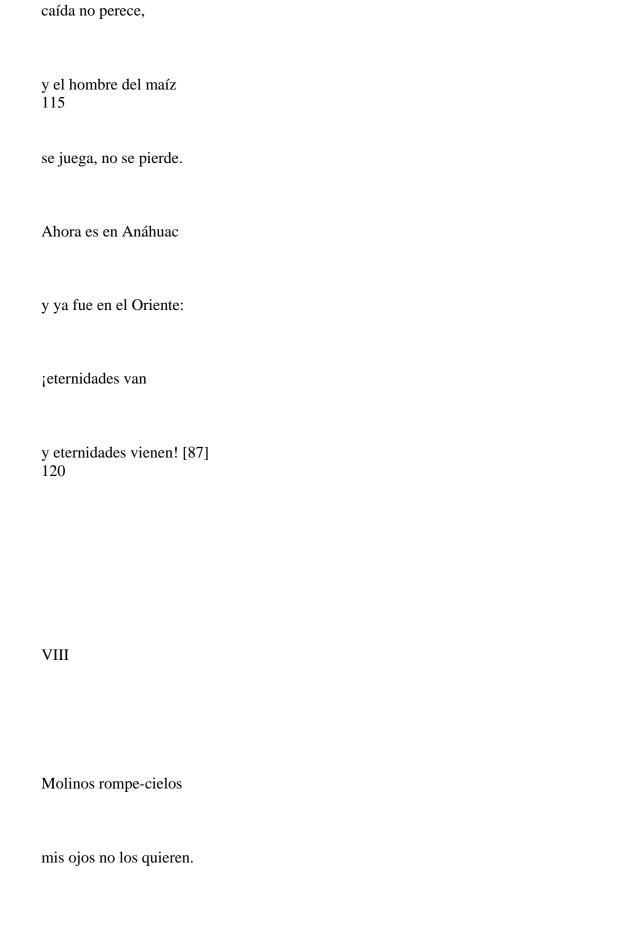
Las mesas del maíz









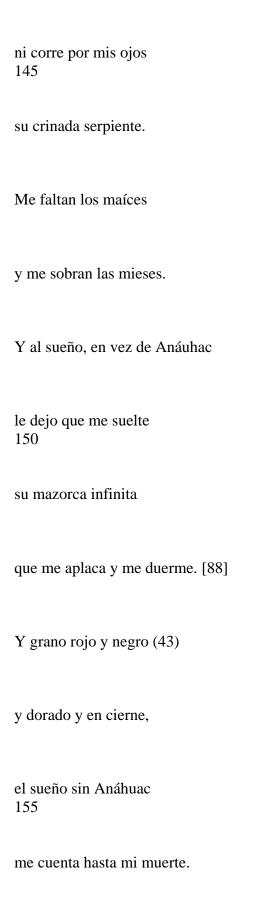




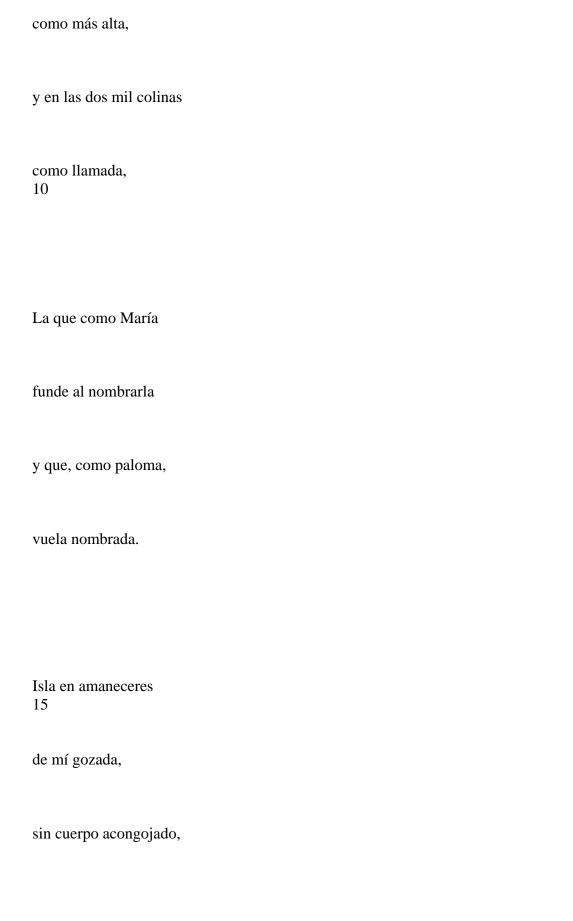
de maizal se vierte

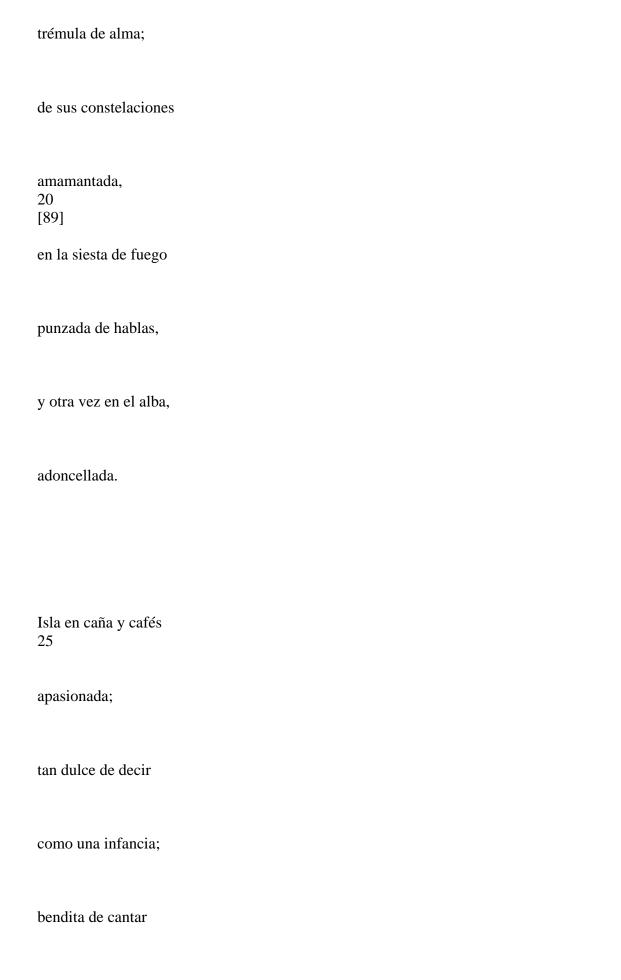
no me canta en las sienes

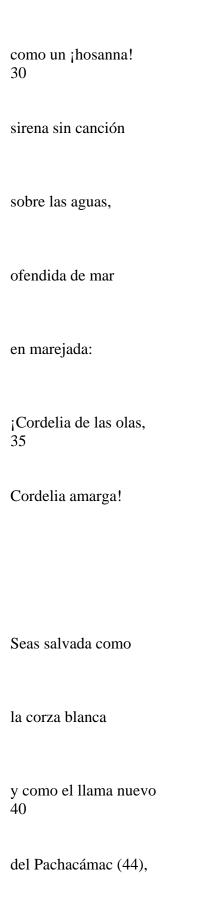
y así tiemblan los pulsos
en trance de cogerle
y así canta la sangre
con el arcángel verde, 140
porque el mágico Anáhuac
se ama perdidamente
IX
Hace años que el maíz

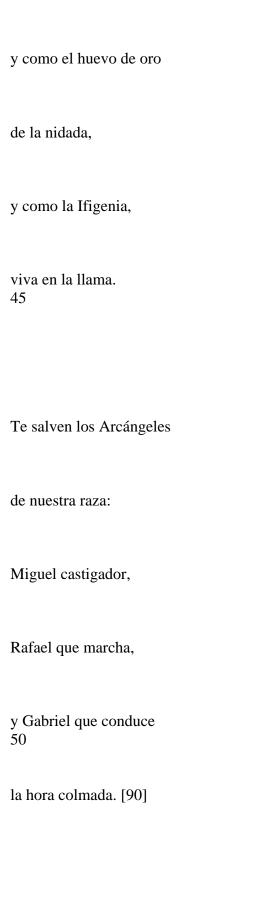


Mar caribe
A E. Ribera Chevremont
Isla de Puerto Rico,
isla de palmas,
apenas cuerpo, apenas,
como la Santa,
apenas posadura 5
sobre las aguas;
del millar de palmeras







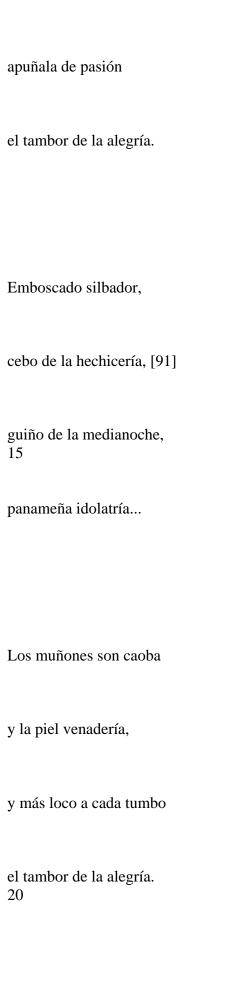


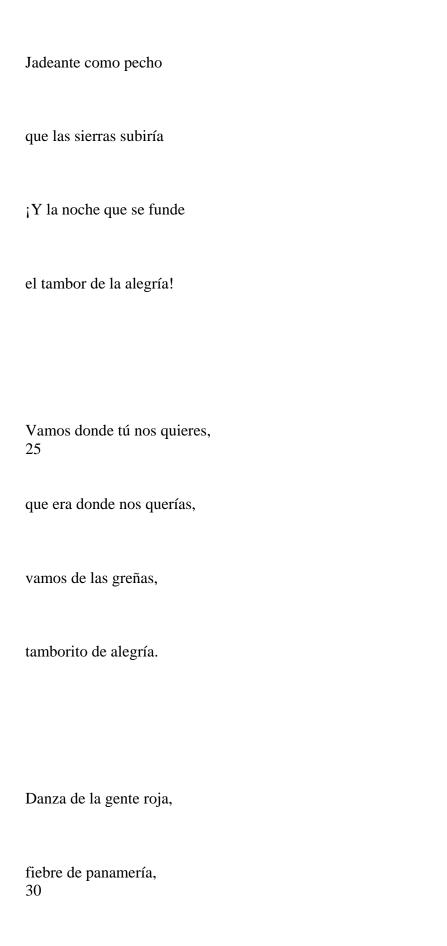
Antes que en mí se acaben

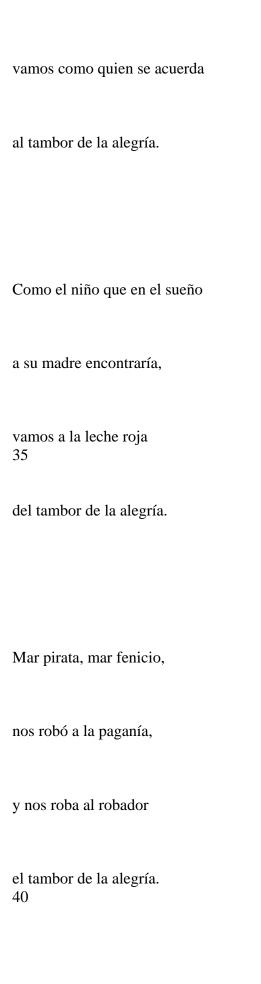
marcha y mirada;
antes de que mi carne
sea una fábula 55
y antes que mis rodillas
vuelen en ráfagas
Día de la liberación de Filipinas
«Tamborito panameño» (45)

A Méndez Pereira

Panameño, panameño,
panameño de mi vida,
yo quiero que tú me lleves
al tambor de la alegría (46).
De una parte mar de espejos, 5
de la otra serranía,
y partiéndonos la noche
el tambor de la alegría.
Donde es bosque de quebracho,
panamá y especiería,

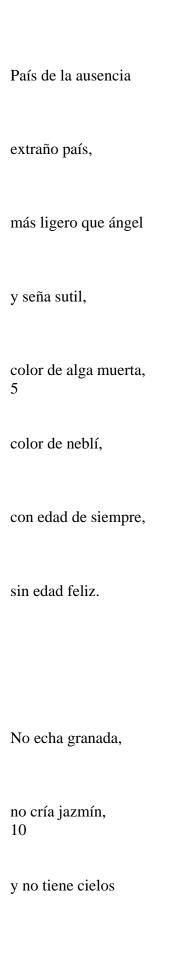


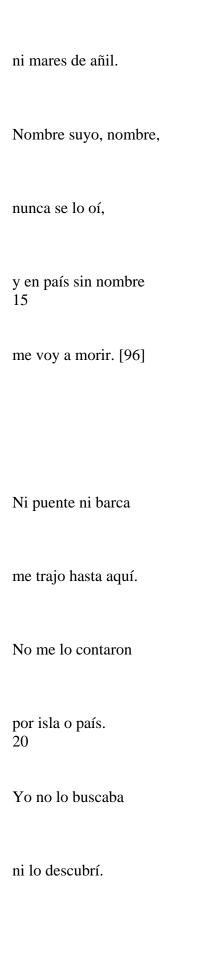


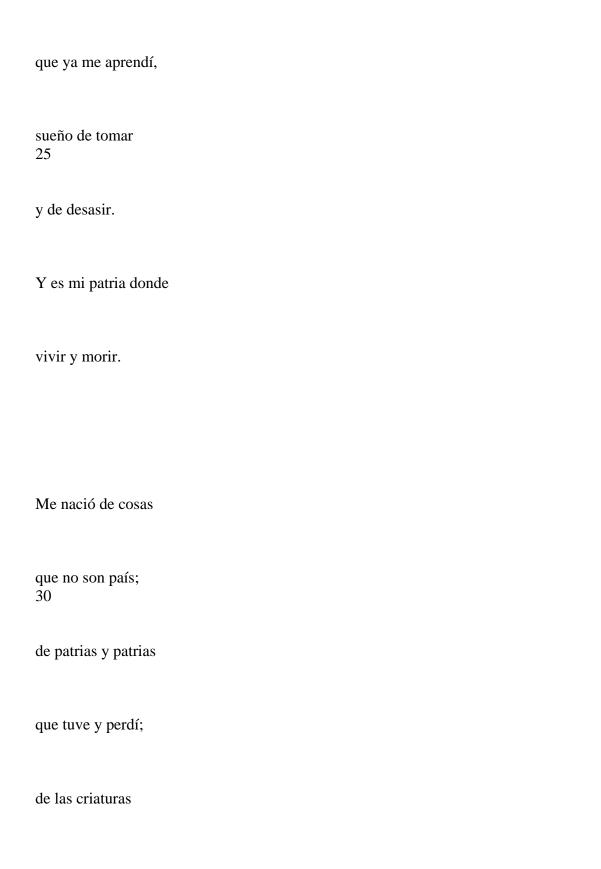


¡Vamos por ningún sendero,
que el sendero sobraría,
por el tumbo y el jadeo
del tambor de la alegría! [93]
Saudade
(47)
[95]
País de la ausencia

A Ribeiro Couto







Parece una fábula



hacerse país.
Guedejas de nieblas
sin dorso y cerviz,
alientos dormidos [97]
me los vi seguir, 50
y en años errantes
volverse país,
y en país sin nombre
me voy a morir.

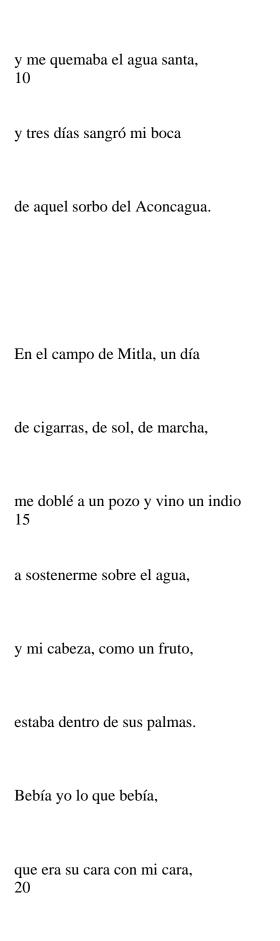
La extranjera
A Francis de Miomandre
-«Habla con dejo de sus mares bárbaros,
con no sé qué algas y no sé qué arenas;
reza oración a dios sin bulto y peso,
envejecida como si muriera.
En huerto nuestro que nos hizo extraño, 5
ha puesto cactus y zarpadas hierbas.
Alienta del resuello del desierto
y ha amado con pasión de que blanquea,

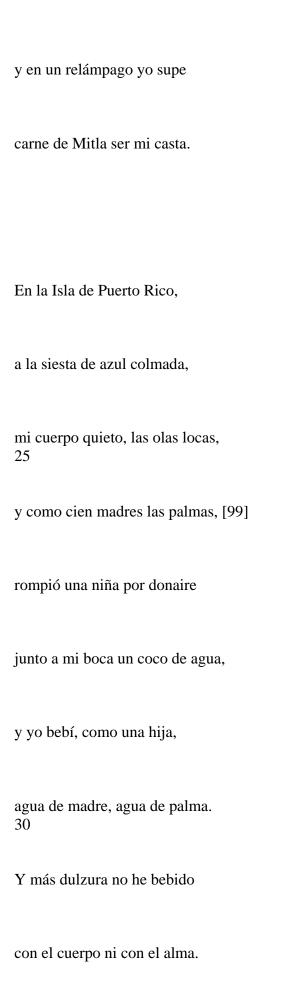
que nunca cuenta y que si nos contase
sería como el mapa de otra estrella. 10
Vivirá entre nosotros ochenta años,
pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime
y que le entienden sólo bestezuelas.
Y va a morirse en medio de nosotros, 15
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y extranjera». [98]

Beber

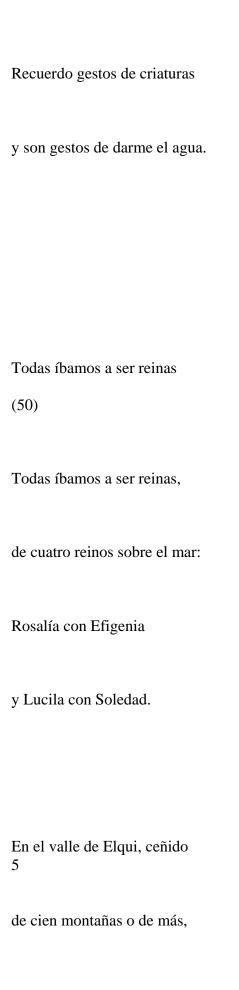
Al Dr. Pedro de Alba
Recuerdo gestos de criaturas
y son gestos de darme el agua.
En el Valle de Río Blanco,
en donde nace el Aconcagua,
llegué a beber, salté a beber 5
en el fuete (49) de una cascada,
que caía crinada y dura
y se rompía yerta y blanca.

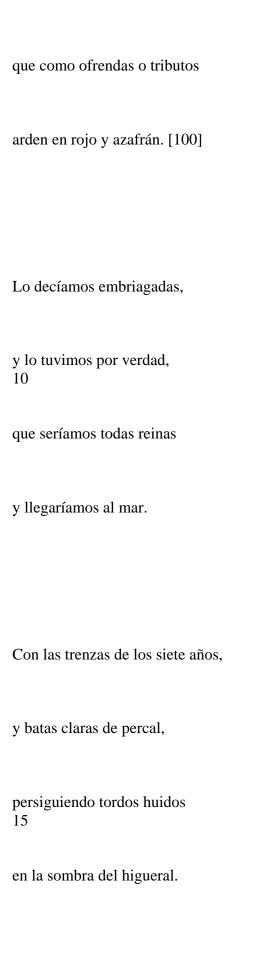
Pegué mi boca al hervidero,

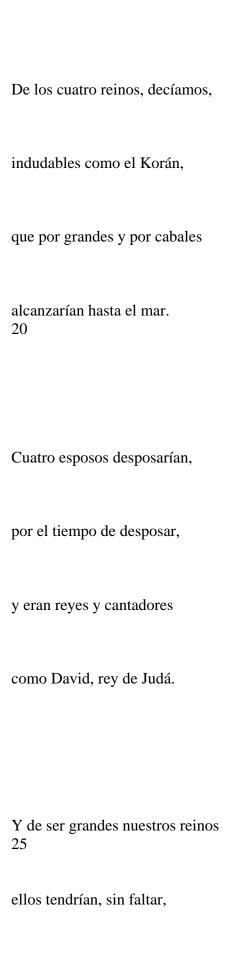


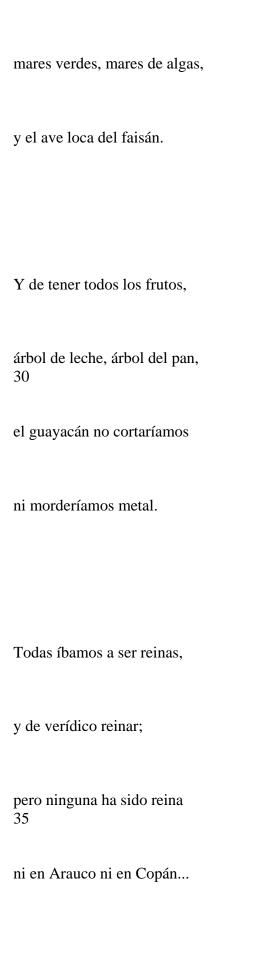


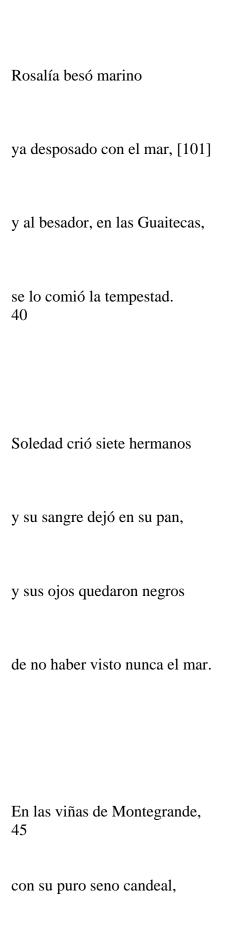
A la casa de mis niñeces
mi madre me llevaba el agua.
Entre un sorbo y el otro sorbo 35
la veía sobre la jarra.
La cabeza más se subía
y la jarra más se abajaba.
Todavía yo tengo el valle,
tengo mi sed y su mirada. 40
Será esto la eternidad
que aún estamos como estábamos.

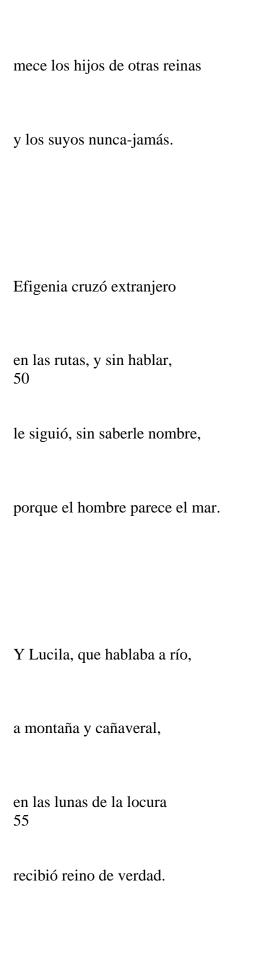


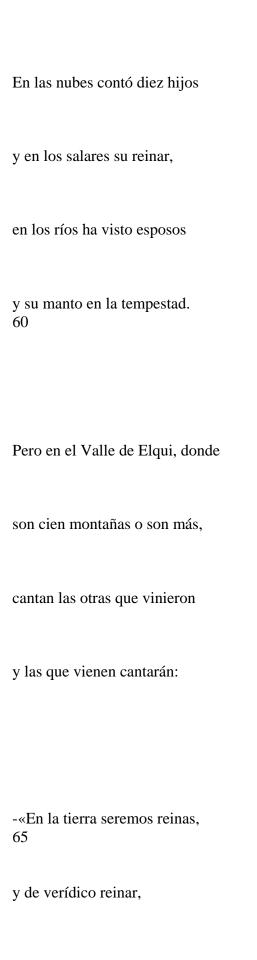




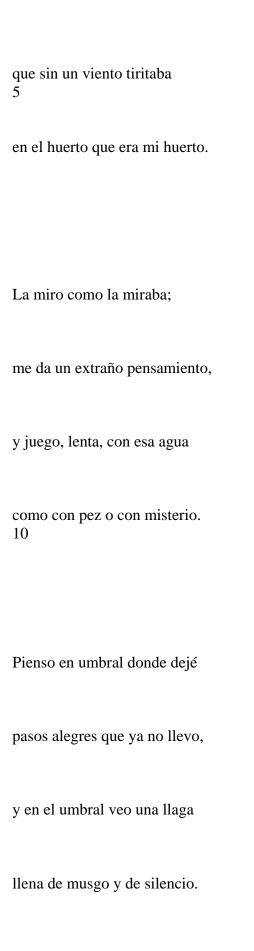


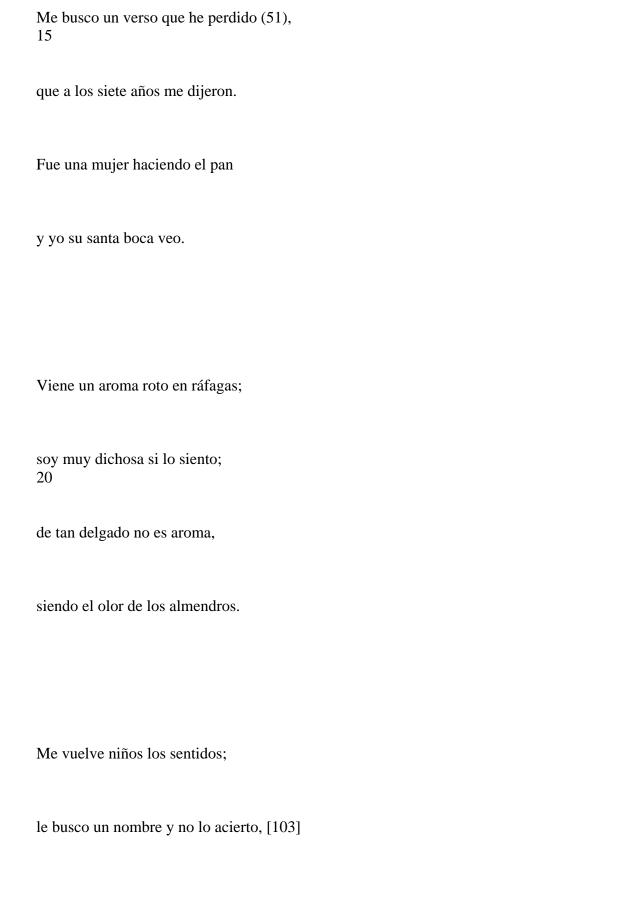


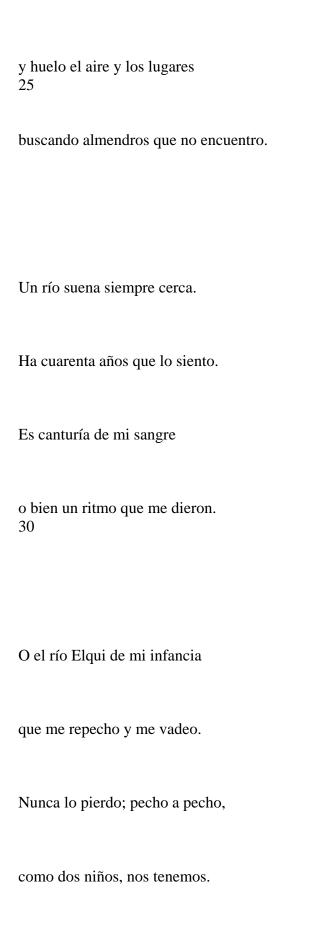


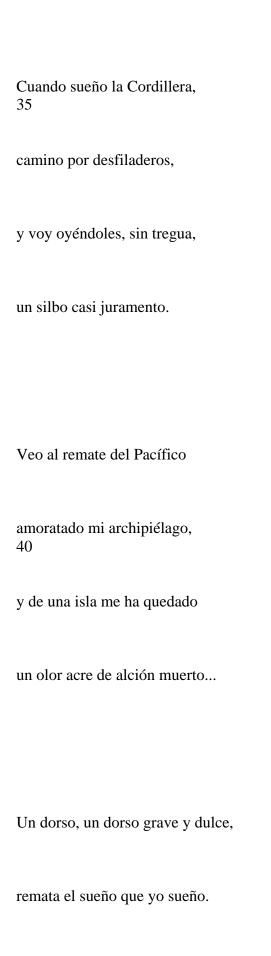


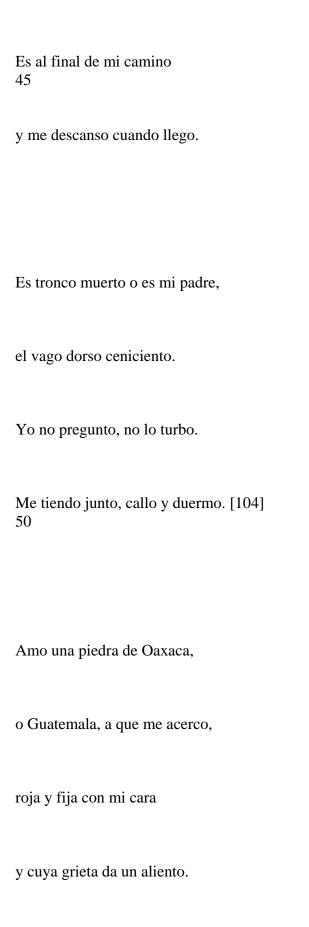




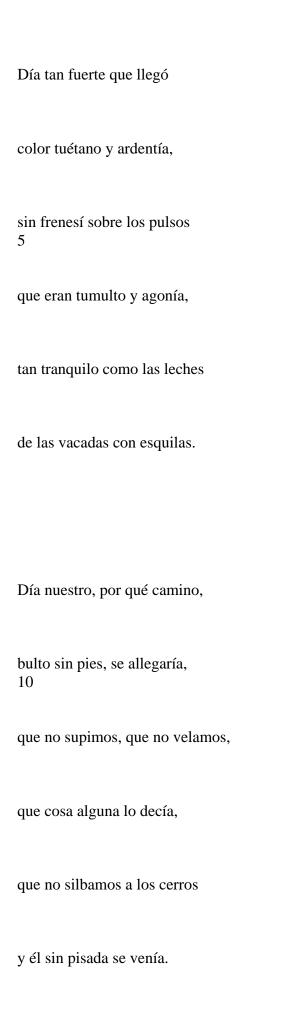


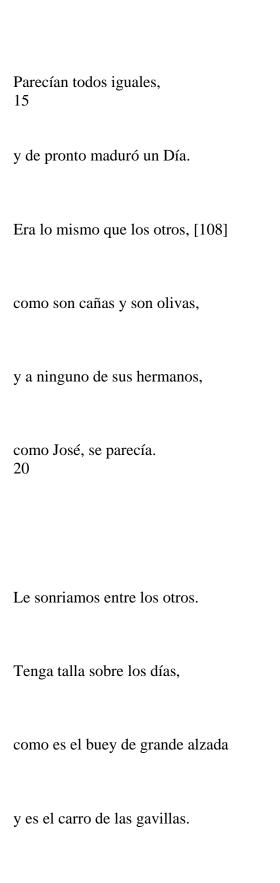


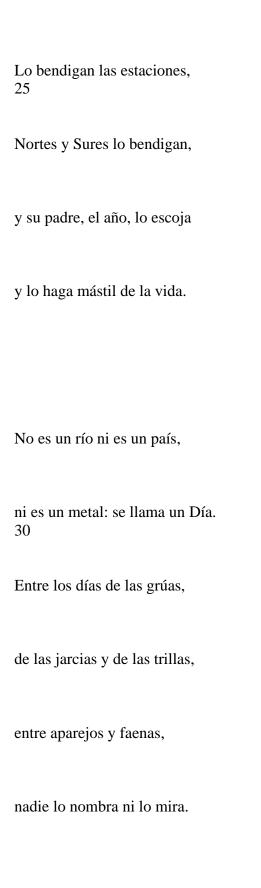


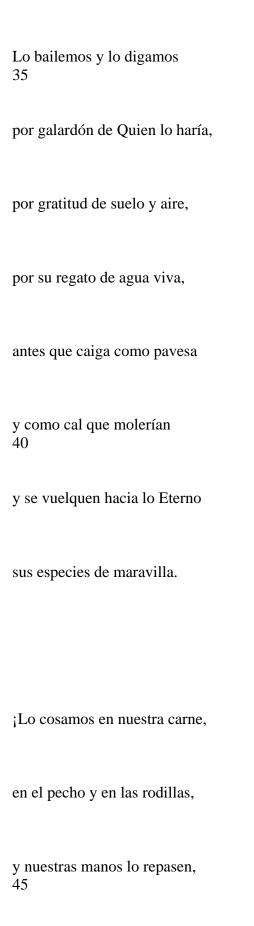


Al dormirme queda desnuda; 55
no sé por qué yo la volteo.
Y tal vez nunca la he tenido
y es mi sepulcro lo que veo [105]
La ola muerta
Día
Día, día del encontrarnos
tiempo llamado Epifanía.









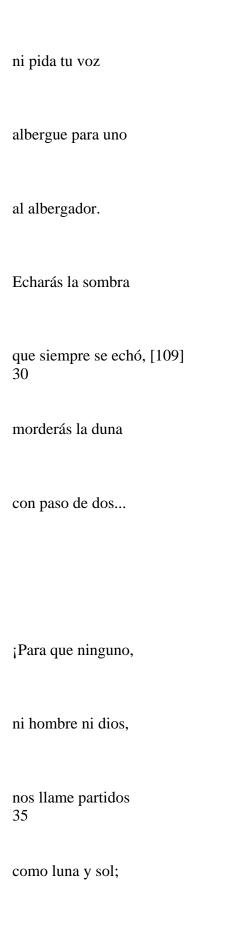
y nos relumbre por la noche
y nos conforte por el día,
como el cáñamo de las velas
y las puntadas de las heridas! [109] 50
Adiós
En costa lejana
y en mar de Pasión,
dijimos adioses
sin decir adiós.
sin deen adios.

y nuestros ojos lo distingan,

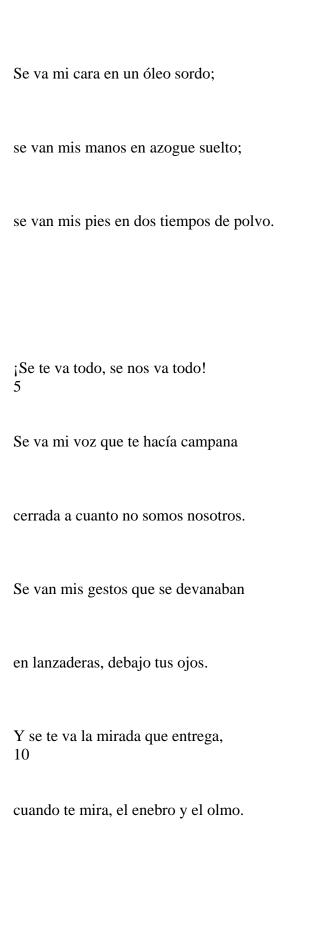
Y no fue verdad

Y yendo hacia el Norte 15
decía tu voz:
-Vamos a ver juntos
donde se hace el Sol.
Ni por juego digas
o exageración 20
que nos separaron
tierra y mar, que son
ella, sueño y él
alucinación.

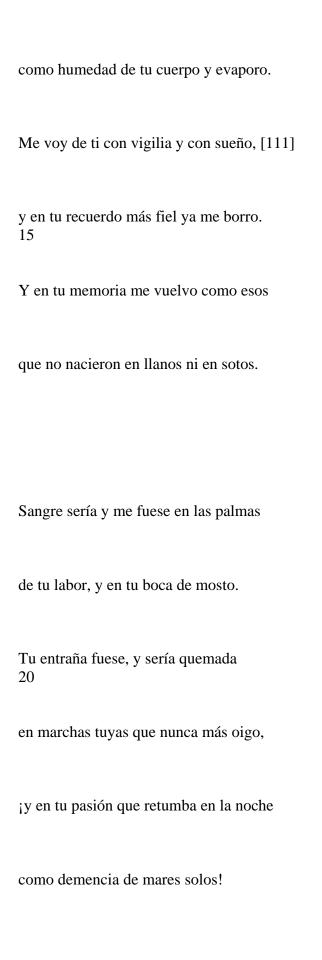
No te digas solo 25



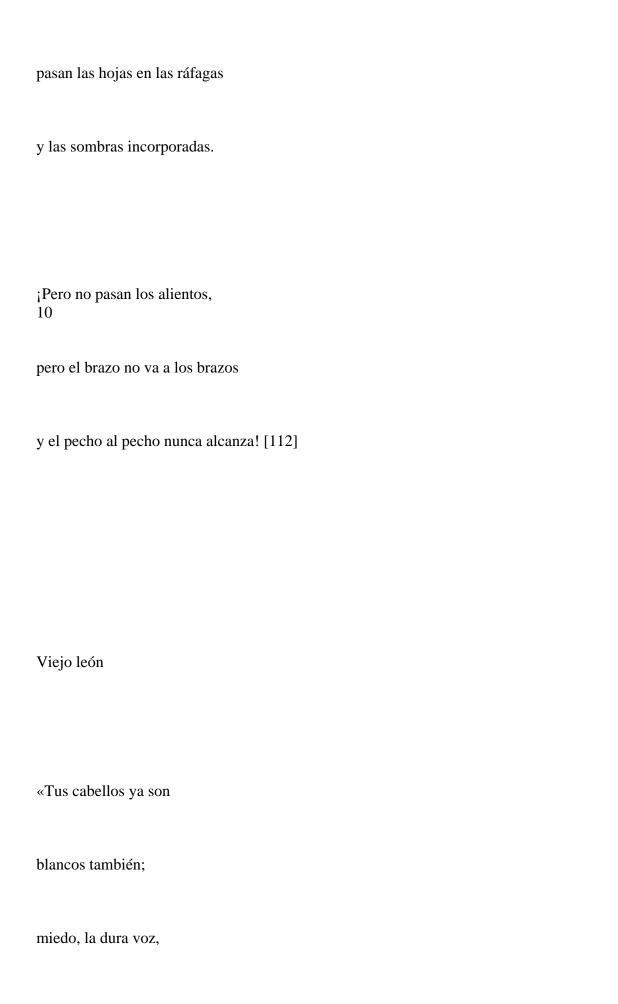




Me voy de ti con tus mismos alientos:

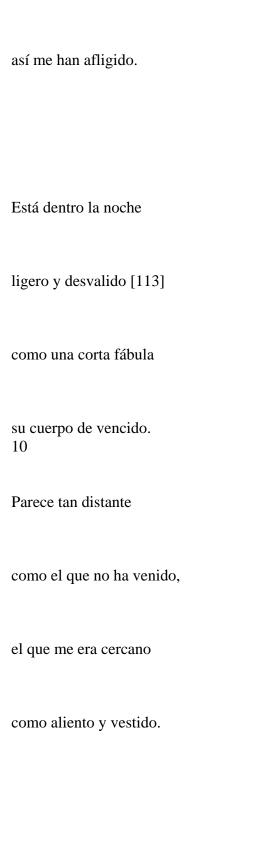




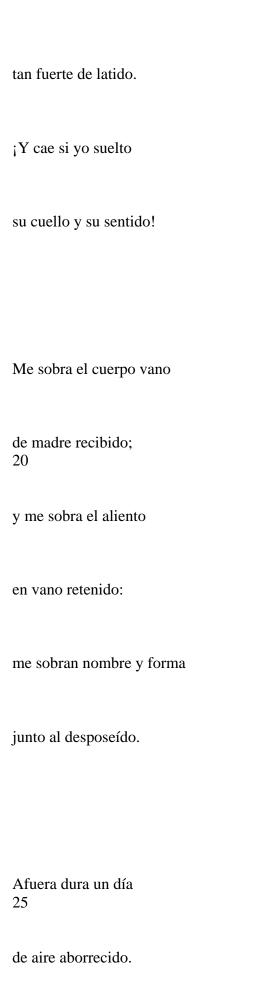


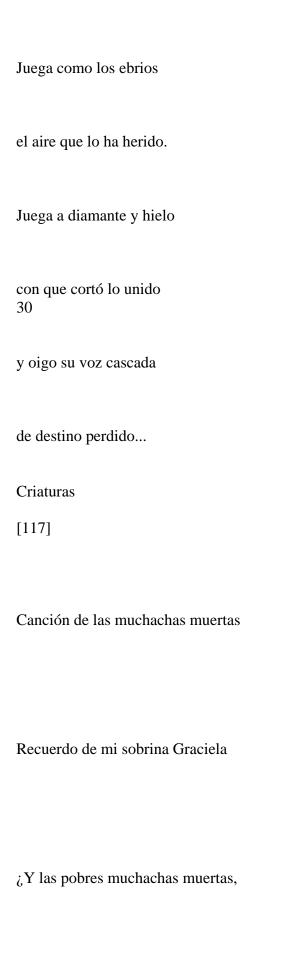
la boca, «amén».
Tarde se averiguó, 5
tarde se ven
ojos sin resplandor,
sorda la sien.
Tanto se padeció
para aprender 10
apagado el fogón,
rancia la miel.

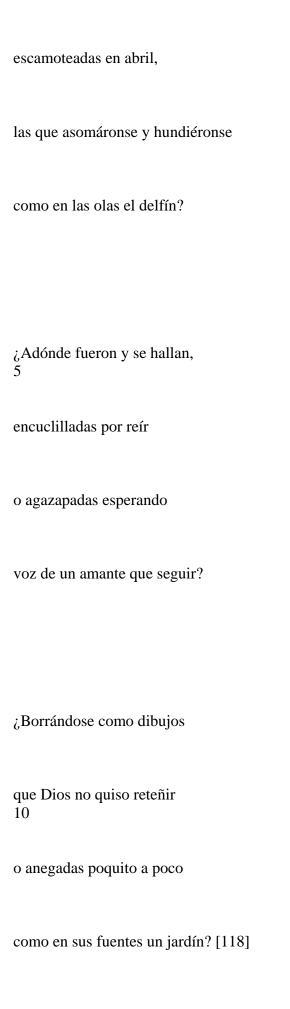
Mucho amor y dolor
para saber
canoso a mi león, 15
¡viejos sus pies!»
Enfermo
Vendrá del Dios alerta
que cuenta lo fallido.
Por diezmo no pagado,
rehén me fue cogido.
Por algún daño oscuro 5

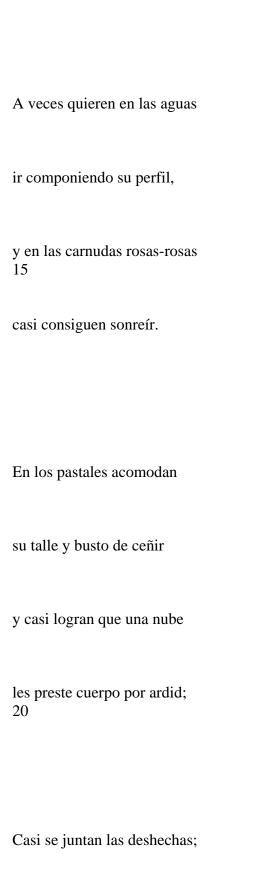


Apenas late el pecho



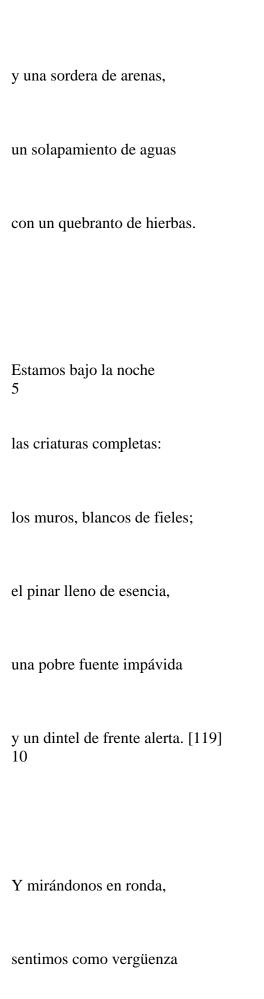


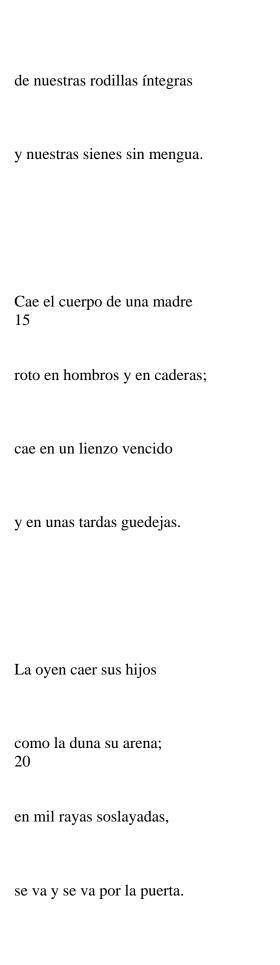


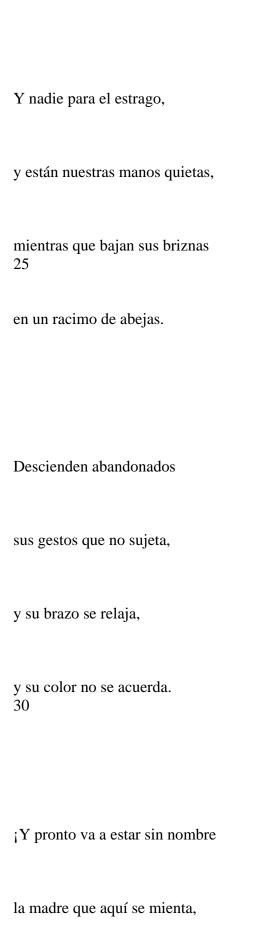


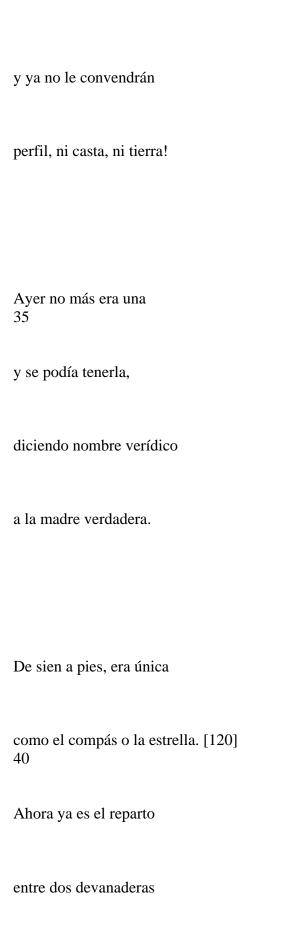
casi reniegan su camino
recordando que eran de aquí;
casi deshacen su traición 25
y van llegando a su redil.
¡Y casi vemos en la tarde
el divino millón venir!
Deshecha
Hay una congoja de algas

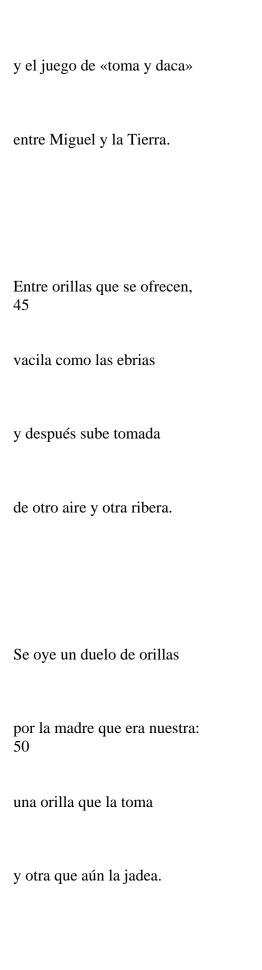
casi llegan al sol feliz;





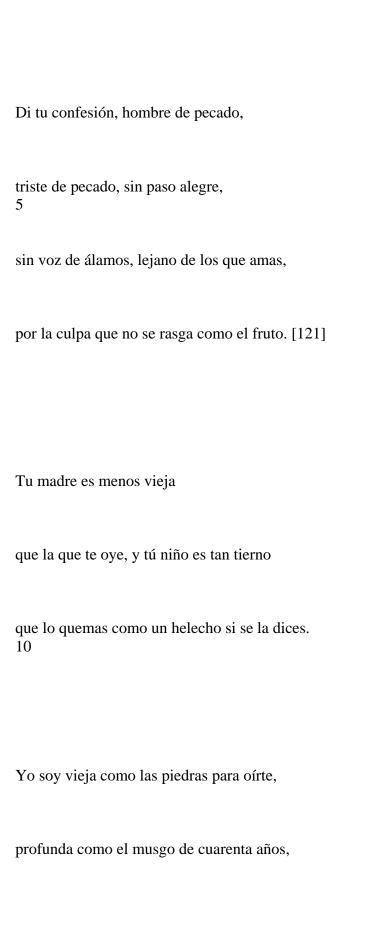


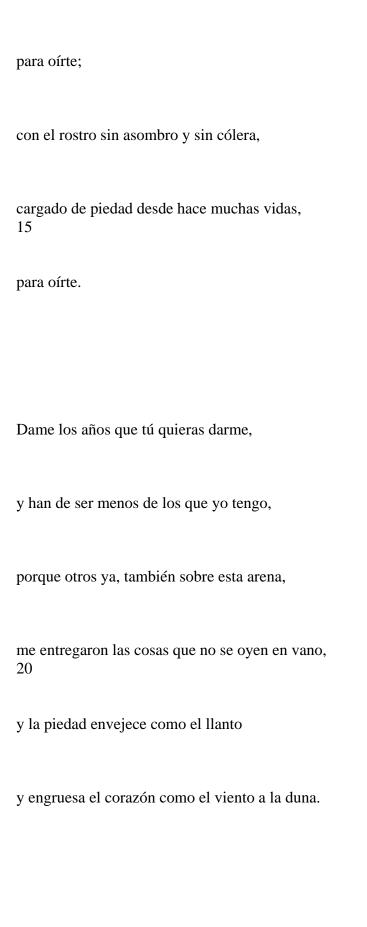




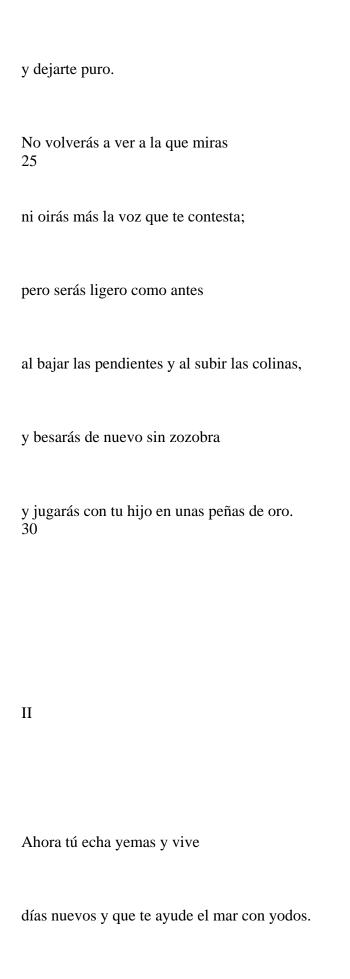
de sus hijos en la aldea,
el trance de su conflicto 55
como de un río en el delta!
Confesión
I
-Pende en la comisura de tu boca,
pende tu confesión, y yo la veo:
casi cae a mis manos.

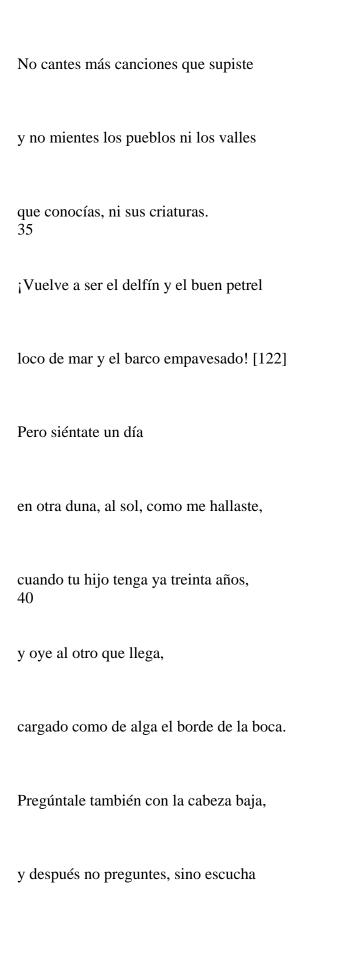
¡Llega al tendal dolorido



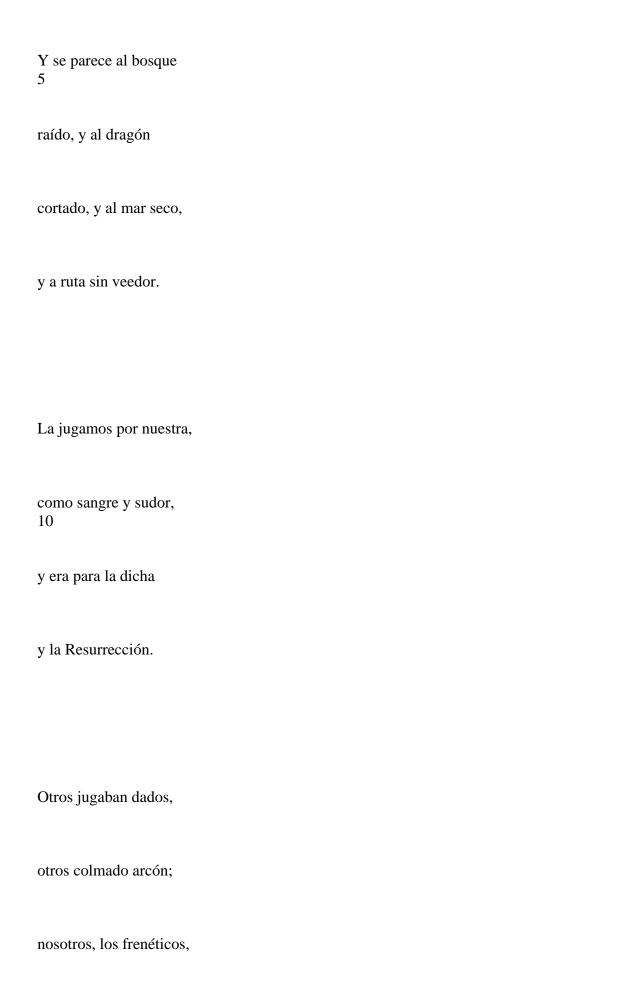


Di la confesión para irme con ella

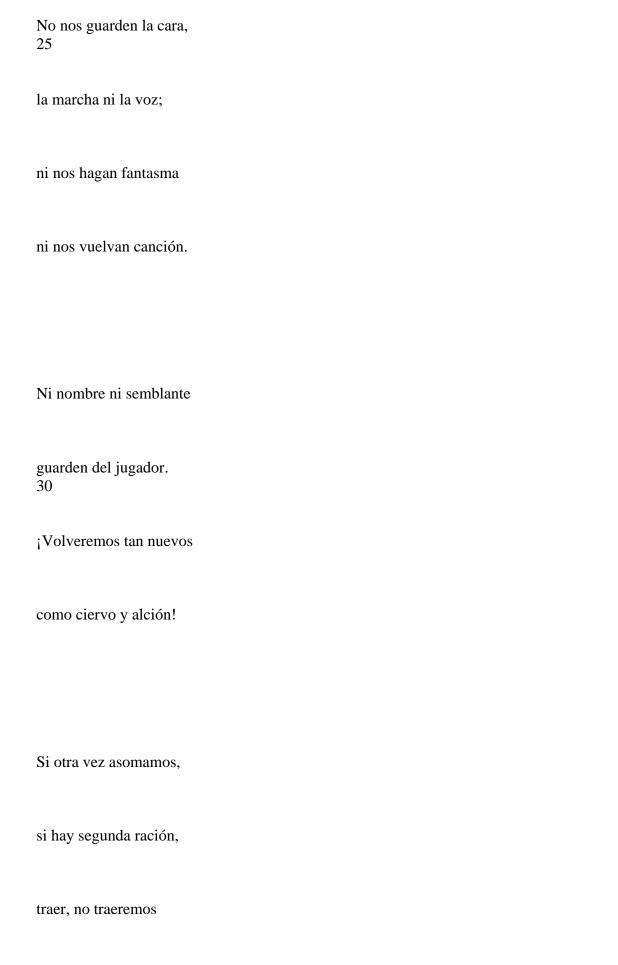




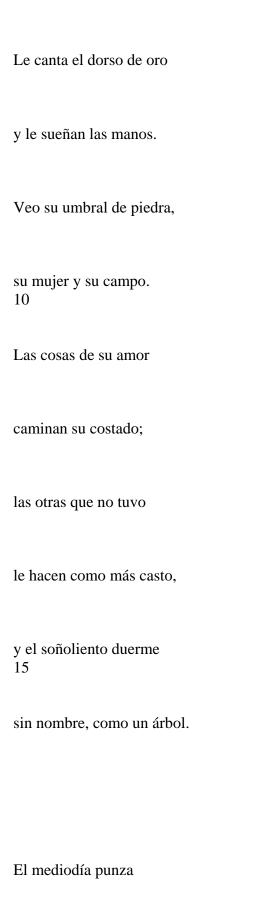
tres días y tres noches. 45
¡Y recibe su culpa como ropas
cargadas de sudor y de vergüenza,
sobre tus dos rodillas!
Jugadores
-«Jugamos nuestra vida
y bien se nos perdió.
Era robusta y ancha
como montaña al sol;



jugamos lo mejor. [123]
Fue más fuerte que vino
y que agua de turbión
ser en la mesa el dado
y ser el jugador. 20
Creímos en azares,
en el sí y en el no.
Jugábamos, jugando,
infierno, y salvación.



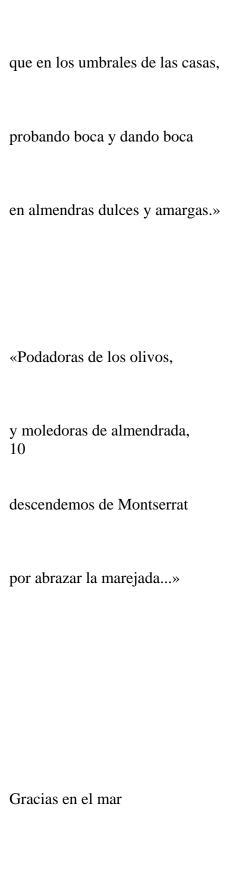
las hierbas que pasaron. [124]

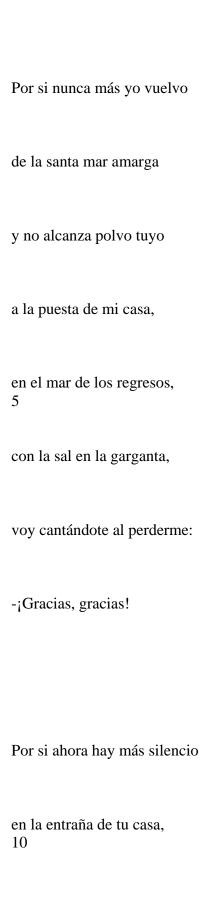


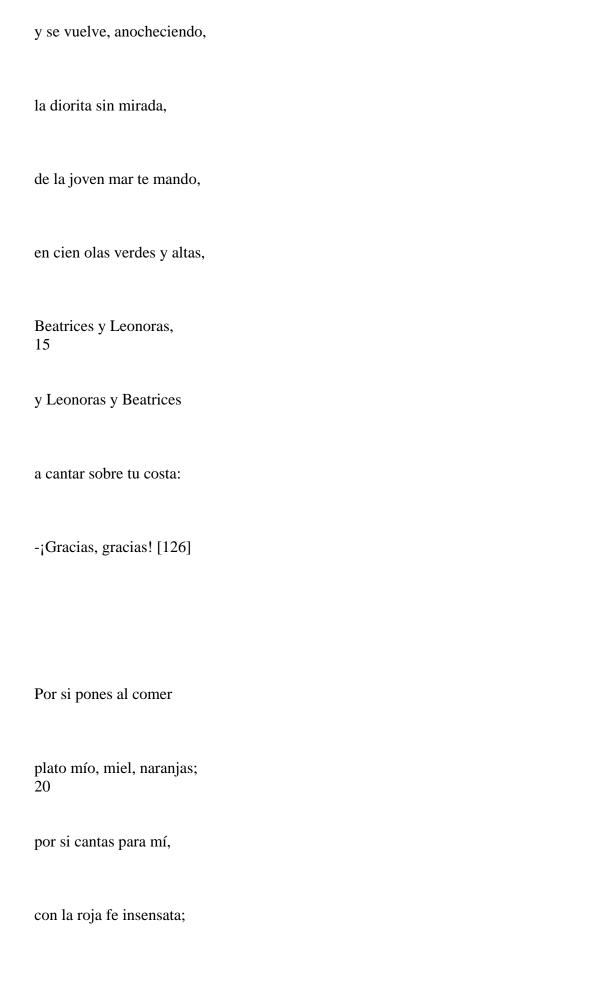
lo mismo que venablo.

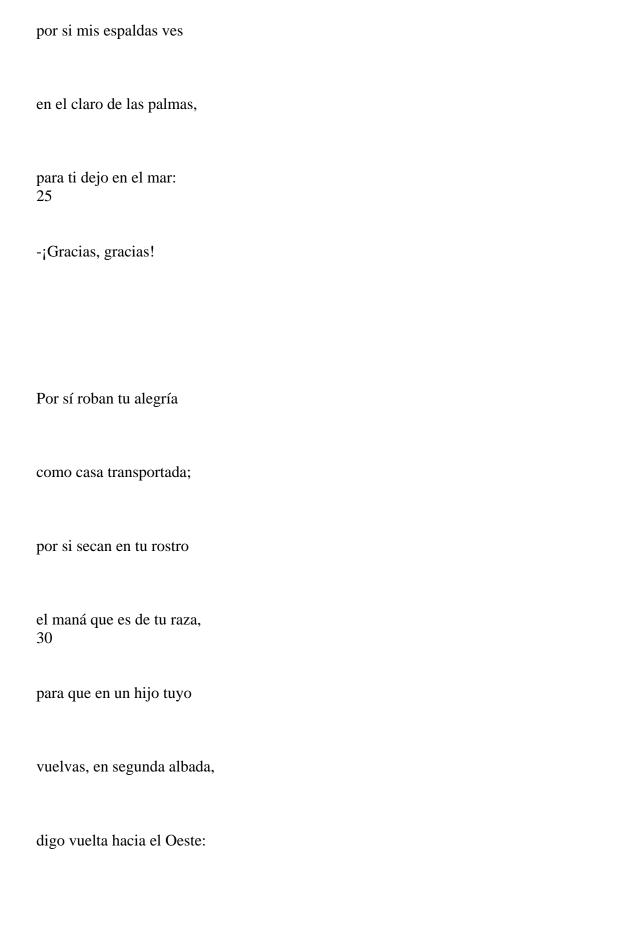
Con una rama fresca
la cara le repaso. 20
Se viene de él a mí
su día como un canto
y mi día le doy
como pino cortado.
Regresando, a la noche, 25
por lo ciego del llano,
oigo gritar mujeres
al hombre retardado;

y tengo en cuatro dardos 30
nombre del que guardé
con mi sangre y mi hálito.
Mujeres catalanas
Wajeres catalanas
-«Será que llama y llama vírgenes
where que nama y nama virgenes
la vieja mar epitalámica;
será que todas somos una
a quien llamaban Nausicaa.» [125]
«Que besamos mejor en dunas

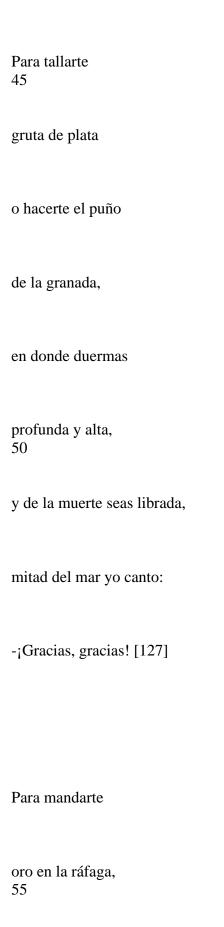


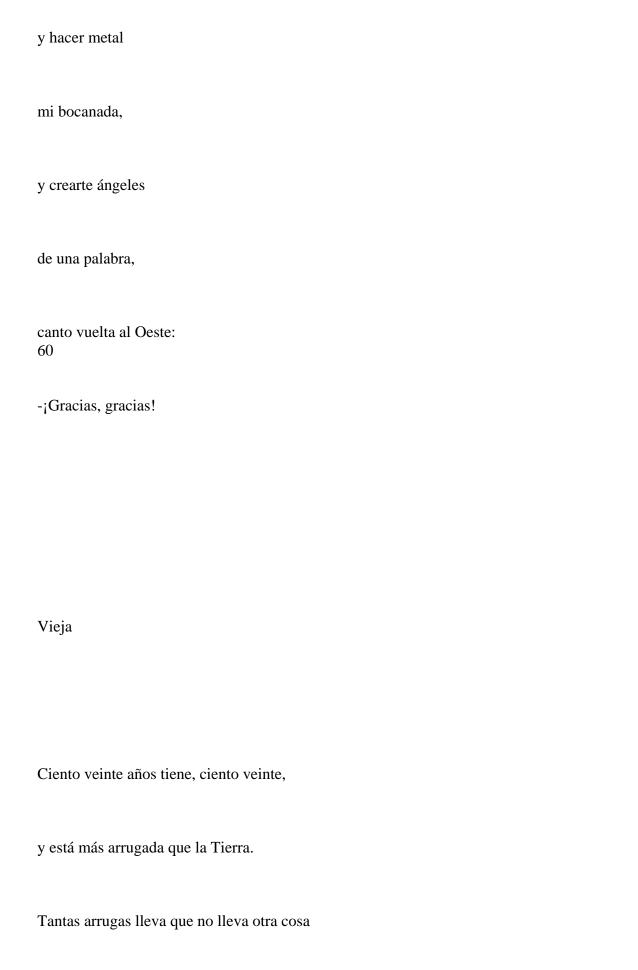


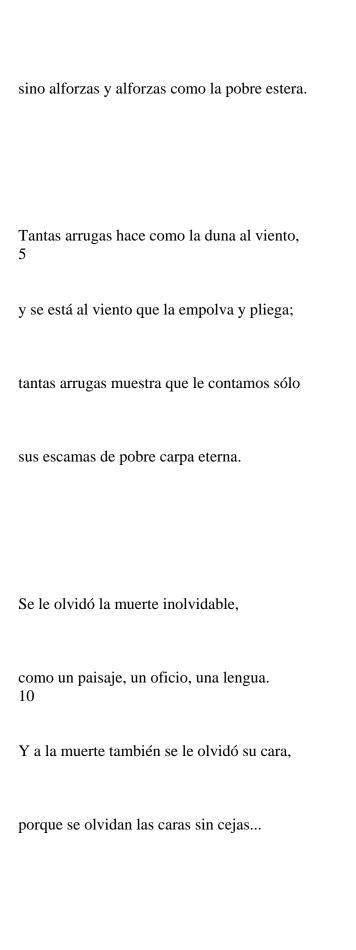


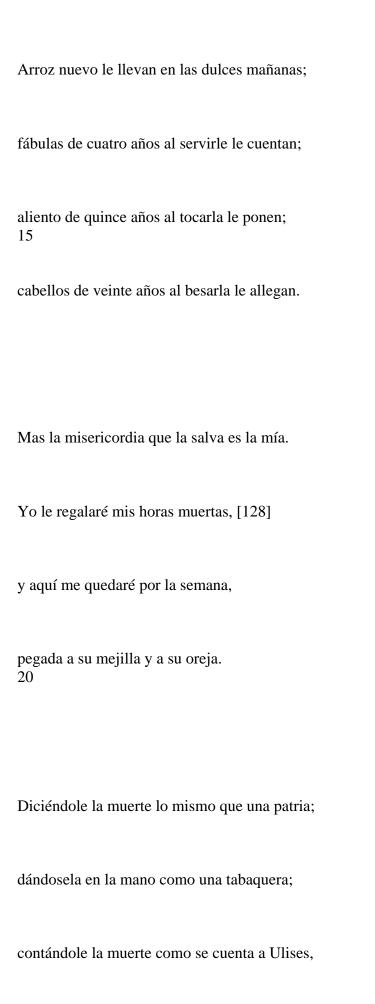


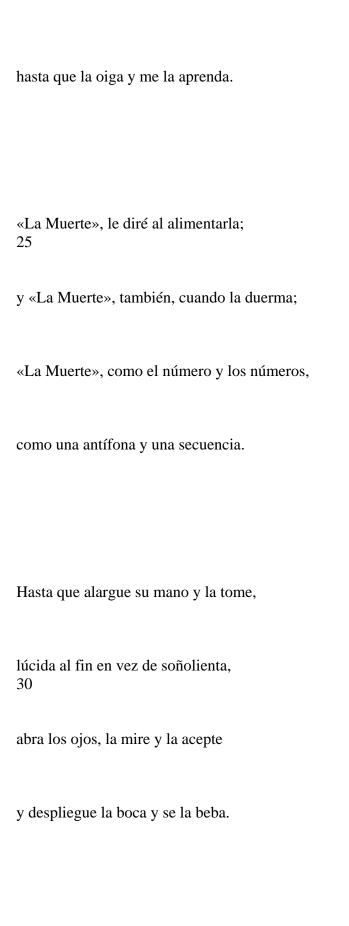
-¡Gracias, gracias!
Por si no hay después encuentros 35
en ninguna Vía Láctea,
ni país donde devuelva
tu piedad de blanco llama,
en el hoyo que es sin párpado
ni pupila, de la nada, 40
oigas tú mis dobles gritos,
y te alumbren como lámparas
y te sigan como canes:
-¡Gracias, gracias!

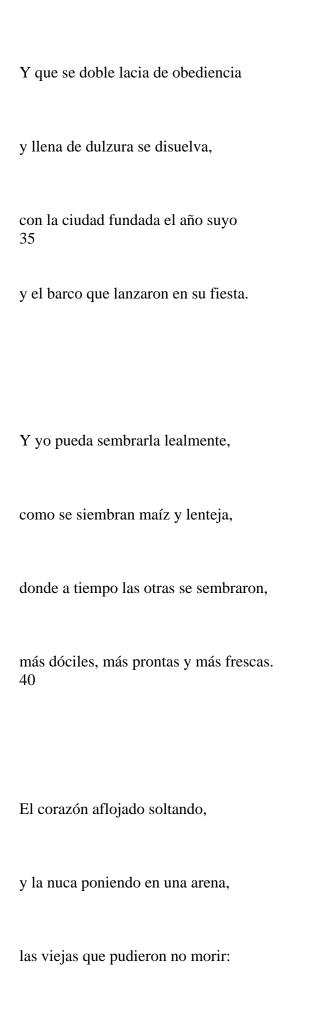




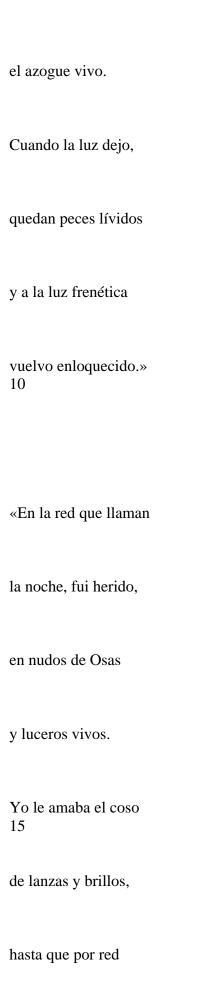


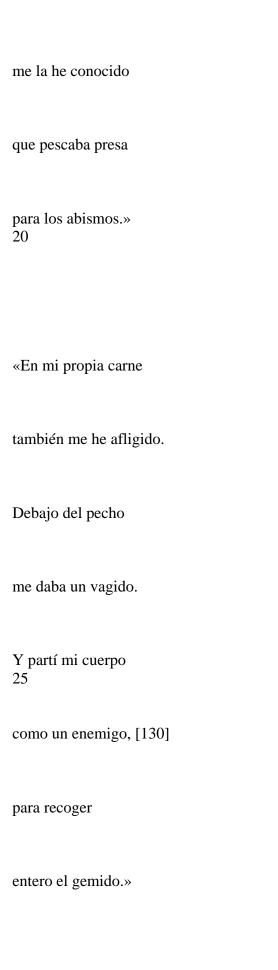






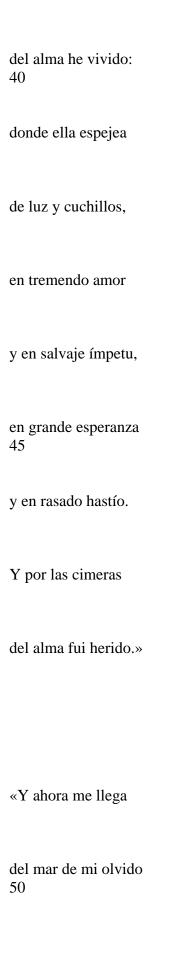
Clara de Asís, Catalina y Teresa.
Poeta
(52)
A Antonio Aita
-«En la luz del mundo
yo me he confundido.
Era pura danza
de peces benditos,
y jugué con todo 5

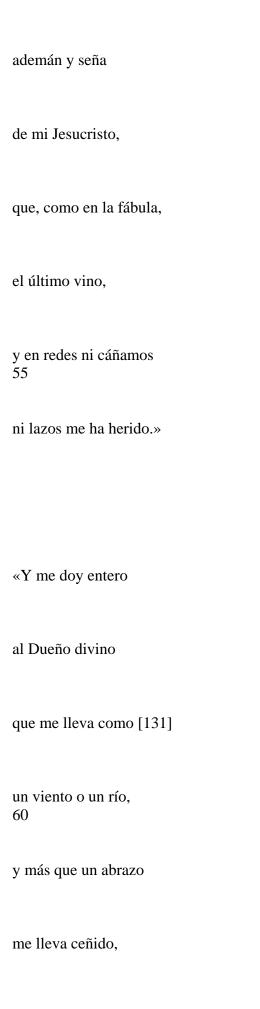


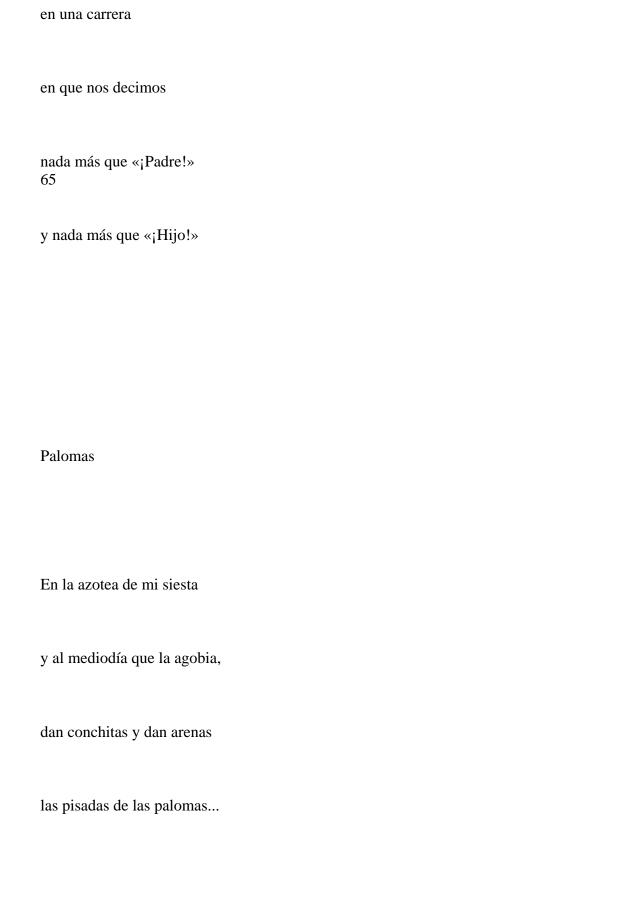


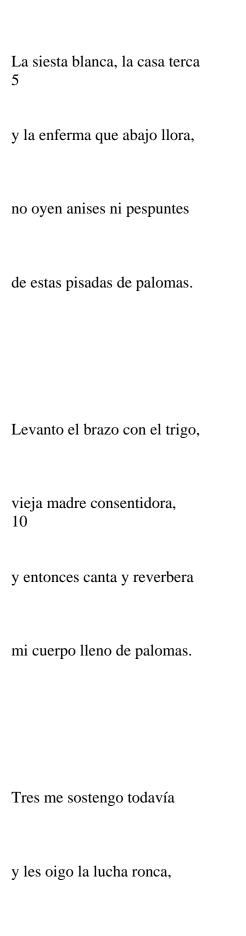
«En límite y límite
que toqué fui herido. 30
Los tomé por pájaros
del mar, blanquecinos.
Puntos cardinales
son cuatro delirios
Los anchos alciones 35
no traigo cautivos
y el morado vértigo
fue lo recogido.»

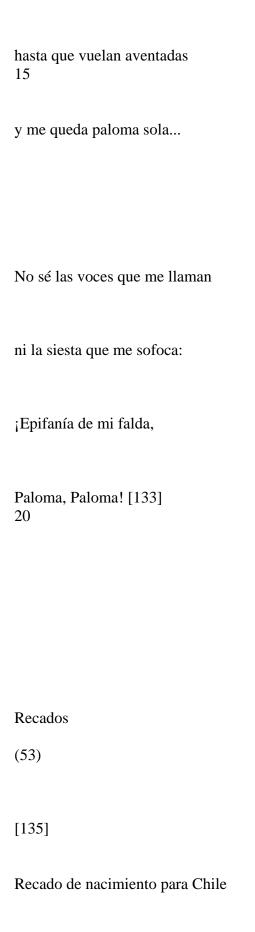
«En los filos altos



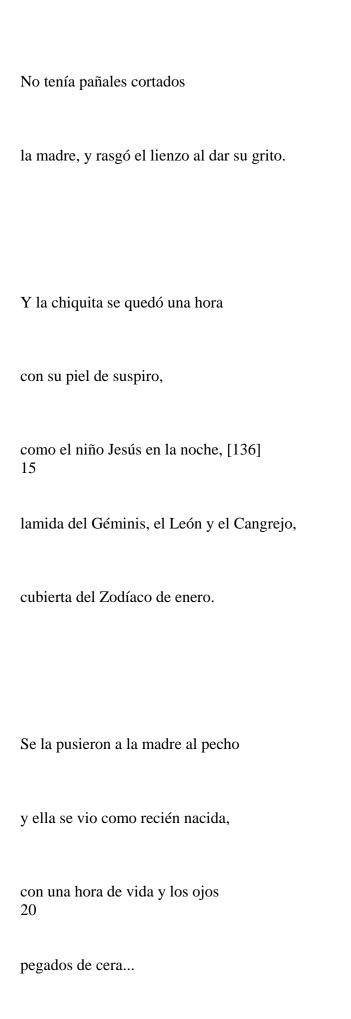


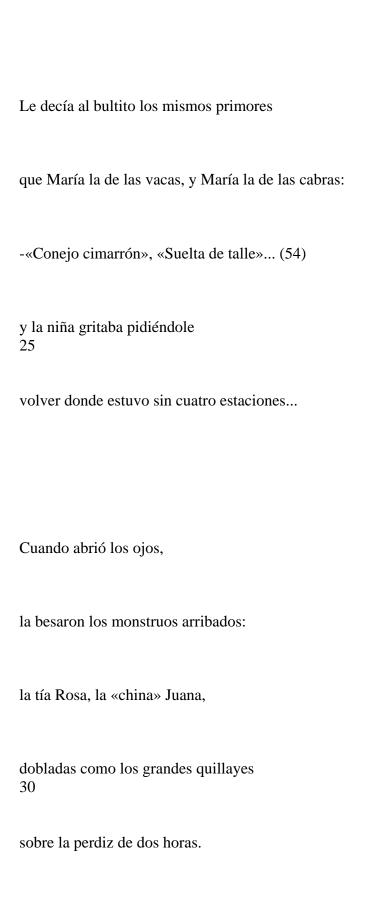


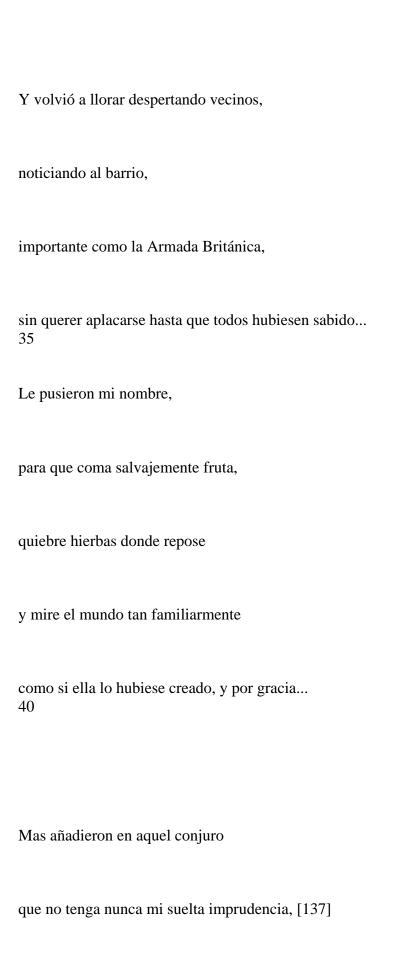


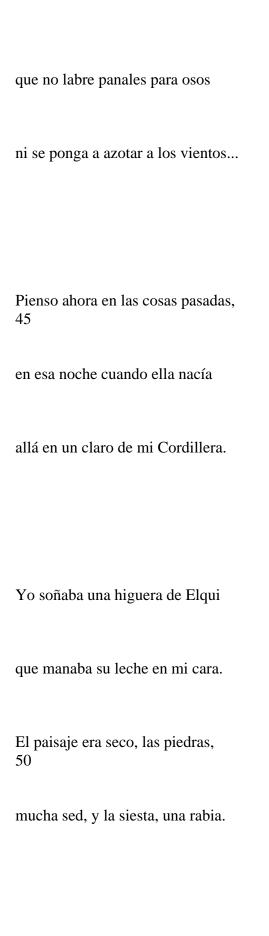


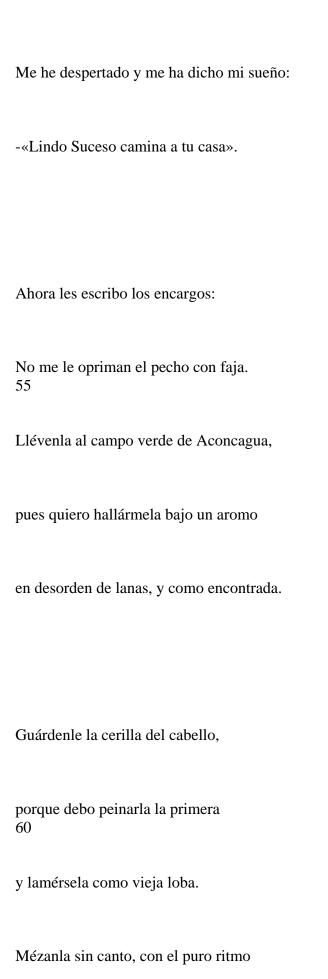
Mi amigo me escribe: «Nos nació una niña».
La carta esponjada me llega
de aquel vagido; y yo la abro y pongo
el vagido caliente en mi cara.
Les nació una niña con los ojos suyos, 5
que son tan bellos cuando tiene dicha,
y tal vez con el cuello de la madre
que es parecido a cuello de vicuña.
Les nació de sorpresa una noche
como se abre la hoja del plátano.

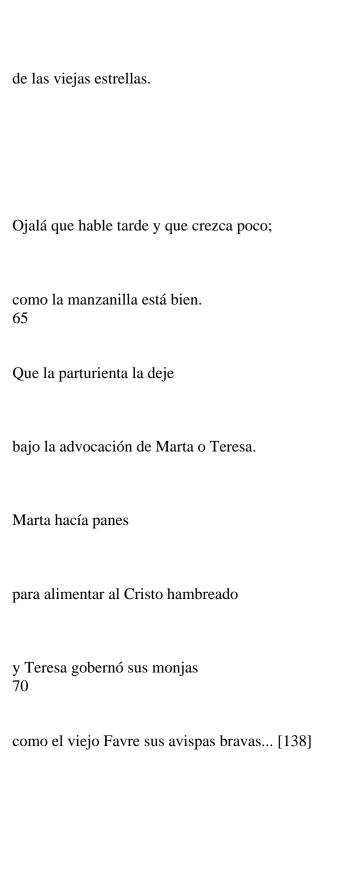




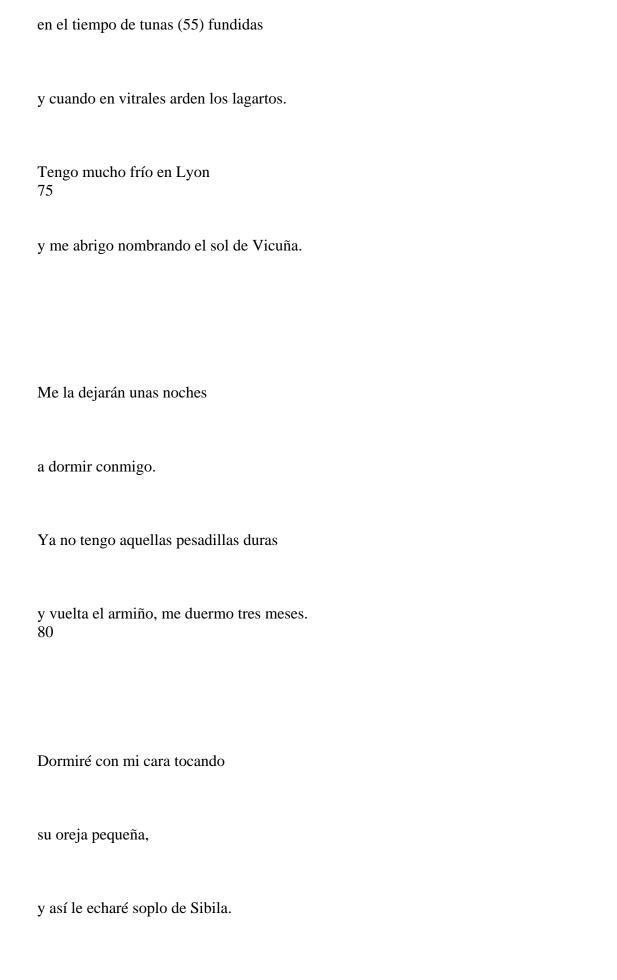


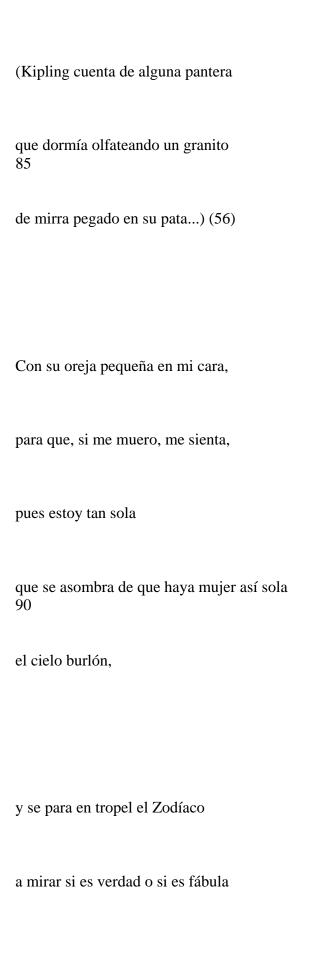


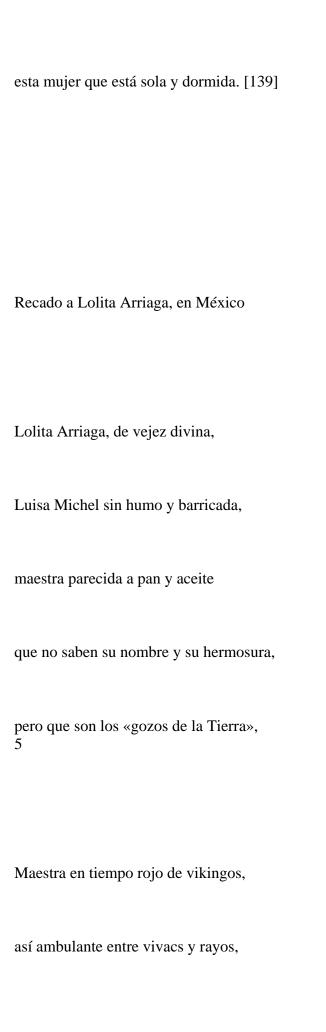


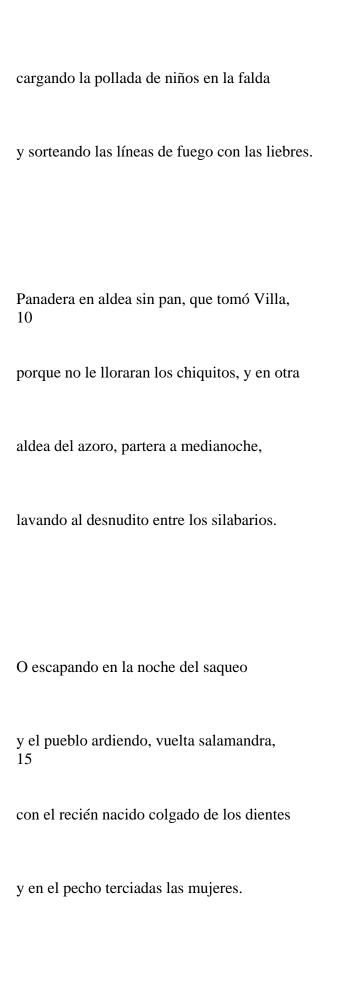


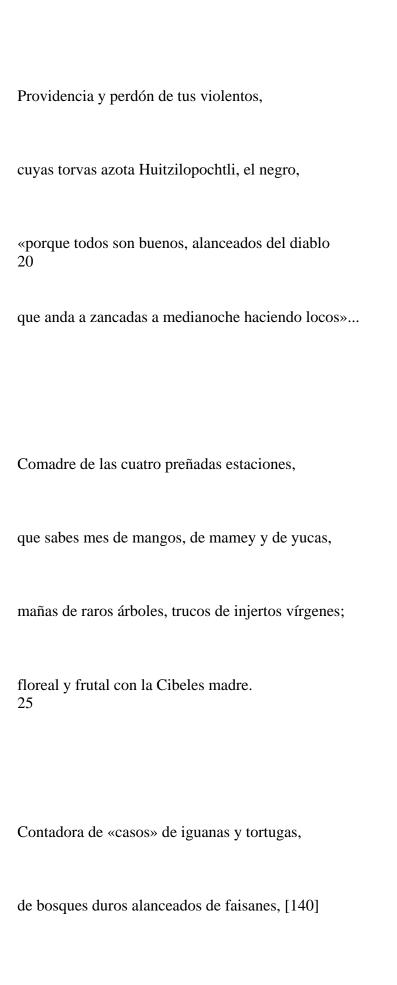
Yo creo volver para Pascua

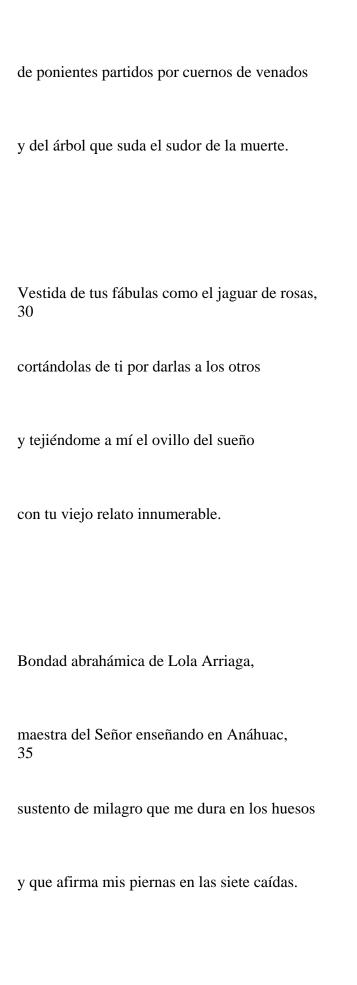


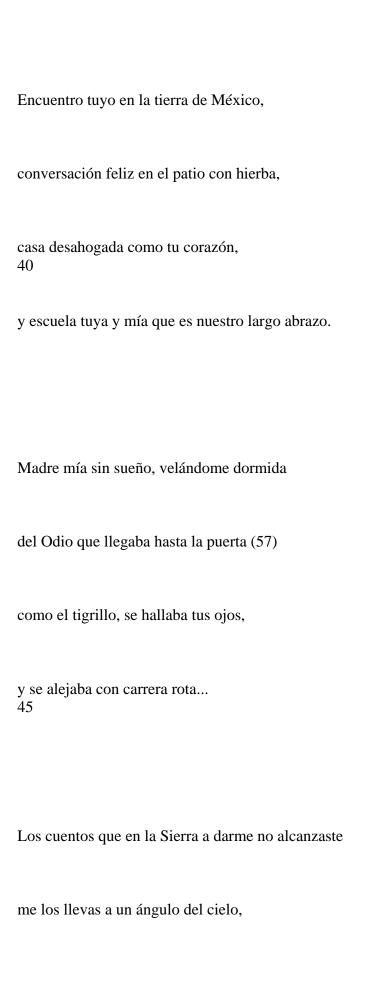


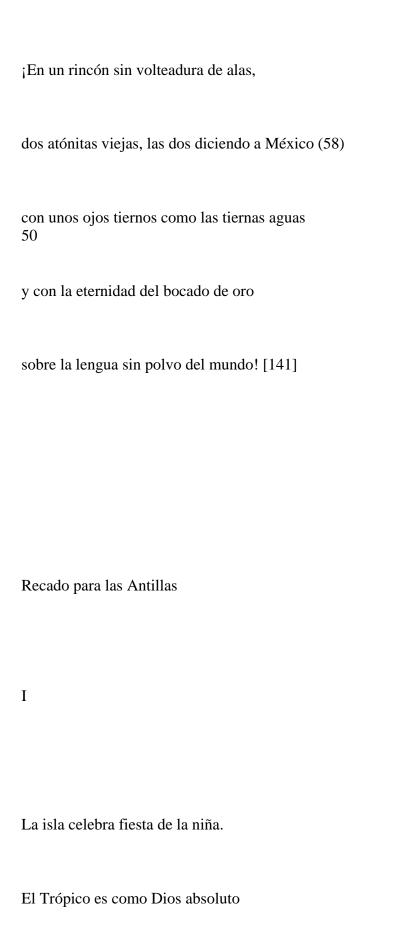


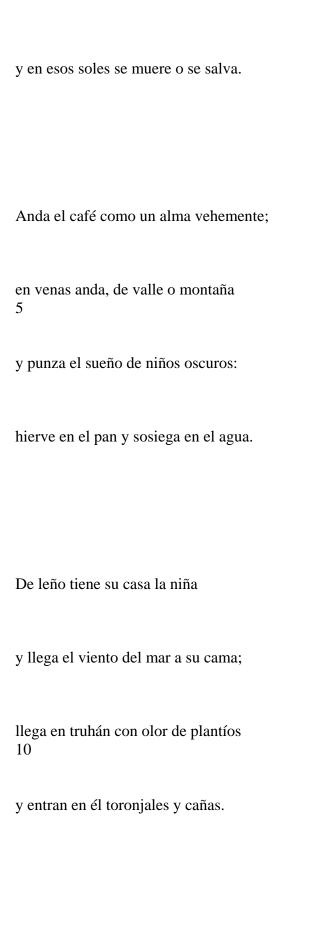




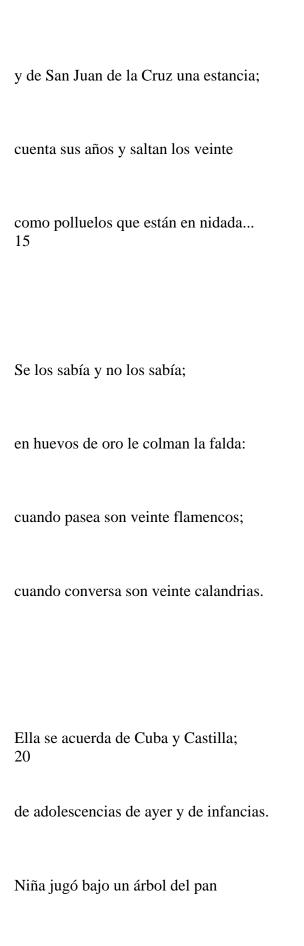


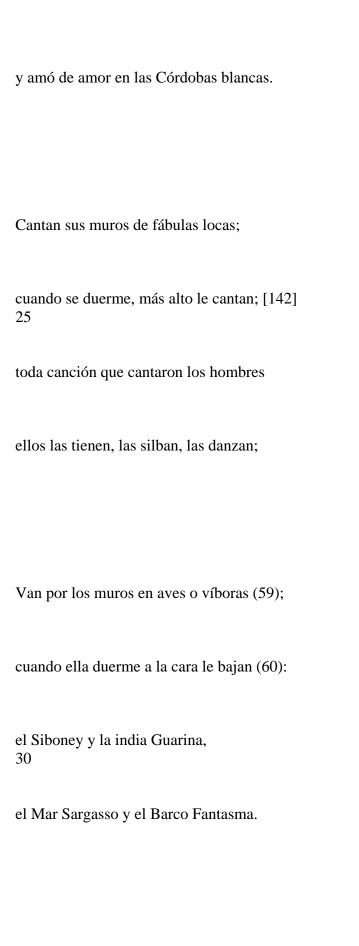




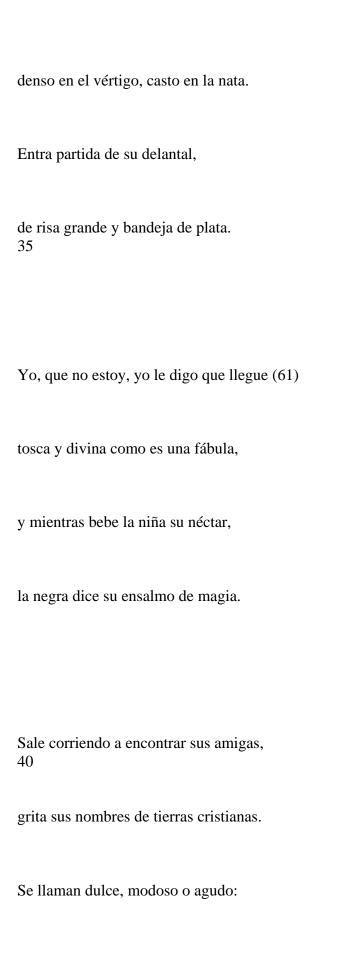


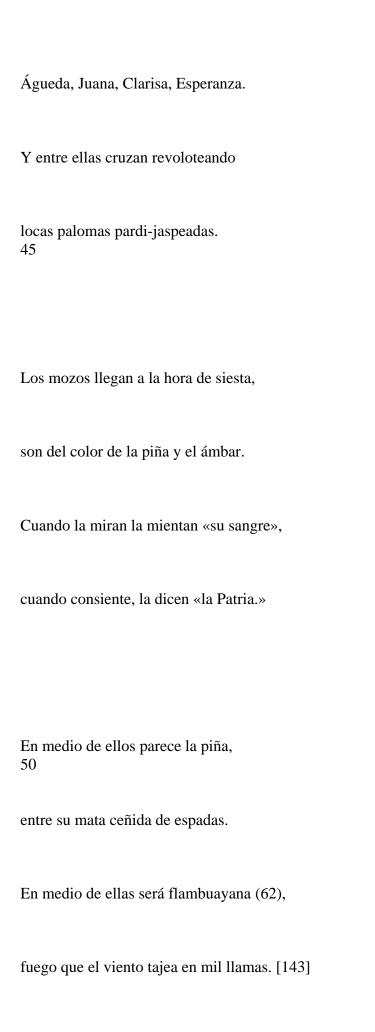
La niña lee un poema de Blake



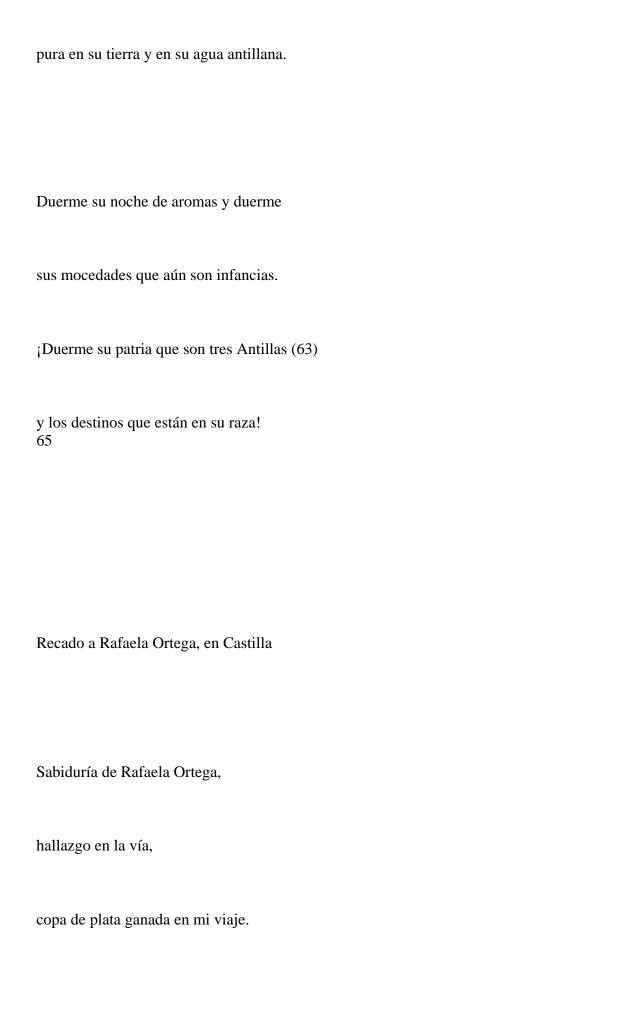


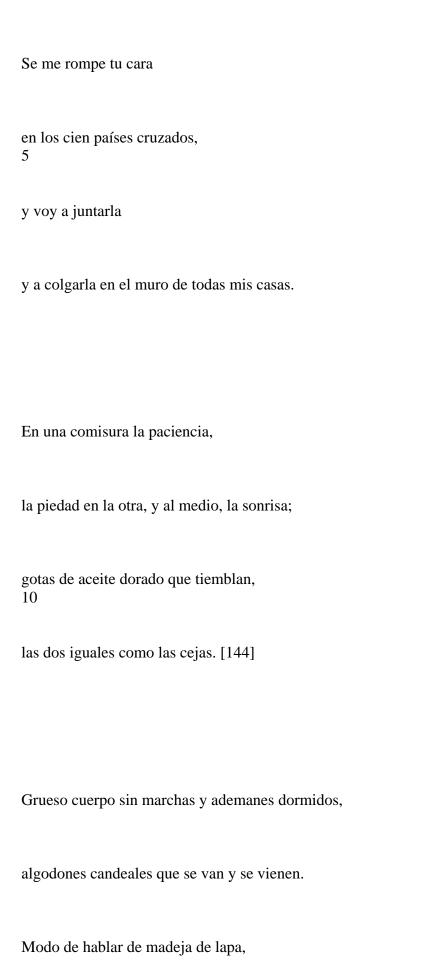
La negra sirve un café subterráneo,



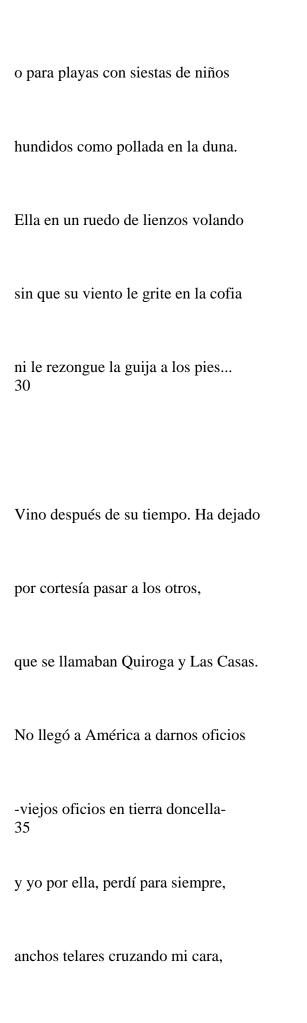


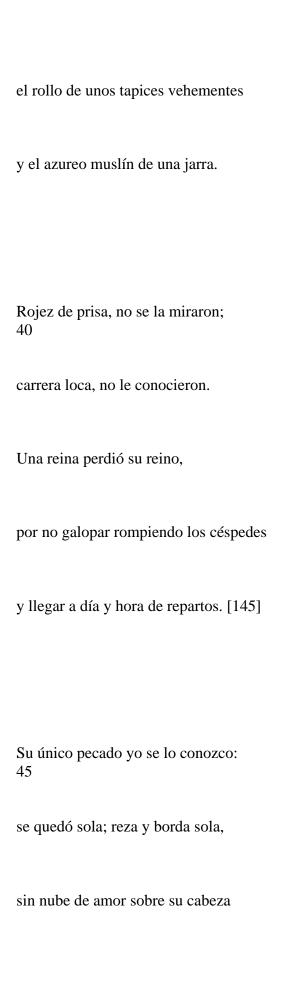
La aman diversa y nacida de ellos,
como los lagos se gozan sus garzas. 55
Y otra vez caen y vuelan sesgueando
palomas rojas y amoratadas.
II
Ahora duerme en cardumen de oro
del cielo tórrido, junto a las palmas,
adormecida en su Isla de fuego, 60

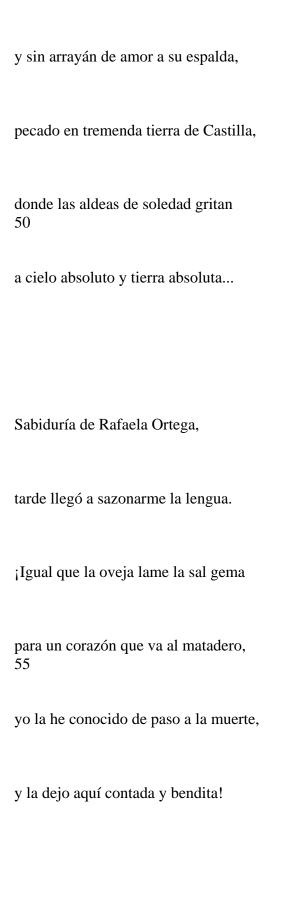




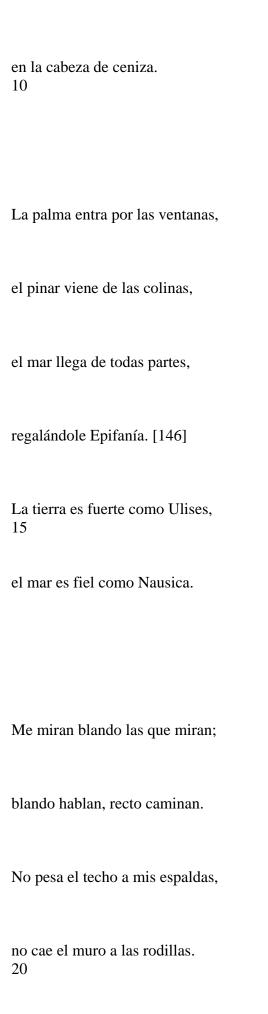
tan suave, tanto, que engaña al rebelde,
porque es gobierno de cuanto la toca,
imperceptible y ceñido gobierno.
Si me lo enseña, volteo este mundo,
mudo los cerros y tuerzo los ríos 20
y hago que dancen muchachos y viejos
sin que ellos sepan que danzan sonámbulos
Caminar suave que el aire no parte,
para hospitales con caras volteadas
y con oídos que son inefables; 25

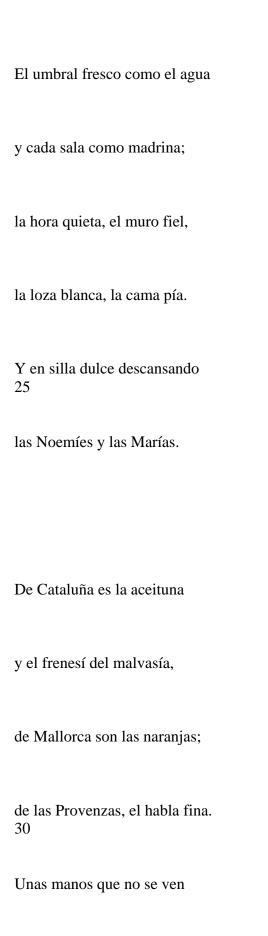


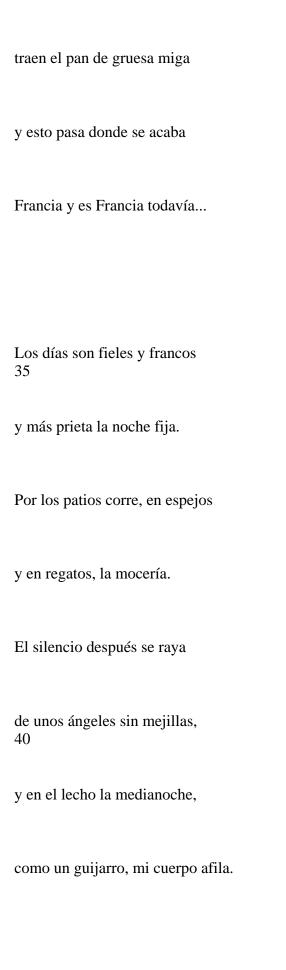


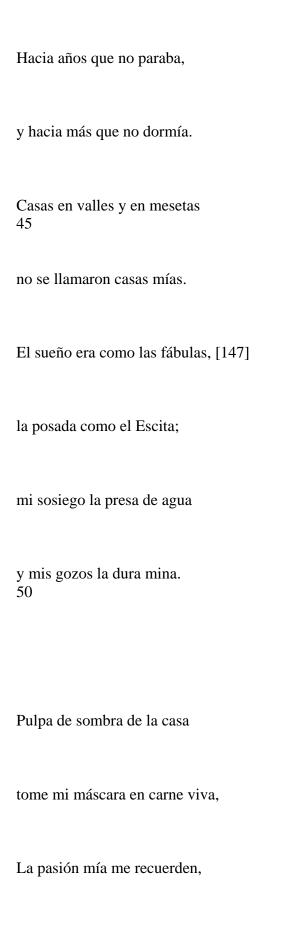


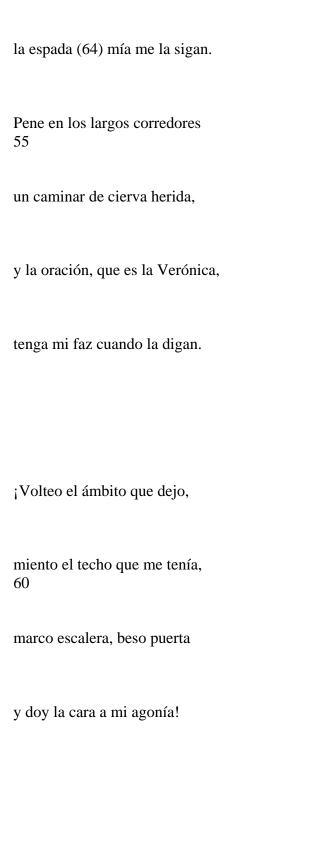
Recado para la «residencia de Pedralbes», en Cataluña
La casa blanca de cien puertas
brilla como ascua a mediodía.
Me la topé como a la Gracia,
me saltó al cuello como niña.
La patria no me preguntaron, 5
la cara no me la sabían.
Me señalaron con la mano
lecho tendido, mesa tendida,
y la fiebre me conocieron



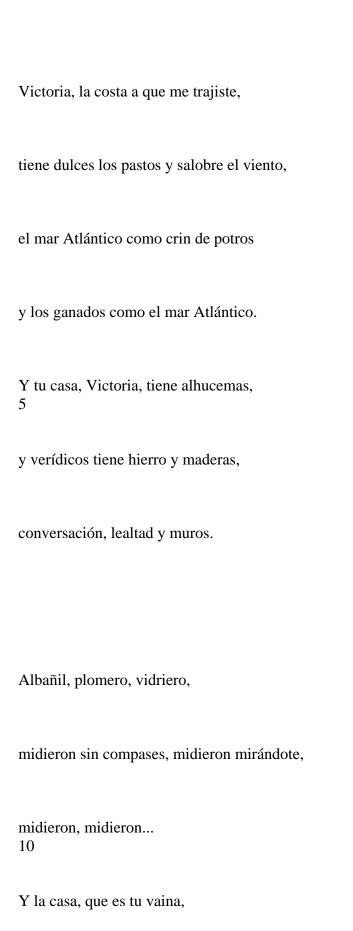


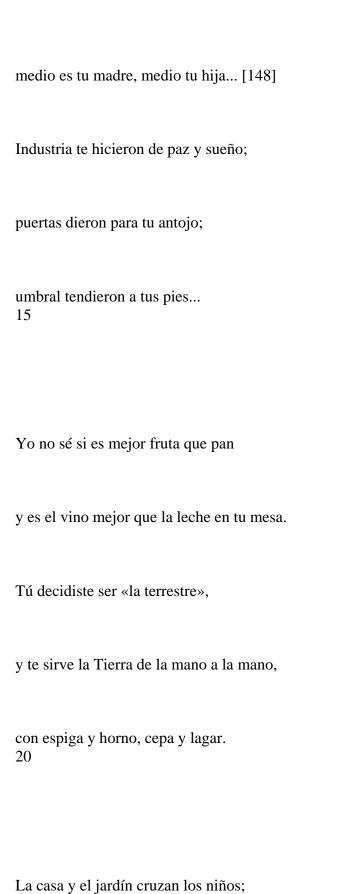


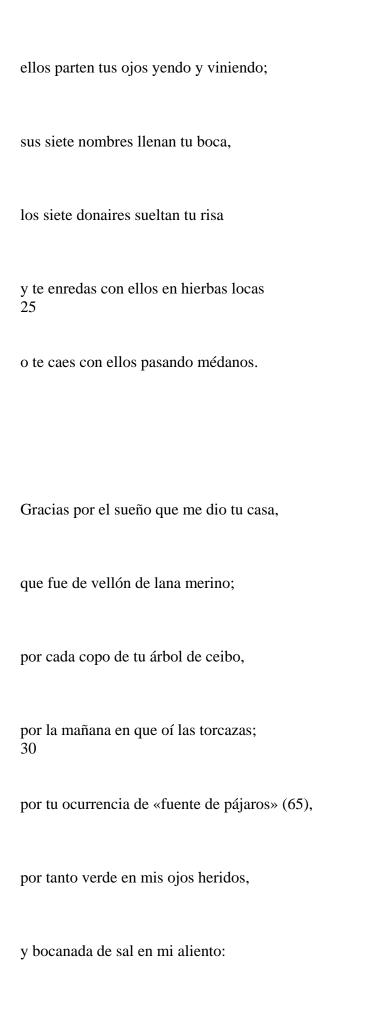


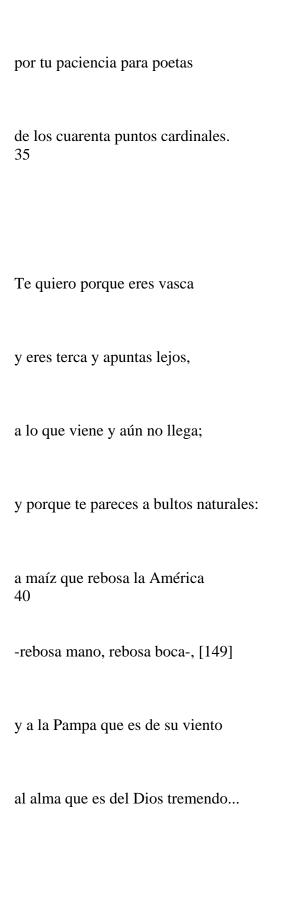


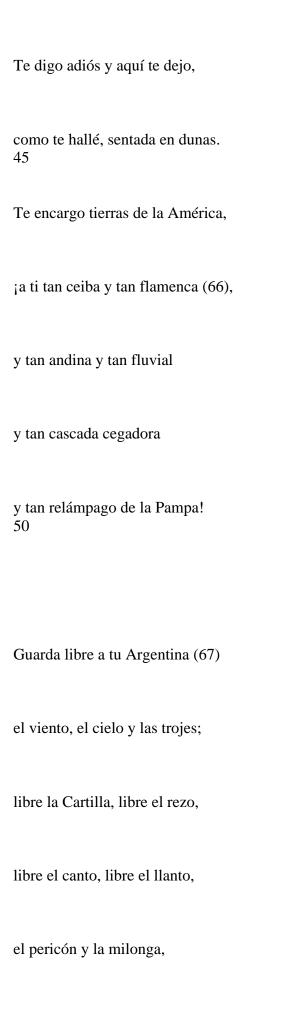
Recado a Victoria Ocampo en la Argentina











libre el lazo y el galope jy el dolor y la dicha libres! Por la Ley vieja de la Tierra; por lo que es, por lo que ha sido, por tu sangre y por la mía, 60 por Martín Fierro y el gran Cuyano (68) y por Nuestro Señor Jesucristo! [151] **Notas** Razón de este libro

Alguna circunstancia me arranca siempre el libro que yo había dejado para las Calendas, por dejadez criolla. La primera vez el Maestro Onís y los profesores de español de Estados Unidos forzaron mi flojedad, y publicaron Desolación; ahora entrego Tala por no tener otra cosa que dar los niños españoles dispersados a los cuatro vientos. Tomen ellos del pobre libro de mano de su Gabriela, que es una mestiza de vasco, y se lave Tala de su miseria esencial por este ademán de servir, de ser únicamente el criado de mi amor hacia la sangre inocente de España, que va y viene por la Península y por Europa entera.

Es mi mayor asombro, podría decir también que mi más aguda vergüenza, ver a mi América Española cruzada de brazos delante de la tragedia de los niños vascos. En la anchura física y en la generosidad natural de nuestro Continente, había lugar de sobra para haberlos recibido a todos, evitándoles los países de lengua imposible, los climas

agrios y las razas extrañas. El océano esta vez no ha servido para nuestra caridad, y nuestras playas, acogedoras de las más dudosas emigraciones, [154] no han tenido un desembarcadero para los pies de los niños errantes de la desgraciada Vasconia. Los vascos y medio vascos de la América hemos aceptado el aventamiento de esas criaturas de nuestra sangre y hemos leído, sin que el corazón se nos arrebate, los relatos desgarrantes del regateo que hacían algunos países para recibir los barcos de fugitivos o de huérfanos. Es la primera vez en mi vida en que yo no entiendo a mi raza y en que su actitud moral me deja en un verdadero estupor.

La grande argentina que se llama Victoria Ocampo y que no es la descastada que suele decirse, regala enteramente la impresión de este libro hecho en su Editorial Sur, Dios se lo pague y los niños españoles conozcan su alto nombre.

En el caso de que la tragedia española continúe, yo confío en que mis compatriotas repetirán el gesto cristiano de Victoria Ocampo. Al cabo, Chile es el país más vasco entre los de América.

La «Residencia de Pedralbes», a la cual dediqué el último poema de Tala, alberga un grupo numeroso de niños, y a mí me conmueve saber que ellos viven cobijados por un techo que también me dio amparo en un invierno duro. Es imposible en este momento rastrear desde la América las rutas y los campamentos de aquellas criaturas desmigadas por el suelo europeo. Destino, pues, el producto de Tala a las instituciones catalanas que los han recogido dentro del territorio, de donde ojalá nunca hubiesen salido, a menos de venir a la América de su derecho natural. Dejo a cargo de Victoria Ocampo y de Palma Guillén la elección del asilo al cual se apliquen los pocos dineros recogidos.

Ruego que no despojen a los niños vascos las editoriales siguientes, que me han pirateado los derechos de autor de Desolación y de Ternura, invocando el nombre de esos huérfanos: la Editorial catalana Bauzá y la Editorial Claudio García, del Uruguay, son las autoras de aquella mala acción. [155]

Excusa de unas notas

Alfonso Reyes creó entre nosotros el precedente de las notas de autor sobre su propio libro. Cargue él, sabio y bueno, con la responsabilidad de las que siguen.

Es justa y útil la novedad. Entre el derecho del crítico capaz -llamémosle Monsieur Sage- y el que usa el eterno Don Palurdo, para tratar de la pieza que cae a sus manos, cabe una lonja de derecho para que el autor diga alguna cosa. En especial el autor que es poeta y no puede dar sus razones entre la materia alucinada que es la poesía. Monsieur Sage dirá que sí a la pretensión; Don Palurdo dirá, naturalmente que no.

Una cauda de notas finales no da énfasis a un escrito, sea verso o prosa. Ayudar al lector no es protegerlo; sería cuanto más saltarle al paso, como el duende, y acompañarle unos trechos de camino, desapareciendo en seguida...

Lleva este libro algún pequeño rezago de Desolación. Y el libro que le siga -si alguno sigue- llevará también un rezago de Tala...

Así ocurre en mi valle de Elqui con la exprimidura de los racimos. Pulpas y pulpas quedan en las hendijas de los cestos. Las encuentran después los peones de la vendimia. Ya el vino se hizo y aquello se deja para el turno siguiente de los canastos...

Dedicatoria

Tardo en pagar mis deudas. Pero en esta ausencia de doce años de mi México no tuve antes sosiego largo para juntar lo disperso y aventado.

«Muerte de mi madre»

Ella se me volvió una larga y sombría posada; se me hizo un país en que viví cinco o siete años, país amado a causa de la muerta, odioso a causa de la volteadura de mi alma en una larga crisis religiosa. No son ni buenos ni bellos los llamados «frutos del dolor» y a nadie se los deseo. De regreso de esta vida en la más prieta tiniebla, vuelvo a decir, como al final de Desolación, la alabanza de la alegría. El tremendo viaje acaba en la esperanza de las Locas Letanías y cuenta su remate a quienes se cuidan de mi alma y poco saben de mí desde que vivo errante.

«Nocturno de la consumación»

Cuantos trabajan con la expresión rimada, más aún con la cabalmente rimada, saben que la rima, que escasea al comienzo, a poco andar se viene sobre nosotros en una lluvia cerrada, entrometiéndose dentro del verso mismo, de tal manera que, en los poemas largos, ella se vuelve lo natural y no lo perseguido... En este momento, rechazar una rima interna llega a parecer... rebeldía artificiosa. Ahí he dejado varias de esas rimas internas y espontáneas. Rabie con ellas el de oído retórico, que el niño o Juan Pueblo, criaturas poéticas cabales, aceptan con gusto la infracción.

«Nocturno de la derrota»

No sólo en la escritura sino también en mi habla, dejo por complacencia, mucha expresión arcaica, sin poner más condición al arcaísmo que la de que esté vivo y sea llano. Muchos, [157] digo, y no todos los arcaísmos que me acuden y que sacrifico en obsequio de la persona anti-arcaica que va a leer. En América esta persona resulta siempre ser una capitalina. El campo americano -y en el campo yo me crié- sigue hablando su lengua nueva veteada de ellos. La ciudad, lectora de libros doctos, cree que un tal repertorio arranca en mí de los clásicos añejos, y la muy urbana se equivoca.

«Dos himnos»

Después de la trompa épica, más elefantina que metálica de nuestros románticos, que recogieron la gesticulación de los Quintana y los Gallegos, vino en nuestra generación una repugnancia exagerada hacia el himno largo y ancho, hacia el tono mayor. Llegaron las flautas y los carrizos, ya no sólo de maíz, sino de arroz y cebada... El tono menor fue el bienvenido, y dejó sus primores, entre los que se cuentan nuestras canciones más íntimas y acaso las más puras. Pero ya vamos tocando al fondo mísero de la joyería y de la creación en acónitos. Suele echarse de menos, cuando se mira a los monumentos indígenas o la Cordillera, una voz entera que tenga el valor de allegarse a esos materiales formidables.

Nuestro cumplimiento con la tierra de América ha comenzado por sus cogollos... Parece que tenemos contados todos los caracoles, colibríes y las orquídeas nuestros, y que

siguen en vacancia cerros y soles, como quien dice la peana y el nimbo de la Walkiria terrestre que se llama América.

Lo mismo que cuando hice unas Rondas de niños y unas Canciones de Cuna, balbuceo el tema por vocear su presencia a los mozos, es decir, a los que vienen mejor dotados que nosotros y «con la estrella de la fortuna» a mitad de la frente. Puede que; como en el caso anterior, el que entendió la señal siga la ruta y alcance el logro. Yo sé muy bien que doy un puro balbuceo del asunto. Igual que otras veces, afronto el [158] ridículo con la sonrisa de la mujer rural cuando se le malogra el frutillar o el arrope en el fuego... El que discuta la necesidad de hacer de tarde en tarde el himno en tono mayor, sepa a lo menos que vamos sintiendo un empalago de lo mínimo y de lo blando, del «mucílago de linaza...»

Si nuestro Rubén, después de la Marcha Triunfal (que es griega o romana) y del Canto a Roosevelt que es ya americano, hubiese querido dejar los Parises y los Madriles y venir a perderse en la naturaleza americana por unos largos años -era el caso de perderse a las buenas- ya no tendríamos estos temas en la cantera; estarían devastados y andarían entonando el alma del mocerío. Llega el escuadrón de mozos sin mucho gusto que digamos del «Aire Suave» o de la Marquesa Eulalia. Tiene razón: el aire del mundo se ha vuelto un puelche (70) violento y el mar de jacintos se muda de pronto en él otro mar que los marinos llaman acarnerado.

«Saudade»

Suelo creer con Stefan George en un futuro préstamo de lengua a lengua latina. Por lo menos, en el de ciertas palabras, logro definitivo del genio de cada una de ellas, expresiones inconmovibles en su rango de palabras «verdaderas». Sin empacho encabezo una sección de este libro, rematado en el dulce suelo y el dulce aire portugueses, con esta palabra Saudade. Ya sé que dan por equivalente de ella la castellana «soledades». La sustitución vale para España; en América el sustantivo soledad no se aplica sino en su sentido inmediato, único que allá le conocemos. [159]

«Beber»

Falta la rima final, para algunos oídos. En el mío, desatento y basto, la palabra esdrújula no da rima precisa ni vaga. El salto del esdrújulo deja en el aire su cabriola como una trampa que engaña al amador del sonsonete. Este amador, persona colectiva que fue millón, disminuye a ojos vistas, y bien se puede servirlo a medias, y también dejar de servirlo...

«Todas íbamos a ser reinas»

Esta imaginería tropical vivida en un valle caliente, aunque sea cordillerano, tenía su razón de ser. El hacendado don Adolfo Iribarren -Dios le dé bellas visiones en el cielo-, por una fantasía rara de hallar en hombre de sangre vasca, se había creado, en su casa de Montegrande, casi un parque medio botánico y zoológico. Allí me había yo de conocer el ciervo y la gacela, el pavo real, el faisán y muchos árboles exóticos, entre ellos el flamboyán de Puerto Rico, que él llamaba por su nombre verdadero de «árbol del fuego» y que de veras ardía en el florecer, no menos que la hoguera.

No bautizan con Ifigenia sino con Efigenia, en mis cerros de Elqui. A esto lo llaman disimilación los filólogos, y es operación que hace el pueblo, la mejor criatura verbal que Dios crió, quien avienta el vocablo de pronunciación forzada y pedante, por holgura de la lengua y agrado del oído.

«La sombra»

Ya otras veces ha sido (para algún místico), el cuerpo la sombra y el alma la «verdad verídica». Como aquí. [160]

«Poeta»

La poesía entrecomillada pertenece al orden que podría llamarse La garganta prestada como «Jugadores». A alguno que rehuía en la conversación su confesión o su anécdota, se le cedió filialmente la garganta. Fue porque en la confidencia ajena corría la experiencia nuestra a grandes oleadas o fue sencillamente porque la confidencia patética iba a perderse como el vilano en el aire. Infiel es el aire al hombre que habla, y no quiere guardarle ni siquiera el hálito. Yo cumplo aquí, en vez del mal servidor...

«Albricias»

Albricia mía: En el juego de las Albricias que yo jugaba en mis niñeces del valle de Elqui, sea porque los chilenos nos evaporamos la s final, sea porque las albricias eran siempre cosa en singular -un objeto escondido que se buscaba- la palabra se volvía una especie de sustantivo colectivo. Tengo aún en el oído los gritos de las buscadoras y nunca más he dicho la preciosa palabra sino como la oí entonces a mis camaradas de juego.

La feliz criatura que inventó la expresión donosa y la soltó en el aire, vio el contenido de ella en pluralidad, como una especie de gajo de uvas o de puñado de algas, y en plural la dio, puesto que así la veía. El sentido de la palabra en la tierra mía es el de suerte, hallazgo o regalo. Yo corrí tras la albricia en mi valle de Elqui, gritándola y viéndola en unidad. Puedo corregir en mi seso y en mi lengua lo aprendido en las edades feas -adolescencia, juventud, madurez-, pero no puedo mudar de raíz las expresiones recibidas en la infancia. Aquí quedan, pues, esas albricias en singular...

«Recados»

Las cartas que van para muy lejos y que se escriben cada tres o cinco años, suelen aventar lo demasiado temporal -la semana, el año- y lo demasiado menudo -el natalicio, el año nuevo, el cambio de casa-. Y cuando, además, se las escribe sobre el rescoldo de una poesía, sintiendo todavía en el aire el revoloteo de un ritmo sólo a medias roto y algunas rimas de esas que llamé entrometidas, en tal caso, la carta se vuelve esta cosa juguetona, tirada aquí y allá por el verso y por la prosa que se la disputan. Por otra parte, la persona nacional con quien se vivió (personas son siempre para mí los países) a cada rato se pone delante del destinatario y a trechos lo desplaza. [161] Un paisaje de huertos o de caña o de cafetal, tapa de un golpe la cara del amigo al que

sonreíamos; un cerro suele cubrir la casa que estábamos mirando y por cuya puerta la carta va a entrar llevando su manojo de noticias.

Me ha pasado esto muchas veces. No doy por novedad tales caprichos o jugarretas: otros las han hecho y, con más pudor que yo, se las guardaron. Yo las dejo en los suburbios del libro, «fuora dei muri», como corresponde a su clase un poco plebeya o tercerona. Las incorporo por una razón atrabiliaria, es decir, por una loca razón, como son las razones de las mujeres: al cabo estos Recados llevan el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural en el que he vivido y en el que me voy a morir.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como <u>voluntario</u> o <u>donante</u> , para promover el crecimiento y la difusión de la <u>Biblioteca Virtual Universal</u>. www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente <u>enlace</u>. <u>www.biblioteca.org.ar/comentario</u>

